COMUNISMO Y FASCISMO

Traducido por Partido Comunista Internacional
"El Comunista" / "Per il Comunismo" / "The Internationalist Proletarian"
www.pcielcomunista.org

Introducción[1]

El lector hallará condensadas en las páginas que vienen a continuación no solamente la interpretación que la Izquierda Comunista de Italia ha dado acerca del fascismo en su nacimiento, y las directivas de la lucha que dirigió contra él a la cabeza del Partido Comunista de Italia en los años 1921–23, sino también su crítica a las posiciones más o menos claras de la Internacional Comunista sobre este aspecto capital. Estos escritos no presentan, por lo tanto, un carácter puramente historiográfico y académico, sino un interés teórico y práctico. Como hemos previsto siempre, el capitalismo evoluciona siempre más abiertamente en un sentido «**fascista**». Esto lleva todavía hoy, a numerosos grupos y formaciones que se dicen de «**izquierda**», a oponer a este fascismo creciente una democracia «**más completa**», «**más verdadera**», «**menos formal**», a volver a buscar un remedio al «**totalitarismo**» –tanto del Oeste como del Este– fuera de la dictadura del proletariado, en una democracia ideal en la cual la pureza contrastaría con la impureza de su versión burguesa. Tal antítesis es hoy tan falsa como ayer. Tanto hoy como ayer, la alternativa es dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado, una dictadura en la cual el Partido, que la futura oleada de la Revolución social llevará a la cabeza de la clase obrera, será naturalmente el instrumento consciente y el centro, y de antemano se propone abiertamente ejercer como tal. Pero como nosotros no habíamos dejado de prever, el fascismo ha suscitado en el movimiento proletario nostalgias democráticas, anti–dictatoriales y antiautoritarias, en lugar de reforzarlo con las posiciones clásicas de Marx, Engels y Lenin, que no eran solamente antidemocráticas, sino que eran abiertamente autoritarias, como ellos mismos no dudaban en proclamar. Esto es lo peor que el fascismo ha podido hacer a la clase obrera, tal como nosotros habíamos también previsto; pero esta reacción tiene todavía tanta fuerza que las tesis que volvemos a publicar aquí siguen estando de candente actualidad.

Expresión de la ideología y de los intereses de la clase dominante, la interpretación banal y oficial presenta el fenómeno fascista como el levantamiento de las fuerzas reaccionarias (es decir, en el lenguaje marxista, pre–capitalistas) con el cual el programa y la acción habrían interrumpido el curso histórico de la sociedad burguesa; que se hallaba orientada hacia una extensión gradual de los «**derechos del hombre y del ciudadano**»; y que pretendía que poco a poco las instituciones democráticas absorbieran y neutralizaran los empujes subversivos de la clase proletaria haciéndola gozar de sus «**ventajas**». Estas fuerzas «**obscurantistas**» se han presentado *tanto* entre los «**agrarios**» o propietarios terratenientes absentistas –residuos del feudalismo en pleno capitalismo– que habrían soñado con una restauración de sus privilegios amenazados, con el método «**fuerte**» y por un absolutismo monárquico o republicano, *como* entre la pequeña burguesía rural y urbana, aspirante a jugar un papel autónomo y a escapar a la ruina, a la cual el gran capital y sus aventuras imperialistas la condenan. Sea como sea, la acción de estas fuerzas es siempre oficialmente considerada como una excepción al proceso «**normal**» propio de las fuerzas más «**evolucionadas**» y de las más «**lúcidas**» del capitalismo. Sobre el plano ideológico (el único que la historiografía burguesa considera como digno de consideración), el fascismo sería una recaída de la civilización en la barbarie, de la competición pacífica en la violencia, de la «**razón**» en la irracionabilidad y en la fuerza ciega.

A esta visión del proceso histórico que conduce de la democracia al fascismo, la Izquierda Comunista de Italia opuso y continúa oponiendo una visión no solamente distinta, sino radicalmente contraria y que es perfectamente coherente con los principios clásicos del marxismo. ¿Acaso el marxismo no ha rebatido la pretensión de la democracia de que constituye no un régimen de clase, sino la encarnación de los eternos principios de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, que no son otra cosa que la expresión idealizada de las relaciones sociales instauradas por la revolución burguesa? ¿Acaso el marxismo no ha establecido el papel permanente de la violencia en toda sociedad dividida en clases antagónicas, y el carácter necesariamente dictatorial de la dominación de la una sobre la otra, sea cual sea la forma que revista? Está claro que sí, pero la Izquierda Comunista italiana no se ha limitado a defender estas posiciones que para Marx, Engels, Lenin y Trotski eran definitivas; ha demostrado además que la democracia y el fascismo eran métodos de dominación propios de la gran burguesía –de cara a la conservación de las relaciones de subordinación del trabajo asalariado al Capital–, y de los cuales la clase dominante se sirve alternativamente o conjuntamente para mantener a la clase dominada bajo su sujeción; recurrir tanto al uno como al otro no depende, por otra parte, de preferencias subjetivas o de «**elecciones**» ideológicas, sino del grado de madurez de los contrastes sociales, de la evolución real del conflicto permanente entre las clases; con este agravante, en favor del método fascista: que la evolución de la economía capitalista hacia formas concentradas y centralizadas favorece en el campo de las superestructuras políticas el «**totalitarismo**» y el «**estatismo**», que emplean abiertamente la violencia al mismo tiempo que la sutil arma del reformismo social y de la farsa democrática. El fascismo no es, por tanto, un retorno hacia formas pre–burguesas, o hacia métodos de gobierno e ideologías inconciliables con los postulados democráticos: es una expresión acabada e irreversible de la fase imperialista del capitalismo, tentativa desesperada de este último para conjurar mediante una contrarrevolución preventiva la amenaza de un «**asalto proletario al cielo**», como dice Marx en «**La Guerra Civil en Francia**»; por otra parte, para superar los conflictos internos de la burguesía, con el fin de oponer al ataque de la clase oprimida un frente compacto y unitario, deja explotar por esto en su interés las inquietudes, las nostalgias espirituosas,

[1] Introducción al texto francés de 1970.

las veleidades patrióticas, la bellaquería o el furor reaccionario de la pequeña burguesía en descomposición, de todos los tipos de desarraigados de la «**inteligentsia**» frustrada y de los terratenientes absentistas en quiebra.

La confirmación de esta tesis y de lo que implica para la estrategia y la táctica de la clase obrera organizada ha sido suministrada naturalmente por el país donde el fascismo en sentido propio ha hecho históricamente su primera aparición: Italia. Aquí la falsedad de la antítesis democracia–fascismo ha aparecido de una forma un tanto más viva que con arreglo a una tradición tan antigua como el Reino de Italia; la represión abierta y brutal de los movimientos populares, provocadas por la desmovilización en los años cruciales de 1919–20, la crisis de reconversión de las industrias y la carestía de la vida, fueron obra de la democracia parlamentaria. Tanto es así que las muy legales fuerzas del orden –la policía, los carabineros, la guardia real instituida por el muy democrático Nitti, el ejército– fueron lanzadas, en verdaderas acciones de guerra civil, a una caza despiadada contra los subversivos huelguistas, y contra todos aquellos que se manifestaban bajo el signo de la bandera roja. La entrada en la lucha de las milicias fascistas «**ilegales**», un año y medio después de que Mussolini las hubiese constituido, no se produjo cuando se liquidó el estallido proletario que acompañó a la ocupación de las fábricas durante los meses de agosto–septiembre de 1920. Esta liquidación fue obra del ultra–demócrata Giolitti, que utilizó otro «**servicio de orden**», a saber la dirección reformista de la Confederación General del Trabajo inspirada por el movimiento encerrándolo en la prisión de la empresa y guardándose muy bien de orientarlo contra el poder central. No sólo el Estado democrático resistió magníficamente el choque, sirviéndose alternativamente de la violencia física y de la ilusión reformista, sino que además, de acuerdo con la socialdemocracia, creó las condiciones para la intervención de un tercer factor contrarrevolucionario, los camisas negras, que tanto el gobierno como la «**oposición**» favorecieron. Esta intervención no estaba destinada a machacar sobre el terreno a un enemigo que ya había sido derrotado, sino a impedir que se recuperase de su derrota, y que amenazase de nuevo la Patria, la Nación, o sea, el Capital. Por esto, era preciso destruir los bastiones proletarios de las grandes ciudades industriales, las organizaciones obreras, centros de defensa y de ataque de la clase oprimida. Es hacia este fin que el gobierno del ex–socialista y ultra–reformista Bonomi, el gobierno democrático, equipó a los héroes de la porra y del aceite de ricino. Fueron, pues, las fuerzas legales las que patrocinaron a las milicias ilegales, apoyando, cada vez que era necesario su ofensiva, cubriendo muy frecuentemente sus retiradas tempranas para abrir de esta manera las puertas a laboriosas victorias.

El movimiento no nació en las áreas «**atrasadas**» del Sur, las únicas donde todavía existían residuos formales de feudalismo en el seno de una economía casi exclusivamente rural, sino en Milán, capital de la gran industria, de las altas finanzas y del reformismo turatiano, y por lo tanto, bajo el ala tutelar del capitalismo más evolucionado y de sus cómplices. Se ganó inmediatamente el apoyo de los terratenientes, pero justamente en las zonas de la agricultura capitalista moderna del Valle del Po. Es desde este cómodo trampolín y a finales de 1920, en una fase de reflujo del movimiento proletario, desde donde los fascistas invadieron el triángulo industrial y proletario Milán–Turín–Génova, centro económico más que político administrativo del país. Pero es solamente después de dos años de una verdadera guerra civil, y con la complicidad del maximalismo pacifista y del reformismo traidor, que el fascismo consiguió abatir los bastiones proletarios del Norte. Después de esto, fue un juego para los fascistas tomar en coche–cama la capital burocrática, comedia suprema conocida con el nombre de «**marcha sobre Roma**», y entrar en el gobierno con el apoyo directo y el voto parlamentario de todas las formaciones democráticas y liberales, con Giolitti y Nitti a la cabeza. ¿Qué mayor prueba del hecho que el relevo político de la democracia, querido y preparado de acuerdo con los fascistas, para devolver su estabilidad a un régimen siempre amenazado en el marco internacional por peligrosos sobresaltos?

Una vez en el poder, el pupilo de la democracia legalitaria traicionó todas las promesas que había hecho y arrojó a la papelera todos los programas grandilocuentes que le habían servido para atraerse a los elementos inorganizados de la pequeña burguesía, tales como el de 1919, que era a la vez republicano, anticlerical y antiplutocrático. Como habíamos previsto desde un primer momento (cf. el artículo «**Roma y Moscú**»), se asignó una tarea todavía más ambiciosa y de la cual, desde el punto de vista burgués, su realización no podía retrasarse: responder a la ofensiva de la clase obrera no solamente con la violencia, sino con la organización centralizada de una economía nacional –que es por naturaleza anárquica y rebelde a una centralización exterior, es decir, no puramente económica– que exigía una disciplina en la clase dominante. Esto no podía hacerse sin romper las resistencias en el seno del viejo personal político y gubernamental, y sin suscitar al mismo tiempo una oposición democrática anti–fascista en las capas que habían apoyado calurosamente al fascismo en un principio, y en la pequeña burguesía urbana y rural, sangre y nervio de las bandas de camisas negras. En lo que respecta a la pequeña burguesía, tal evolución no tenía nada de nuevo, como se puede ver releyendo «**Revolución y Contrarrevolución en Alemania**» y «**Las Luchas de Clases en Francia**», de Marx y Engels. Para poner sólo un ejemplo baste citar: «**Napoleón le Petit**», que había sido llevado al poder por el campesinado, ¿acaso no se reveló enseguida como un instrumento de los grandes negocios en detrimento de ese mismo campesinado?

Una vez llegado al poder, la ambición del fascismo fue la de arrancar al proletariado la teoría y la práctica de la dictadura centralizada dirigida por un partido único, para los fines generales de clase de la burguesía considerada en su conjunto. Pero como habíamos previsto, esta ambición era irrealizable porque debía suscitar en el exterior, en las relaciones con los demás Estados, las contradicciones económicas y políticas que el fascismo había conseguido atenuar mediante la fuerza en el marco nacional, en fines imperialistas. Esta ambición, que debía necesariamente conducir a la guerra, estaba tan profundamente arraigada en la realidad imperialista que la democracia, militarmente victoriosa sobre el fascismo en el conflicto de 1939–1945, perpetuó la misma práctica: creación de industrias frecuentemente parasitarias, como la siderurgia en un país desprovisto de hierro como es Italia; proteccionismo riguroso; intervención estatal destinada a «**disciplinar**» y a «**salvar**» la economía en detrimento de las grandes masas; ideal corporativo, de armonía entre las clases en el «**interés superior de la nación**», constitución de monopolios y de oligopolios, sin contar el desarrollo de un aparato de represión que ha hecho de la porra fascista un arma completamente legal. Si la fachada

democrática parlamentaria y pluripartidista ha sido restablecida a pesar de los falsos aires que llevaba consigo sobre el plan económico, fue únicamente con el fin de disimular, a los ojos de los proletarios y de las capas sociales en vías de proletarización, la dominación cada vez más asfixiante de las «**Casas Blancas**» y de los «**Pentágonos**» de todos los países, es decir, la realidad fascista de la segunda posguerra. Pero si este fascismo que no osa decir su nombre no ha podido desenmascararse completamente en la vida política interior, debido a que el proletariado tarda en recuperarse del golpe mortal que le habían asestado la contrarrevolución estalinista y el opio antifascista, se ha mostrado sin pudor en el campo internacional, aterrorizando al planeta por entero, comenzando por los pequeños países que se han hecho «**independientes**» o impacientes por serlo, en un mundo que dice haberse liberado del oscurantismo y de la fuerza bruta.

** ** **

A pesar de la vigorosa campaña de la Izquierda Comunista de Italia a partir de 1918, el Partido Comunista de Italia no nació hasta enero de 1921, o sea, demasiado tarde. La razón de esto es que el maximalismo puramente verbal del viejo movimiento socialista había salido de la guerra con las manos limpias, pues aunque no llegó a sabotearla, tampoco se adhirió a ella, y dio inmediatamente su adhesión a la III Internacional, acerca de la cual conocía mal o no conocía en absoluto su programa. A la cabeza del joven Partido Comunista de Italia, la Izquierda no se contentó con dar del fascismo la interpretación que hemos señalado antes; tomó frente a él una posición práctica del todo coherente y característica que, todavía hoy, hace aullar a los historiadores e ideólogos democráticos que le reprochan su «**dogmatismo**». ¿El capitalismo se despoja de su máscara democrática y usa la violencia abiertamente para defender el orden constituido? ¡Tontos de nosotros, decía la Izquierda, que nos hemos dejado sorprender! Pero esto tendría algo de bueno finalmente si, reconociendo en este hecho el signo de la fatal crisis del régimen, recogemos el desafío y aceptamos virilmente combatir al enemigo sobre su propio terreno que, en suma, es también el nuestro; oponiendo nuestras armas, nuestra organización y nuestra violencia a las suyas. A diferencia de los reformistas, la Izquierda rechazó pedir protección a un Estado sobre el cual no sólo la teoría marxista, sino los hechos más candentes desmentían su neutralidad en un conflicto entre las clases. La Izquierda no acudió a ningún derecho, a ninguna ley, pues sólo tiene derechos y puede dictar la ley aquel que posee la fuerza. A diferencia de los maximalistas, no pidió la vuelta al orden, a la civilización y al libre juego de las instituciones democráticas, pues el marxismo no ha reconocido nunca este orden como suyo, y este libre juego ha provocado el aplastamiento sangriento de la Comuna de París en 1871 y la de Berlín en 1919, y como pudo haber provocado el de la Comuna de Petrogrado en 1917. La Izquierda no buscaba ni aceptaba bloques políticos con otros partidos o formaciones, incluso si, como los famosos «**Arditi del Popolo**», se colocaban sobre el terreno de la lucha armada; la Izquierda sabía bien, en efecto, que ninguno de ellos habría apoyado esta lucha hasta el final que justificaba la existencia autónoma del Partido Comunista, o sea, hasta la destrucción del capitalismo. No lanzó puentes ficticios a los partidos «**obreros**» que habían demostrado en los hechos que estaban llamados a reprimir el esfuerzo de emancipación del proletariado, en caso de necesidad sangrientamente, y que habrían encadenado a los comunistas en la misma ciénaga que ellos, para acto seguido golpearlos, en el caso de que los comunistas hubiesen cometido la locura de cortejarlos, como sucedió muy frecuentemente a aquellos que les tendían generosamente la mano. El comunismo, decía la Izquierda, no tiene que ocultar que actualmente está a la defensiva, tal como están las cosas, pero debe proclamar abiertamente que no dejará escapar la ocasión de pasar al ataque en cuanto pueda. La Izquierda aceptó el aislamiento al cual los hechos habían llevado a los comunistas, pero no lo aceptaba más que para hacer de él un elemento de fuerza, para que los proletarios de todos los credos políticos reconociesen claramente su voluntad de oponer la dictadura de su clase a la de la burguesía, y acabasen por considerarla como su guía. La Izquierda era partidaria del frente único de las organizaciones sindicales y de la fusión de todas las luchas reivindicativas en una acción única, pero estaba en contra de todo frente único político, como le propuso la Internacional, porque la unidad sindical y la unificación de todas las reivindicaciones económicas ofrecían la mejor plataforma de acción política para arrancar a los obreros de las garras de los partidos subjetiva y objetivamente traidores a la causa proletaria. La Izquierda mostró que la rectitud de la acción comunista podía arrancar a la influencia de la gran burguesía a grupos o elementos de las «**clases medias**», o por lo menos neutralizarlos, y que el mejor medio de llegar a esto no era adoptar algún punto de su programa, sino presentarles el único argumento susceptible de empujarlos en la dirección del proletariado más que en la del capital: la necesidad de usar la fuerza abiertamente (Marx diría el «**Knout**») contra el capital. La Izquierda no ignoraba por lo tanto a las clases medias, pero se mantenía fiel al comunismo, sin lamentarse si esas clases no lo seguían, y sin hacerles ninguna concesión si lo seguían. Para la Izquierda, estaba claro que los comunistas podían ser vencidos, pero no por ello debían renunciar en ningún caso a ser el Partido de la oposición permanente al régimen capitalista, tanto bajo el disfraz democrático como bajo el fascista. Una derrota sufrida sobre el terreno del comunismo podía en efecto transformarse en victoria, y era de todas formas una condición para la reanudación futura; pero una «**victoria**» obtenida desplazando los fines de la lucha no podía ser nada más que una derrota doble, lo peor no era la victoria del enemigo, sino el autorenegamiento.

Estas audaces posiciones de la Izquierda habrían podido tener efectos decisivos en los años 1919–22 si el Partido Comunista de Italia los hubiese desarrollado a fondo, sin vacilaciones y sin la vana ilusión de poder recuperar en el exterior a los aliados, primos o hermanos presumidos. Por desgracia, la Internacional, que estaba a punto de perder su orientación revolucionaria de los años heroicos, ejercía su presión en un sentido opuesto, favoreciendo las soluciones intermedias queridas por los maximalistas y por los reformistas que se habían convertido milagrosamente o habían efectuado una hábil vuelta, e incluso a los demócratas y a los... católicos de izquierda. A pesar de las severas advertencias de la Izquierda, de su obstinada insistencia y de la lucha heroica que llevó a cabo en la calle contra los camisas negras con fuerzas débiles, se dejó escapar la ocasión. El resultado lo tenemos ante los ojos: ¡la desaparición de la Internacional, la transformación de los partidos comunistas en partidos del orden y de la legalidad!

** ** **

El carácter artificial y antihistórico de la antítesis entre democracia y fascismo salta a la vista más claramente cuando se considera el desarrollo de la versión alemana del fascismo, el nazismo.

En Alemania, es en efecto el Estado democrático y, en los momentos más decisivos, los gobiernos puramente o parcialmente socialdemócratas, los que han asegurado, con sus únicas fuerzas, la defensa del orden constituido contra los repetidos asaltos desesperados de la clase obrera, no solamente en los difíciles y turbulentos años 1918–19, sino durante la reconstrucción del aparato del Estado en el marco de la República de Weimar en los años 1920–22, en la época de la devaluación y de la estabilización del marco, es decir, en 1923–24, hacia la reinserción del Reich en la política europea bajo la dirección de Stresemann y hasta la gran crisis económica y financiera de 1930–32. Durante este período las fuerzas caóticas y confusas de lo que más tarde será el «**partido**» de Hitler hasta solamente después de 1925 se agitaban a la sombra de los defensores oficiales del orden y se organizaban poco a poco, pero lo hicieron más lentamente que en Italia, pues estos últimos dieron pruebas fehacientes de su eficacia para los fines de la conservación burguesa. Fueron los «**socialistas**» Noske y Scheidemann los que, en Alemania fueron llamados para reprimir sangrientamente los movimientos espartaquistas de enero y marzo de 1919. Para esta faena, no dudaron en servirse de los cuerpos francos, bandas provenientes del ejército del Káiser y formadas por voluntarios de diversos orígenes. A finales de abril de 1919, fueron las mismas tropas oficiales del gobierno bávaro las que, bajo la dirección del socialdemócrata Hofmann, machacaron la efímera República Soviética de Múnich, masacrando o condenando severamente a los jefes e instaurando la ley marcial contra la población.

Después de pasar del régimen imperial a la República, el grandilocuente e hipócrita maximalismo de los Independientes (USPD) apoyó a la socialdemocracia en su obra patriótica de salvación de la Alemania burguesa, en primer lugar dentro del gobierno de coalición de noviembre a diciembre de 1918, y después en la oposición. En 1920, fueron los obreros en huelga los que sofocaron nada más nacer la tentativa de restauración de Kapp–Luttwitz, y no la democracia, la cual no encontró nada mejor que refugiarse precipitadamente en Weimar, y después del putsch, trató a los culpables con generosidad. Después de la acción de marzo de 1921, es contra la política democrática y sus dirigentes socialdemócratas contra quienes se baten los obreros, pero en vano, lo que les valdrá persecuciones. Durante el invierno de 1922, los ferroviarios entran en lucha todavía contra el Estado democrático, y es éste el que reestablecerá el orden aplicando sanciones feroces. A finales de 1923, son los regimientos de la Reichswehr, enviados urgentemente por el gobierno de «**amplia coalición**» presidido por Stresemann y teniendo por ministro de finanzas al ex–independiente Hilferding, los que ordenan a los «**gobiernos obreros**» de Sajonia y de Turingia desarmar a los proletarios y desaparecer inmediatamente después. Es la policía democrática la que reprime también la revuelta de Hamburgo, última llamarada revolucionaria de este fatal año 1923.

Es igualmente en 1923, cuatro años después del fin de la guerra y la caída del Imperio, cuando aparecieron las primeras bandas nazis, en el momento justo en que el imperialismo francés procedía a la ocupación del Ruhr. Estas bandas no son todavía nada más que un magma confuso de desarraigados, exaltados y desclasados, pequeños burgueses impotentes, pero llenos de retórica, partidarios a ultranza del Emperador y chovinistas de todo tipo, «**vagabundos de la nada**». Por lo tanto, es característico el que la gran burguesía y la alta finanza (que por aquel entonces se llamaban «**varones del Ruhr**») se sirvan de estas bandas no tanto contra los obreros, sino contra los franceses, como fuerza de apoyo a la melodramática «**resistencia pasiva**» contra el ocupante. No tenían más que una confianza limitada en ellas y no les suministraban todavía ayuda financiera. Los Stinnes, Krupp... se encontraban todavía detrás del gobierno democrático oficial, impacientes por obtener (como se produjo ya con Stresemann) la estabilidad del marco y la regulación de las reparaciones con Francia, Inglaterra y USA. Para que la gran industria y la alta finanza desatasen los cordones de la bolsa y, sin todavía embarcarse a fondo, considerasen como favorable la ascensión de los camisas pardas, era necesario que después del putsch nazi en otoño de 1923 en Munich y del proceso a Hitler [El episodio no debe inducir a error. Antes que nada el putsch estaba condenado al fracaso antes de haber empezado a causa de disensiones internas en sus autores. En segundo lugar, la gran burguesía no tenía ningún interés en patrocinar un movimiento de inspiración separatista y monárquica, pues la república centralizada le venía de maravilla. Una vez liquidado el putsch, la justicia burguesa se mostró tan clemente con los que lo habían organizado como implacable era con los proletarios. No solamente la breve estancia de Hitler en la cárcel no ocasionó ningún daño al «**mártir**», sino que favoreció su carrera y lo incitó a meditar sus planes para el futuro con más ponderación: en fin, hizo de él un... hombre nuevo.], el nacionalsocialismo se liberase de sus últimas simpatías hacia el régimen imperial y los junkers, y que se colocase con disciplina sobre el terreno de las competiciones electorales y parlamentarias, comenzando de esta forma a hacer figura de reserva política seria en la perspectiva inminente de la Gran Crisis.

El Estado democrático bastaba para defender el orden burgués, en particular gracias a su policía y a la Reichswehr, reconstituida sobre bases restringidas, pero perfeccionadas técnicamente. Es por esto que antes de su subida al poder, el nacional–socialismo no tuvo necesidad de dispersar sus energías en expediciones punitivas contra los centros industriales y las organizaciones proletarias a la manera de los fascistas italianos: se abrió camino pacíficamente por los medios democráticos y parlamentarios, y además más fácilmente, puesto que la situación era desventajosa para el proletariado y la revolución a pesar de los éxitos electorales obtenidos por el Partido Comunista de Alemania, acerca de lo cual la Internacional se felicitaba de tal forma que se preocupaba menos de preparar al proletariado para dar una solución revolucionaria a la crisis. Es así que el nazismo llegó a la dirección del Estado con todas las bendiciones legales y el apoyo explícito de hombres y partidos de la gran industria y de las altas finanzas. A diferencia de su homólogo italiano, no tuvo necesidad de recurrir a una melodramática «**marcha sobre Berlín**» para asombrar al pequeño burgués y darle la impresión de jugar un papel autónomo. Por haber aparecido tardíamente para su fin, es solamente por lo que el nazismo reveló su verdadera naturaleza de contrarrevolución preventiva. No habiendo tenido ninguna necesidad de reprimir la revolución,

puesto que la socialdemocracia ya se había encargado de ello, puso en este momento manos a la obra para que el desarrollo de la crisis económica –y en particular del paro– no provocase una radicalización de las masas, a despecho de la pasividad del P.C.A. (o K.P.D.), en el cual el radicalismo era puramente verbal: el nazismo desencadenó la violencia contra los partidos «**obreros**», incluido el socialdemócrata, porque no le había sido posible desmantelar los poderosos sindicatos alemanes, como tenía intención de hacer, sin eliminar de ellos la dirección política. Por consiguiente, atacó a las capas pequeño–burguesas unidas al antiplutocratismo verbal del partido hitleriano, como fue el caso con el asunto Röhm. También debió vencer la resistencia que ciertos sectores de la misma burguesía oponían a la concentración y a la movilización de todos los recursos con miras a reanimar la economía nacional reforzando la industria pesada, lo que realizó mediante su política de rearme intensivo, de destrucción progresiva de los efectos del «**vergonzoso tratado de Versalles**» y, en fin, por la guerra misma. Claro está que todo esto fue acompañado de una represión feroz contra los responsables del «**desastre nacional**», es decir, contra los bolcheviques primero, y contra los judíos después. El partido único nació así de las cenizas del antiguo personal gubernamental y de los ríos de sangre derramada por el proletariado durante quince años de luchas tan generosas como mal dirigidas, y él se presentará como la encarnación de la Nación o, según la espirituosa fraseología del nazismo, de la Raza Germánica. El resto es ya conocido, y en particular el que la Internacional tomase como pretexto la derrota en Alemania para poner fin a su período ultraizquierdista, estúpido bandazo que no descansaba sobre ninguna crítica seria de los errores pasados, y que disimulaba mal la impotencia del Partido Comunista alemán, numéricamente importante y muy confiado en sus éxitos electorales, pero incapaz de moverse en otro campo que no fuese el legal parlamentario y democrático. Es así, que lanzada sobre la vía de los frentes populares, después la de los frentes de guerra, y por fin, la de los frentes nacionales, la Internacional acabó por perder hasta la apariencia de un centro mundial de la revolución.

** ** **

Para comprender esta derrota, que fue una capitulación ante la batalla, es necesario remontarse mucho más allá de 1932–33, y comparar las respectivas actitudes de los Partidos Comunistas de Italia y Alemania.

El P.C. de Italia había sido batido –por otra parte, no de manera definitiva– en 1923, pero lo había sido sobre su propio terreno, y por el hecho de la conjunción de las fuerzas de la democracia, de la socialdemocracia y del fascismo, fuerzas sobre las cuales el Partido había sabido mostrar su origen común. A este triple ataque había respondido con una actitud que le aseguraba el máximo de autonomía táctica y organizativa, pero que no excluía un trabajo práctico de propaganda, de agitación y de rearme moral y material en dirección a las grandes masas, gracias a los esfuerzos que siempre había suministrado metódicamente para unificar las luchas económicas y las organizaciones de defensa del proletariado, y que era una condición indispensable. Como hemos visto más arriba, aceptó el reto que le lanzó la burguesía empleando contra él la violencia legal e ilegal, y que se aplicó no en palabras sino en hechos, y para acelerar el proceso de desafección de las masas respecto al pacifismo legalitario, de la democracia y de la socialdemocracia, que la dura experiencia de la guerra civil en Italia no había dejado de provocar. Por un raro concurso de circunstancias la Historia le había ofrecido la ocasión de manifestarse como el Partido de la alternativa revolucionaria y dictatorial a la contrarrevolución y a la dictadura abierta de la clase enemiga, y no dejó escapar esta ocasión. Es por esto que el Partido fijó un modelo de lucha proletaria contra el fascismo que no ha cesado de ser válido, pues esta lucha no puede darse por separado de la lucha contra el Estado democrático y sus lacayos, y no puede tener por protagonista nada más que a un Partido revolucionario implantado en todas las organizaciones económicas de la clase obrera, y dirigida contra todo el frente burgués y oportunista de defensa del orden.

El Partido Comunista de Alemania, por el contrario, fue batido desde enero–marzo de 1919, incluso antes de haberse podido afirmar como partido independiente de la socialdemocracia. Aquellos de sus miembros que sobrevivieron al terrible holocausto que segó la élite del partido, cayeron desde finales de 1919 a principios de 1920 en una especie de «**complejo de inferioridad**», si no ante la potente organización socialdemócrata, sí ante los Independientes. Este «**complejo de inferioridad**» era visible netamente en el informe a la Internacional ante el II Congreso de Moscú, donde Levi deploró la ruptura con los Independientes y lamentó que los comunistas no estuviesen en sus filas en tanto que oposición revolucionaria, en lugar de constituir un partido distinto condenado, al menos temporalmente, a quedarse aislado y a no ejercer más que una influencia restringida sobre las capas mal definidas de la clase obrera.

En realidad, desde esta época, pero más aún en los dos años que siguieron, el único partido de la Internacional sobre el cual Moscú hubiese podido y debido extraer la fuerza para perseverar sobre la vía de una delimitación intransigente respecto a la socialdemocracia, dos veces traidora a la causa proletaria, y al centrismo, tanto más pernicioso como equívoco, este partido era precisamente el Partido Comunista alemán, tanto en razón de la importancia estratégica de Alemania en el marco de una perspectiva de revolución mundial o al menos europea, como del alto grado de combatividad y de organización de su clase obrera. Sin embargo fue al contrario, y el Partido alemán incitó a Moscú, para ceder a la tentación de la maniobras tácticas encaminadas a conquistar más rápidamente una mayor influencia entre las masas. En tanto que el rearme teórico y práctico del proletariado se imponía y la democracia parlamentaria había demostrado no ser más que el preludio del fascismo y el trampolín indispensable de la ofensiva abierta del capital, el Partido alemán empujó a Moscú bajo el pretexto de la propaganda, a arrojar al enemigo los puentes que había destruido irrevocablemente la Historia. De todos los partidos de la Internacional, él era el menos inclinado a una delimitación política. Ya en 1920, poco después del putsch de Kapp, había ofrecido de antemano su neutralidad complaciente a un eventual gobierno de coalición entre socialdemócratas e Independientes. En enero de 1921, se fusionó con los Independientes de izquierda sin que se manifestase la menor oposición, y si esta fusión tuvo una duración breve, no por ello dejó de tener consecuencias desastrosas. Es después de esto cuando dio paso a la práctica de las «**cartas abiertas**» a las organizaciones y partidos «**obreros**» acerca de un punto de acuerdo sobre un programa

mínimo de defensa contra la reacción, la Izquierda Italiana deploró en todo momento esta funesta práctica, incluso cuando se acordaba esta... circunstancia atenuante de proceder con buenas intenciones o de estar concebida hábilmente para obligar al adversario a «**desenmascararse**» porque su naturaleza atenuaba ante los ojos de los proletarios la oposición existente entre reformismo y comunismo.

Fue en el seno del Partido alemán también donde, desde la primavera de 1921, se elevaron las primeras voces deplorando la escisión de Livorno en Italia. Al principio de 1922, el Partido Comunista Alemán fue el primero en la Internacional, no solamente en preconizar el frente único político, sino en aplicarlo sobre el terreno parlamentario, apoyando desde el exterior a los gobiernos socialdemócratas de Sajonia y Turingia, y en lanzar la consigna bastarda del «**gobierno obrero**», que se realizó de forma desastrosa en el otoño de 1923. Además, el Partido alemán tenía una fatal propensión para pasar, bruscamente y de la manera más desorientadora, de la pasividad y del pesimismo que manifestaba siempre frente a las explosiones espontáneas de la clase obrera (como por ejemplo, después del Putsch de Kapp o de la acción de marzo de 1921), a un optimismo desenfrenado una vez que se apagaban estas explosiones (como fue el caso cuando fabricó la famosa «**teoría de la ofensiva**»). Tanto cedía ante la «**prudencia**», muy próxima a la pusilanimidad, de la dirección de derecha, como ante las intemperancias de su confusa oposición de «**izquierda**». Estas actitudes contradictorias encontraron desgraciadamente eco en Moscú en la dirección del Comintern, donde precisamente empezaban a perfilarse dos corrientes análogas, que lo llevaban alternativamente según la situación evolucionase favorable o desfavorablemente. La Izquierda Italiana denunció este eclecticismo, que no podía más que aportar el agua al molino del extremismo verdaderamente infantil de la corriente sindicalista, obrerista y espontaneísta, reagrupada en el Partido Comunista Obrero Alemán (KAPD). No es preciso asombrarse si en el IV Congreso Mundial, la interpretación más derechista de la equívoca forma del «**gobierno obrero**» encontró apoyo entre las esferas dirigentes del Partido alemán, sin que la «**izquierda**» supiese oponerle otra cosa que una interpretación más activista, pero nada distinta en el fondo; y en particular, el informe de Radek sobre la ofensiva del Capital que, según él, excluía todas las perspectivas revolucionarias a corto plazo, fue unánimemente aplaudido. Menos de un año más tarde, la afirmación según la cual «**la revolución no estaba a la orden del día**» dará paso a otra muy distinta «**la revolución llama a la puerta, es solamente cuestión de semanas**», precisamente a propósito de Alemania; pero en el IV Congreso, la Internacional proponía aún oponer a la ofensiva fascista que se perfilaba en toda Europa y sobre todo en Alemania, un frente único de los partidos «**obreros**», e incluso «**gobiernos obreros**» compuestos de socialdemócratas y de centristas (en Alemania, los Independientes), apoyados desde el exterior por los comunistas, o gobiernos de coalición entre socialdemócratas, centristas y comunistas. No se trataba más que, como en el caso del frente único, de desenmascarar ante los ojos de las masas a las direcciones de las Internacionales II y II y media, proponiéndoles una acción común contra la ofensiva capitalista, que ellos no podían más que rechazar. El gobierno común estaba, por el contrario, considerado como una posibilidad real y deseable. Esto implicaba que la socialdemocracia puede actuar de forma distinta a como lo hizo en 1914–1918, que se podía obligarla a actuar no más como la izquierda del frente contrarrevolucionario (Radek), sino como: ¡Una fracción auténtica (aunque fuese de derecha) del movimiento obrero!

Fue con estos precedentes desastrosos con los que el Partido Comunista Alemán afrontó el fatal año 1923. Al poco de la marcha sobre Roma, el año comenzó con la ocupación francesa del Ruhr (enero de 1923), lo que suscitó la formación de organizaciones políticas y militares nacionalistas y revanchistas, que podían ser fácilmente dirigidas por la gran burguesía. Pero del hecho del deterioro rápido de la situación económica y de la devaluación galopante del marco, 1923 debía ser también un año de reanudamiento vigoroso de las agitaciones obreras. Se anunciaba como un año lleno de «**amenazas fascistas**» y de «**peligros de guerra**», pero también como pródigo en eventuales y nuevas llamaradas de la lucha proletaria. Esto apareció tan netamente en el curso de los meses siguientes que, durante la segunda mitad del año, la Internacional afirmó que la situación era «**pre–revolucionaria**» e incluso «**revolucionaria**».

Nosotros no queremos discutir aquí acerca de la validez de esta apreciación (sin duda la situación no era objetivamente revolucionaria en esta época, pero sin duda lo era subjetivamente), pues no era tan grande el error de apreciación, que era grave a los ojos de la Izquierda Italiana, como la facilidad con la cual la Internacional cambiaba bruscamente de perspectiva y pasaba de una táctica de derecha a una táctica de izquierda, y dispensa de extraer un pretexto de estos fracasos, para volver a caer en el pesimismo y para volver a las consignas de derecha o, peor aún, a las consignas intermedias.

Frente a esta situación, el Partido alemán tomó, como era fácil de prever, una actitud inversa a la del Partido italiano: sobre el fenómeno fascista considerado tanto a escala de Alemania como internacional, no vio nada más que el aspecto sociológico, considerándolo exclusivamente como un movimiento que expresaba las inquietudes y la confusión de la pequeña burguesía. Es precisamente en esta clase donde él ponía sus esperanzas de cara a un desenlace favorable de la situación, tratándola como a una fuerza autónoma y potencialmente subversiva que el Partido de la revolución comunista podía recuperar, con la condición de dejar de ser el representante y el portavoz exclusivo de la clase obrera, para convertirse en el de todos los «**oprimidos**», haciendo suyas sus aspiraciones y erigiéndose por lo tanto en partido nacional. Habiendo olvidado así la función específica del Partido Comunista para hacer de él el «**gerente de transformaciones en el seno de la sociedad burguesa**», el Partido Comunista Alemán se lanzó a una acción paralela para «**recuperar**» a la socialdemocracia, no solamente de izquierda sino también de derecha. Renunció así a todo papel autónomo y dirigente en el seno de una situación compleja, y se puso por el contrario a remolque de fuerzas evidentemente contrarrevolucionarias. Impidió de antemano cualquier iniciativa susceptible de orientar al proletariado alemán (y de rebote al francés) hacia su fin histórico natural: la destrucción del Estado, burgués bajo todas sus formas. El único resultado que obtuvo fue, por el contrario, presentar a los proletarios una fisionomía muy difícil de distinguir de la socialdemócrata, por su moderación y su legalismo, y de los nacionalistas e incluso de los nazis, por su ardor patriótico; haciendo esto, no podía provocar en los proletarios más que reacciones de confusión, de desorden, de desconfianza e incluso de desmoralización.

El 11 de enero de 1923, las primeras tropas francesas penetraron en el Ruhr, para asegurarse una garantía material para el pago de las reparaciones, ocupando una zona industrial vital. El 13, el gobierno Cuno decretó la «**resistencia pasiva al invasor**», preocupado de no perder la cara ante la nación y de no cerrar todas las puertas a un compromiso con París y Londres. Era una ocasión única de movilizar a los dos Partidos Comunistas de las dos orillas del Rin, para defender el internacionalismo proletario contra la nueva llamarada del imperialismo, para empujar a la fraternización de los proletarios alemanes en mono de trabajo y a los proletarios franceses en uniforme de soldados, para llevar a cabo una propaganda derrotista en el ejército, y al mismo tiempo para favorecer una enérgica recuperación de la lucha de clase, estando dada la previsible agravación de la situación económica en Alemania y las violentas agitaciones obreras que no podía dejar de suscitar [Basta con citar aquí los episodios de Mülheim y de Gelsenkirchen en abril y mayo.], y que debían tener sus repercusiones en Francia cuando fuese necesario pagar la factura de la aventura militar. Por lo tanto, la proclamación lanzada en conjunto por la Internacional y la Profintern estaba completamente carente de vigor, llena de generalidades vagas, sin directrices claras si exceptuamos un llamamiento retórico a «**todos los obreros, campesinos y soldados de Francia para que no se dejasen embaucar con los miserables instrumentos de Poincaré y no aceptasen el saqueo del pueblo alemán**», sino que por el contrario obstruyesen el camino al Capital «**mediante huelgas y manifestaciones**», y un llamamiento del mismo género a «**los obreros de Alemania**» para que «**tiendan la mano a sus hermanos franceses que están dispuestos a combatir a vuestro lado contra la piratería de la burguesía francesa**». Por lo demás, este llamamiento afirmaba que el objetivo que esperar en Alemania era «**la unión de los obreros en un potente frente único proletario para la lucha con miras a la instauración de un gobierno obrero**» acerca del cual no se había especificado su naturaleza, y que por lo tanto podía entenderse como se quisiera, verdadero estallido del trueno en un cielo sereno. Esta consigna constituyó, es verdad, un acto de obediencia a las deliberaciones del reciente IV Congreso Mundial, pero era completamente nueva e incomprensible no solamente para las masas en general, sino incluso para los militantes de base de los Partidos Comunistas. Además el llamamiento deseaba «**la organización, gracias a este gobierno, de una lucha de defensa (Abwehrkampf) contra los bandidos extranjeros (die ausländischen Räuber)**», uniendo así por primera vez los pasos de vals del Partido Comunista con los de los patriotas alemanes, de igual forma que la consigna del gobierno obrero, unía los pasos de vals de la socialdemocracia «**de izquierda**» y eventualmente de derecha [La conferencia de los delegados de todos los Partidos Comunistas de Europa en Essen, a principios de enero de 1923, había votado una resolución denunciando el Tratado de Versalles y la política imperialista de los aliados ante Alemania («**Rote Fahne**» –«**Bandera Roja**»–, órgano del PCA, 9 de enero de 1923). Hasta después de esta decisión no apareció ningún esfuerzo serio para coordinar y en lo posible unificar la acción del Partido Comunista Alemán y del Partido Comunista Francés. Este último estaba constituido por un magma de corrientes diversas y dominado por preocupaciones electorales; no estaba preparado en absoluto para desarrollar una actividad de propaganda ilegal en el ejército y encontró en la demagogia pro–nacionalista e incluso patriótica del PCA un buen argumento para no hacer nada y quedarse pasivo ante las maniobras de Poincaré].

De una forma a lo primero vaga, y después cada vez más clara, el PCA se irá alineando sobre este doble frente. El historiador inglés Carr hace especial hincapié en el «**Internacionalismo**» cuya consigna «**contra Poincaré sobre el Sena y contra Cuno sobre el Spree**» sirve para atestiguarlo, la cual fue lanzada en enero por la dirección del PCA. Pero eso es mucho decir, pues la ocupación del Ruhr no era necesaria para convencer a un Partido Comunista y, mediante él, a las masas obreras, de la necesidad de... combatir al órgano ejecutivo y al comité de administración de su propia burguesía. No era más justo explicar, como lo hizo el alemán Paul Fröhlich en el número del 14 de febrero en «**Imprekor**», los motivos de esta lucha paralela de las dos orillas del Rin diciendo: «**contra Poincaré y las fuerzas que lo apoyan, porque el imperialismo francés es el más sólido baluarte de la paz de Versalles... y la Francia burguesa, la potencia militar más fuerte de Europa**», «**contra Cuno, porque él es el representante de la dominación de la industria pesada sobre el proletariado alemán**» y hace «**una política de lo peor**» y sin oponerse a la ocupación del Ruhr. En efecto, todo gobierno burgués debía ser combatido, incluso si en Francia hubiese sido menos «**versallés**» y militarista que el de Poincaré, y si en Alemania no hubiese capitulado ante el «**extranjero**».

La consigna en cuestión había sido lanzada por el Congreso de Leipzig en un llamamiento dirigido al «**Partido Comunista y a los sindicatos revolucionarios de Francia**». El Congreso no encontró nada mejor que recordar a los camaradas de la otra parte del Rin que eran «**los hijos y los herederos de los gloriosos e inmortales combatientes de la Comuna que... habían derribado la columna Vendôme, símbolo de la violación de sus derechos *nacionales* por la clase capitalista y sus jefes militares**». ¡De esta forma se solidarizaba no con los aspectos clasistas, sino nacionales de la Comuna Proletaria parisina, y se los proponía como modelo! Fue el mismo Congreso el que dirigió por vez primera a los socialdemócratas en el poder en Sajonia y Turingia una invitación para formar con los comunistas un «**gobierno obrero**». Esta invitación será renovada a finales de marzo al nuevo gobierno socialdemócrata de izquierda, sobre la base de una plataforma que se convertirá muy pronto en el «**programa mínimo**» del PCA en sus maniobras de aproximación a la socialdemocracia de esos dos Länder, y acabará en el otoño con la formación de un gobierno obrero «**paritario**». En cuanto a la plataforma en cuestión, era la siguiente: pago por parte de la burguesía de los gastos de defensa del Ruhr –registro y reserva de las riquezas reales de la provincia– control de la producción –comisiones de vigilancia de precios y de represión de la usura– milicias obreras contra el fascismo. Todas estas medidas estaban formuladas en un lenguaje bastante sibilino, pero cuando se traducían al lenguaje práctico, era evidente que sólo la dictadura del proletariado habría podido realizarlas (aunque hubiesen sido muy insuficientes), y en ningún caso un gobierno parlamentario de coalición con los socialdemócratas, ni siquiera de «**izquierda**».

Estudiaremos separadamente los tres aspectos de esta política bastarda: la puja nacionalista; las adulaciones a la pequeña burguesía, cuya contrapartida consistía en renunciar a

dirigir enérgicamente las acciones de clase del proletariado alemán incluso sobre el terreno simplemente reivindicativo, y los preliminares con la socialdemocracia como posible aliado contra el nazismo incipiente y el imperialismo dominante. Estos tres aspectos contribuían a dar a la lucha contra el fascismo un carácter democrático, frentista e interclasista que era completamente opuesto a la concepción marxista.

El primer aspecto se precisa rápidamente en una serie de artículos aparecidos en la revista oficial del PCA, *Die Internationale* (y sobre todo en los números 6, 7 y 8), donde el secretario y el teórico del Partido, Brandler y Thalheimer, afirmaban que «**en la medida en que lleva a cabo una lucha defensiva contra el imperialismo, la burguesía alemana juega, en la situación que se ha creado, *una función objetivamente revolucionaria*** [Digamos de pasada que después de enero, la apreciación que el PCA da de la posición de la burguesía alemana en la cuestión del Ruhr cambia: al principio, le acusa de participar en un complot imperialista contra Alemania; después, la presenta como la «**víctima**» de una agresión a la cual ella hubiese querido oponerse por la fuerza, si no hubiese sido por su temor a movilizar a todo el pueblo alemán (como lo habría exigido su «**función objetivamente revolucionaria**»), y en primer lugar, las clases trabajadoras, traicionando a la causa nacional tanto en un caso como en otro.], **pero en tanto que clase reaccionaria, no puede emplear los únicos métodos que permiten resolver el problema** [En otra parte se lee: «**La Alemania de hoy, en la cual el viejo aparato militar está destruido desde sus fundamentos tanto sociales como psicológicos, no puede relevarse más que gracias al empleo enérgico y llevado hasta sus extremas consecuencias, de la revolución proletaria**»]. **La contradicción entre la tarea ante la cual se halla la burguesía y su impotencia para cumplirla constituye su condena a muerte en tanto que guía de las otras clases de la nación (proletariado y pequeña burguesía), e inversamente, ofrece a la clase obrera un trampolín para colocarse a la cabeza de la nación... la tarea histórica particular del PCA es la de liberar a Alemania de la opresión imperialista: y, o asume esta tarea, o irá a la ruina con todas las demás clases y todos los demás partidos**» [El artículo en cuestión llevaba el título característico de «**1914 y 1923**», condenando el defensismo socialdemócrata después de estallar la guerra, pero exaltando el defensismo «**comunista**» nueve años más tarde]. «**En estas circunstancias, la condición de la victoria proletaria es la lucha contra la burguesía francesa y la capacidad de suplantar a la burguesía alemana en esta lucha, asumiendo la organización y la dirección de la lucha defensiva saboteada por la burguesía**». Es por esta razón que «**el partido debe combinar de manera convincente la función de liberación nacional del comunismo y su función de liberación social: es solamente de esta forma como se puede desvelar la verdadera cara de la burguesía, traidora a la nación, parar la marejada fascista y despertar en las masas la voluntad de conquistar el poder**». Conforme a esta orientación, la dirección del Partido y el Comité Central de los Consejos de fábrica lanzaron el 29 de mayo de 1923 una proclama llamando a los obreros a la lucha bajo la siguiente consigna: «**¡Abajo el gobierno de la vergüenza nacional!**». En el trascurso de los dos meses siguientes, los oradores comunistas y nazis se sucedieron en las tribunas de las manifestaciones contra la paz de Versalles y la ocupación del Ruhr. En la «**Rote Fahne**», los nacionalistas alemanes, el conde de Reventlov y Moeyer van der Bruck, polemizaron con Radek y Fröhlich acerca de las perspectivas de revolución nacional alemana y sobre las fuerzas que debían sostenerla [Esta polémica será publicada con una evidente complacencia en un folleto del Partido titulado «**Schlageter, eine Auseinandersetzung**» (un debate sobre Schlageter, víctima de los invasores franceses, elevado al rango de héroe por los nacionalistas). Hemos extraído de él tres frases lapidadoras de los comunistas: «**la cuestión de la nación se ha convertido en una cuestión de la revolución: el derribo de la dominación del capital se ha convertido en condición para la *salud de Alemania***». «**La revolución alemana es la condición para la liberación del pueblo alemán**». «**La historia demuestra la imposibilidad en que se encuentra el capitalismo para librar *a la nación* de la servidumbre**»]. Se organizaron coloquios entre organizaciones de las juventudes comunistas y organizaciones nazis, acerca de la posibilidad de una «**guerra de liberación nacional**» y los medios de conducirla. En el ejecutivo de la Internacional en junio de 1923, Zinóviev se felicitó al saludar el órgano nacionalista alemán «**Das Gewissen**» al PCA «**como partido *nacional–bolchevique*, partido de lucha que se dirige *a toda la nación***». En su célebre «**Discurso Schlageter**», Radek inclinó la bandera roja sobre la tumba «**del mártir nacionalista fusilado por los franceses**» y llamó «**a las masas pequeño–burguesas animadas de sentimientos nacionales**» a cerrar filas alrededor de la clase obrera y de su Partido, que no es «**el partido de la lucha por un trozo de pan y sólo de los obreros industriales, sino el partido de los proletarios militantes que luchan por tu liberación, la cual se identifica con la libertad de todo el pueblo alemán, con la libertad de todos aquellos que trabajan y sufren en Alemania**». ¡Era la primera vez que en una reunión –y una reunión internacional para más colmo– un orador presentaba la línea rigurosa del Partido marxista defendida durante tanto tiempo por los bolcheviques, como «**la defensa del trozo de pan sólo de los trabajadores industriales**», y que introducía el «**principio**», nuevo e inaudito para los comunistas [Esta posición armó escándalo hasta en el Partido checoslovaco, lo cual no es poco, conociéndose la fuerza del nacionalismo en el movimiento obrero de ese país.], según el cual era nuestro deber exaltar y sostener –incluso de manera puramente negativa– a cualquiera que se sacrificase por una idea, fuese la que fuese, en el conflicto dramático de las clases y de los partidos que encarnaban en ella sus intereses históricos!

Tal aproximación al problema de la táctica comunista en la situación de 1923 no hubiera podido justificarse más que a condición –¡condición monstruosa!– de considerar a Alemania de la misma forma que a un país capitalista atrasado, esperando una «**revolución doble**», es decir, burguesa y por lo tanto nacional en un principio, pero transformándose en revolución proletaria en el curso de su desarrollo, como en la perspectiva de Marx y Engels para Alemania en 1848–49, en la de Lenin para 1917 en Rusia, o en la del II Congreso para las colonias y semi–colonias, comenzando por la India y China. Esta

aproximación debía llevar consigo necesariamente no solamente una modificación, sino una inversión completa del diagnóstico marxista tradicional acerca de la función de las clases medias y sobre la táctica que aplicar a este respecto. Es indiscutible que el Partido de la revolución comunista no debe desinteresarse de estas capas sociales que, entre otras cosas, son susceptibles de sentir lo mismo que la clase obrera, el peso que la marcha inexorable del imperialismo hace pesar sobre toda la sociedad. Pero una cosa es hacer una propaganda constante junto a estas capas para intentar al menos neutralizarlas, siquiera parcialmente, mostrándoles por los hechos pasados y presentes, que no hay salvación para ellas bajo el régimen del gran capital, y que la única vía política que se abre a sus elementos sanos es la adhesión a la causa de la única clase hoy revolucionaria, el proletariado, y otra cosa es pretender conquistar a la pequeña burguesía haciéndose el portavoz de sus ideologías contrarrevolucionarias, mutando nuestro internacionalismo por su nacionalismo ciego y estúpido, pues esto equivale a sacrificar nuestra política de clase sobre el altar de una política popular históricamente estéril y vacía y por lo tanto antirrevolucionaria. En el caso de Alemania en 1923, esta política del PCA no podía más que favorecer, además, reacciones nacionalistas, chovinistas y revanchistas incluso en Francia, conociendo las tradiciones pequeño–burguesas y campesinas particularmente vivas en este país. Es, por lo tanto, la política que practicará el PCA, sobre todo a mediados del año 1923, con el único resultado de alentar a las bandas nacionalsocialistas, rivalizando con ellas sobre su propio terreno.

Algunas citas bastaron para ilustrar la confusión que estaba ganando a la Internacional. En el nº 114 de «**Imprekor**» (6 de julio de 1923), en un artículo titulado «**El fascismo, nosotros y los socialdemócratas alemanes**», Radek, que desempeñaba entonces la función de teórico del «**nuevo curso**» del PCA, escribía: «**El fascismo es un movimiento político de las grandes masas de la pequeña burguesía proletarizada. Si se lo quiere combatir es preciso hacerlo políticamente. Pero no se lo puede combatir políticamente más que, primeramente, abriendo los ojos a las grandes masas laboriosas de la pequeña burguesía sobre el hecho de que sus sentimientos legítimos son explotados por el capitalismo, responsable no solamente de la miseria económica, sino de la miseria nacional de Alemania, y en segundo lugar, indicando a estas masas pequeño–burguesas la vía justa en su lucha por la defensa de sus intereses. ¿Contra qué combaten ellas? Contra la miseria insoportable en la cual se han visto precipitadas y contra la servidumbre de Alemania como consecuencia del Tratado de Versalles. ¿La clase obrera tiene el deber de sostenerlas en esta lucha? Sí, tiene el deber de hacerlo. El socialismo no ha sido nunca únicamente una lucha de los obreros industriales por un trozo de pan; siempre ha buscado la forma de convertirse en un faro luminoso para todos aquellos que sufren**».

En el nº 128 de «**Imprekor**» (3 de agosto de 1923), bajo el título «**La bancarrota inminente de la burguesía y la tarea del PCA**», se decía en primer lugar que la tarea del PCA era organizar a la mayoría de la parte activa de la clase obrera bajo la bandera del comunismo, atraer al Partido las simpatías de grandes capas obreras extendiendo a gran escala «**las consignas transitorias hoy necesarias**», y hacer de esto la base de «**una alianza con las fracciones de la socialdemocracia a las que la presión de la clase obrera obliga a marchar con nosotros**», a condición de que estén dispuestas a... «**luchar lealmente contra la burguesía para salvar al proletariado de la miseria, de sus sufrimientos y de la contrarrevolución**» [El PCA esperaba este milagro incluso en los *dirigentes* socialdemócratas; ¡como si esta «**hipótesis**» no hubiese sido *ya* afirmada por la historia y tuviese todavía necesidad de confirmaciones o desmentidos!, ¡para esto, el PCA no se contentaba con proponerles un frente único político, sino además la constitución de «**gobiernos obreros**» contra la amenaza del fascismo!]. Se puede leer a continuación el siguiente pasaje característico: «**Pero la movilización de la clase obrera no basta. Nosotros debemos penetrar a fondo en las masas pequeño–burguesas proletarizadas por el capitalismo. Los pequeños campesinos, los arrendatarios, los funcionarios, los empleados, los intelectuales proletarizados, son para nosotros una reserva de fuerzas, incluso si razonamos de manera reaccionariamente nacionalista... Debemos no solamente ayudarlos a despojarse de sus viejos prejuicios y hacer de una parte de ellos verdaderos comunistas, sino también estar preparados para colaborar con estas capas pequeño–burguesas que, sin estar dispuestas a aceptar nuestra doctrina, e incluso habiéndose quedado atadas a sus ideologías, quieren en la práctica (¿?) combatir por lo mismo que nosotros en este período histórico**».

Poco después, en la víspera de los sucesos de Sajonia y Turingia, Zinóviev escribió por su parte en el folleto «**Problemas de la revolución alemana**» –refiriéndose a los empleados y funcionarios alemanes, tal como en el Ejecutivo de junio se había referido a los pequeños campesinos prusianos– que la pequeña burguesía estaba llamada en Alemania a jugar un papel comparable al del campesinado en Rusia. Identificaba implícitamente la situación de un país con capitalismo atrasado y en perspectivas de una revolución doble, con la de un país con altísimo potencial capitalista como Alemania [Por su parte, Radek no dudó en proclamar: «**el nacional–bolchevismo no fue en 1923 nada más que una alianza para salvarse de los generales que, inmediatamente después de la victoria, habrían aniquilado al Partido Comunista. Hoy, viene a significar que todo el mundo está con la convicción de que no hay otro remedio que los comunistas. Hoy constituimos la única salida posible. El hecho de insistir fuertemente sobre *en Alemania constituye un acto revolucionario, de la misma forma que insistir sobre el elemento nacional en las colonias***» («**Imprekor**» nº 103, de 21 de junio de 1923. ¡De esta forma Radek definió la posición de Alemania como la de un país colonial donde los comunistas podrían juntarse a un gobierno nacional–burgués!].

Es verdad que, muy deprisa, los fervores nacionalistas del PCA se esfumaron ante la nueva perspectiva que se había perfilado de forma imprevista ante el Ejecutivo de la Internacional después de agosto y que era una evolución acelerada de la situación alemana hacia una salida revolucionaria. También es cierto que en el anuncio de las

primeras agresiones nazis contra los obreros desarmados, Radek escribía en la «**Rote Fahne**»: «**Los comunistas alemanes tienen el deber de luchar, si es necesario con las armas en la mano, contra la insurrección fascista**», pero mientras tanto, el único resultado de la política que tendía a «**convencer a los elementos pequeño–burgueses fascistas que luchan contra la pauperización (y que se los debe distinguir de aquellos que están vendidos directamente al capital) de que el comunismo no es su enemigo, sino la luz que muestra la vía de la victoria**», fue desorientar y desarmar a los proletarios, alentar el nacionalismo latente en el Partido francés, y conseguir del PCA una brusca declaración de ruptura con los «**Schlageter**» y el nazismo, que había adulado y cortejado en vez de golpearlos sin titubeos ni reservas.

Las tácticas «**elásticas**» o, mejor dicho, en contradicción con los principios, tienen su lógica inexorable. Si se abraza la «**causa de la Nación**», si hace suyas las inquietudes de la pequeña burguesía rural y campesina, si se corteja a los nacionalistas, es inevitable que se considere también a la socialdemocracia no como el ala del frente burgués, sino como el ala derecha recuperable del movimiento obrero, y que se adopte con respecto a ella la actitud de personas que aspiran a ser «**sus compañeros de ruta**», incluso sus «**primos hermanos**», y eventualmente a aliarse con ella en el gobierno o fuera del gobierno. Esta actitud era una anticipación de las desastrosas posiciones de Gramsci sobre el caso Matteotti, las cuales constituían un resbalón no solamente hacia el «**antifascismo**» burgués y las reivindicaciones democráticas, sino también a los frentes populares y al ministerialismo a los cuales se llegaría 15 o 20 años más tarde.

Hemos mencionado ya el Congreso de Leipzig que envió a los socialdemócratas de Sajonia y de Turingia la primera invitación para formar un gobierno «**obrero**» contra el fascismo y la ocupación del Rhur, y la repetición de esta llamada a la «**izquierda socialdemócrata**» en marzo. Es superfluo precisar que tanto la una como la otra no fueron aceptadas entonces. Esto no impidió al PCA no solamente continuar en la misma vía, sino multiplicar los esfuerzos para no dejar a los proletarios salir de ella [La «**izquierda**» muy confusa del PCA lo empujaba más bien a perseverar que a frenarlo].

En marzo, en conformidad con la orientación contenida en una publicación común del Comintern y del Profintern (cf. Imprekor nº 19, 29 de enero), se constituyó en Berlín un «**Comité de acción contra el fascismo**» presidido por Clara Zetkin, en el cual el plan de acción (dirigido igualmente a los socialdemócratas) contenía las primeras sanciones contra el fascismo italiano bajo la forma del boicot a los suministros de carbón y de mineral de hierro a Italia. El mismo mes, una conferencia internacional se reunió en Frankfurt; los partidos de la III Internacional, así como los sindicatos adheridos a la central mundial de Amsterdam, fueron invitados, aunque ninguno aceptó venir. La resolución final repetía los sloganes ya conocidos de la lucha contra Versalles y contra Poincaré, pero evitaba tomar una posición clara acerca de las tareas específicas del proletariado alemán y de su Partido revolucionario. En vano se celebró una conferencia poco después en Hessen, deplorando el apoyo tácito del Partido a la «**resistencia pasiva**» decretada por Cuno, y el sabotaje de la proposición de huelga general hecha por los socialdemócratas, pidiendo que el proletariado fuese orientado hacia la toma del poder denunciando abiertamente «**la propaganda y los preparativos de los nacionalistas, que entraban en el marco de la contrarrevolución**». Preocupada por la radicalización acelerada de las masas obreras, que amenazaban con perturbar los planes bizantinos, del IV Congreso, la Internacional convocaba en Moscú a la dirección del PCA y a la oposición el 22 de abril. Reconoció que la primera había ido demasiado a la derecha en las proposiciones de frente único y de gobierno obrero, y respondió a la segunda y a los grupos y secciones del PCA inclinados a provocar putschs y golpes de mano en el Ruhr, que la ausencia de movimientos revolucionarios en la Alemania no ocupada y en Francia recomendaba paciencia y desaconsejaba forzar la situación. Por fin, la Internacional ordenó la aceptación de cuatro miembros de la «**izquierda**» en el Comité Central para impedir la dislocación del Partido. En mayo, el Comité de acción dirigió al congreso de unificación entre las Internacionales II y II y media una «**invitación para formar un frente proletario (i) unido contra el nuevo peligro de guerra, y contra el reforzamiento de las sanguinarias bandas fascistas**» («**Imprekor**» nº 89, del 28 de mayo de 1923). Todo lo que obtuvo es la respuesta del austromarxista Adler: «**Debemos precisar claramente, ante aquellos que proponen el frente único, que no es posible si los comunistas reconocen la igualdad de derechos en el seno del proletariado (die Gleichberechtigung des Proletariats); un acuerdo no tiene ninguna probabilidad de realizarse, porque estamos separados de vosotros por cuestiones de principio**» («**Imprekor**» Ibí.) [En mayo igualmente, son hechas insistentes llamadas a los sindicatos para «**una lucha activa**», en oposición a la «**resistencia pasiva**» de Cuno. En un artículo del 18 de mayo de 1923 («**Imprekor**» nº 18), que estaba destinado precisamente a las grandes organizaciones sindicales, las perspectivas de desarrollo de la crisis se perfilaban así: «***O bien*** **una fracción notable del patrimonio real (Sachvermogen) de Alemania (casi la totalidad) pasa al vencedor,** ***o*** **se concentra en las manos de un poder decidido firmemente a sacar de él un beneficio (ein Nutzen) que permitiría así el pago de las reparaciones**». La primera solución es la que desea el capital internacional (internacionalización de la industria minera), y «***queremos creer*** **que incluso los dirigentes sindicales reformistas la rechazan con toda sinceridad**». «**La segunda solución no puede ser aplicada más que por dos tipos de gobierno: un gobierno fascista que aumentaría la jornada de trabajo y llevaría al máximo la explotación de la clase obrera, o un** ***gobierno obrero*** **que se apoyaría sobre toda la fuerza organizada de los trabajadores, y que, dotada de plenos poderes, conseguiría al mismo tiempo mantener a los obreros y satisfacer las exigencias usurarias (Shylocksforderungen) de la Entente**». Esto era, como se puede ver, un verdadero programa de «**gobierno nacional**» del tipo que Stresemann instaurará poco después]. Así acabó la enésima tentativa de «**acuerdo**» y, además, de «**Huelga simbólica de 24 horas**».

Lo más grave es que, en todo este embrollo de acciones extrañas a toda línea de clase por pequeña que fuese, el PCA perdió todo su empuje, se puso a la defensiva y se redujo a una completa impotencia, de tal forma que la fracción del proletariado que lo seguía o rompía su freno o caía en la

desmoralización. Es verdad que en cuanto en julio se agravó la situación interior y se produjeron desórdenes un poco por todas partes, el Partido Comunista alemán se apresuró a lanzar advertencias contra las «**provocaciones fascistas**». Cuando el gobierno socialdemócrata de Prusia prohibió la «**jornada antifascista**» proyectada por el PCA y los desfiles de Potsdam y Berlín que debían acompañarla, este último desconvocó apresuradamente toda manifestación, proclamando después rápidamente que «**no solamente no podemos intentar una lucha general, sino que debemos evitar todo aquello que pudiera dar al enemigo la ocasión de destruirnos poco a poco**» («**Die Rote Fahne**», 30 de julio y 2 de agosto de 1923). Tres meses después, reducido a la impotencia y dislocado, el PCA acabará en brazos de los social–traidores «**de izquierda**» en los gobiernos de Sajonia y Turingia. Bastará entonces un regimiento del ejército para desalojarlo del poder, y un día de fusilamientos en Hamburgo para apagar completamente los ardores de la izquierda del Partido.

Así, cuando se analiza toda la primera mitad del año 1923 en Alemania, se tiene derecho a decir que la revolución alemana no fue «**aplastada**» en octubre, cuando los grupos comandados por el gobierno central de coalición Stresemann–Hilferding obligaron con algunos disparos al gobierno sajón de Zeigner–Brandler a disolverse, sino en enero, cuando el Partido comenzó su aproximación catastrófica a la socialdemocracia, las clases medias y sus filiales nacionalistas, imaginándose que podría servirse de estas fuerzas contra el fascismo, mientras que los hechos históricos habían enseñado (a la Izquierda italiana en particular) que éstas eran las condiciones necesarias para el fascismo. Habiendo perdido su brújula de clase, el PCA fue batido, pero no por el fascismo, el cual solo no podía hacer nada, sino por la socialdemocracia que cortejó y aduló. Cuando por fin reconoció en ella la otra cara de la contrarrevolución, ya era demasiado tarde. Bajo la nueva dirección de «**izquierda**» que había sustituido prematuramente a la dirección de derecha, pretendió retornar a la lucha bajo la única bandera de la revolución y de la dictadura proletaria, pero esto sirvió únicamente para caer en las mismas prácticas de bloques, antifascistas y democráticos, que la dirección de derecha, a la cual Moscú había hecho pagar el pato del terrible jaque de octubre. Diremos todavía más: el Partido que Hitler masacrará una vez que tome el poder, se había suicidado diez años antes. Después de octubre de 1923, no hará más que sobrevivir. Seguramente, continuó atrayendo proletarios a sus filas, pero esto será únicamente en razón de la fascinación irresistible que ejercía todavía la Rusia «**bolchevique**» que lo sostenía, y también la atracción de una demagogia de la cual sólo el estalinismo era capaz y que reinaba a sus anchas en la época del presunto «**giro a la izquierda**». Pero esto no le impidió no ser nada más que una sombra de Partido, tan pletórico numéricamente como timorato y cobarde en la vida real y en la lucha física.

Es así que el PCA debió pagar con su sangre la ilusión de que la democracia y sus instituciones pueden servir de escudo, e incluso, de punto de apoyo al comunismo, y el sacrificio de la independencia del programa y de la perspectiva revolucionaria del Partido de clase con tal creencia absurda: la contrarrevolución lo esperó tranquilamente a la vuelta, y cuando llegó el momento, no tuvo nada más que atizarle un último puñetazo en la espalda para terminar con él, en medio de las carcajadas cínicas de los camisas pardas.

LOS SOCIALDEMÓCRATAS Y LA VIOLENCIA

(Publicado en «Il Comunista», 12 de abril de 1921)

No se puede aceptar de manera absoluta la tesis según la cual si el Partido Socialista italiano se muestra pasivo ante las violencias fascistas contra el proletariado, esto es debido a que rechaza el empleo de la violencia, por principio en su ala derecha, y por razones de oportunidad en su ala izquierda.

No existen adversarios por principio de la violencia, incluso entre los elementos situados más a la derecha dentro de la social–democracia italiana, como sería por otra parte el humanitarisimo pietista de los Prampolini y de los Turati. Fieles a la mentalidad contingentista (término que podría reemplazar adecuadamente, al menos en parte, al de oportunista) que deduce la táctica que adoptar de las situaciones mutables sucesivas, los socialdemócratas tienen razones mucho más profundas que las de una repugnancia cristiana a la consideración hacia la violencia, para oponerse con una *respuesta violenta* a las demostraciones de fuerza fascistas: es, por una parte, el carácter particular del fascismo, y por otra parte, su propia apreciación de la situación italiana actual. Obedecen a una directriz de principio que, precisamente porque se trata de oportunistas, no pueden más que disimular detrás de un horror tolstoiano hacia el derramamiento de sangre, pero que nosotros intentaremos desenmascarar.

Empezaremos por demostrar que los presuntos franciscanos que preconizan la no–resistencia al fascismo, no obedecen a un principio pacifista general, examinando los casos en los cuales han preconizado en el pasado el método de la lucha armada, y también los casos en los cuales la *preconizarán* en el futuro.

Incluso el reformista más angelical justifica retrospectivamente la violencia que ha servido para edificar el actual orden social y conquistar las libertades cívicas y nacionales. No existen social–demócratas, por más domesticados que estén, que no consideren como sagrada la violencia que dio a Italia la libertad nacional y las garantías constitucionales, y que no hagan reverencias ante el recuerdo de los tiranicidas de la antigüedad, de los revolucionarios franceses, de los combatientes de la independencia húngara, polaca, griega o checa. Su respeto no se limita por lo tanto a las guerras nacionales, sino que se extiende, como podemos observar, a las guerras civiles en las cuales no se bromea... Pero nuestros actuales campeones en ofrecer la otra mejilla, no se contentan con justificar teóricamente la violencia en ciertos casos, en algunas situaciones, exigen su empleo, como la reciente historia política ha demostrado muchas veces. En la mentalidad idílica de nuestros social–pacifistas, si la violencia era sagrada cuando se trataba de conquistar las libertades democráticas y la independencia nacional, no lo es menos cuando se trata de preservar estos bienes inestimables de cualquier amenaza y peligro.

¿No fueron insurreccionalistas en 1898?[2] ¿No incitaron a las masas a desmontar las ruedas de los trenes destinados a transportar tropas para la guerra de Eritrea? [3] ¿Más recientemente, en agosto de 1914, cuando Italia amenazaba con entrar en guerra al lado de sus aliados y contra Francia, nuestros social–demócratas, de acuerdo con los revolucionarios, los anarquistas, y los... republicanos, no proclamaron que llamarían al pueblo a la insurrección armada si el gobierno ordenaba la movilización?

Durante la guerra, cada vez que apareció la amenaza de esta legendaria dictadura militar (ver nota 1), de la cual hemos hablado en un artículo anterior, hablaron también de insurrección, pero únicamente preocupados por el enemigo «**exterior**». Cuando al terminar la guerra se empezó a agitar ese espantajo estúpido, votaron de nuevo decisiones abiertamente insurreccionales, como por ejemplo, una orden del día de la Cámara de Trabajo de Milán, de la cual no recuerdo la fecha. Resumiendo, cada vez que las instituciones democráticas y las libertades constitucionales fueron amenazadas (o que ellos se lo imaginasen), los reformistas hablaron de llamar a las masas a la calle para la acción armada, destacando que esto no era una jactancia, sino una disposición práctica, coherente con su teoría.

Contra las amenazas de golpes de mano por parte de D'Annunzio siempre han reclamado a la vez la violencia popular y proletaria y la represión del Estado. Por otra parte, durante la guerra, una vez más invadido el territorio nacional, han entonado himnos a los ejércitos que defendían mediante la violencia la integridad de la patria. Esta actitud y la que tomaron de cara a la amenaza de guerra contra la Entente, y que hemos señalado anteriormente, los ha unido a los demócratas intervencionistas que, por su parte, se habían unido mediante presuntos factores reaccionarios de golpes de Estado a una total adhesión a la guerra.

Todavía hay más. ¿Recordáis las alabanzas que Turati dirigió en el Parlamento a la Revolución Rusa, cuando no era todavía la de Lenin y los bolcheviques, sino la de Kerensky y los cadetes? En esta primera fase, esta revolución no fue menos sangrienta que la segunda, en la cual se instauró la dictadura proletaria despiadada, acerca de la cual Turati declaró poco después que estaba dispuesto a combatirla con las armas en la mano si llegaba a instaurarse en Italia.

No es, por tanto, una aversión teórica o sentimental respecto al empleo de la violencia la que motiva la actitud actual de los social–demócratas frente a la extensión del fascismo. Tampoco lo es el miedo, explicación que sería todavía más estúpida. El miedo puede haber influido sobre la actitud de tal o cual persona, y subjetivamente puede incluso dominar a un comunista (el miedo explica, en todo caso y en una larga lista, que muchos de los que en períodos de calma se dicen revolucionarios, sea por demagogia, sea por una falta de comprensión teórica, se han revelado como auténticos social–demócratas, y basta saber que Turati es hoy el jefe reconocido de un partido que ayer era maximalista): pero la actitud de la social–democracia italiana, a la cual pertenecen fuerzas que han sido consideradas durante largo tiempo como extremistas (y que la III Internacional ha aniquilado por fortuna), obedece a otra lógica que la del miedo, y tiene una significación mucho más

[2] En 1898 tuvieron lugar violentos movimientos proletarios provocados por una grave crisis económica, en particular en Milán, donde el gobernador militar Bara–Beccaris proclamó la ley marcial. El general Pelloux fue llamado al gobierno (es a esta dictadura militar a la que el texto hace alusión más adelante) y permaneció en él hasta 1900. Bajo su gobierno, los socialistas practicaron el abstencionismo al Parlamento, y reivindicaron el uso de la violencia en la calle para defender las libertades violadas y protestar contra el arresto de militantes de la extrema izquierda. El mismo Turati sufrió una larga pena de cárcel. Numerosos socialistas y anarquistas se refugiaron en el extranjero. Este período terminó con el asesinato del rey Umberto I a manos del anarquista Bresci en 1900. Fue bajo el mandato del nuevo rey Víctor Manuel III cuando Giolitti fue llamado al poder y se inauguró la famosa edad de oro del liberalismo y del reformismo.

[3] En 1895–96 se produjeron violentísimas agitaciones contra la política colonial del primer ministro Crispi en Eritrea–Etiopía, que condujo en 1896 a la derrota italiana en la batalla de Adoua. Apoyados enérgicamente por los socialistas, estos movimientos estuvieron caracterizados por motines de las tropas y sabotajes en las líneas férreas. Fueron el prólogo de los sucesos que se produjeron en Milán dos años más tarde, al mismo tiempo que el epílogo de los movimientos de Sicilia en 1894 y de su represión violenta.

grave.

Si preguntáis a los penetrantes teóricos de nuestro reformismo nacional sobre cuál es el lazo entre las actitudes heroicas que hemos señalado con anterioridad, y su actual política de dimisión, entre sus posturas leoninas del pasado y los balidos de ovejas que dan hoy, os contestarán que no hay nada de eso. Os dirán, incluso ironizando, que no son, ni quieren serlo, teóricos y artífices de generalizaciones, que no han trazado nunca esquemas generales, que la historia es tan inestable que no se la puede encerrar dentro de cuadros tan rígidos, que son muy cultos, muy sutiles, muy sensatos y muy... astutos como para dedicarse a ejercicios de esa clase, muy dignos de nuestro crítico extremismo infantil.

A pesar de esto, nosotros, que nos empeñamos en ser esquemáticos, dogmáticos y simplificadores en materia teórica, tenemos una explicación plausible para estas actitudes sucesivas de la social–democracia italiana, explicación que rinde a su coherencia los honores que su modestia rechaza. Existe una tesis típicamente anti–marxista y anti–comunista según la cual el desarrollo posterior de la sociedad humana debería proceder de acciones graduales y pacíficas, mediante las únicas armas que la democracia electiva ofrece para la defensa de los intereses de los diversos grupos sociales y de las tendencias que los expresan. Pero según esta tesis, si este derecho fundamental al voto y a las libertades constitucionales se ve amenazado por fuerzas estatales o extra–estatales, el empleo de la violencia popular se convertiría en un derecho sagrado, de igual forma que la insurrección armada dirigida para establecer de nuevo ese mínimo de derechos garantiza la posterior ascensión de las masas. No es éste el lugar para repetir que tal teoría no constituye solamente renegar definitivamente del socialismo, sino que además es de una abstracción y de un esquematismo verdaderamente estúpidos, y que ha recibido de la realidad –por no decir nada de nuestra polémica– terribles desmentidos. Lo que sí debemos hacer constatar es que esta teoría justifica de maravilla las sucesivas actitudes de la derecha socialista recordadas con anterioridad.

Las conquistas de la revolución burguesa –independencia nacional o garantías democráticas– estaban amenazadas, era preciso defenderlas con los medios que precisamente las han hecho posibles. Según la mentalidad social–demócrata, la violencia no es condenable en tanto que violencia, sino solamente en la medida en que el proletariado la utiliza para emanciparse, en lugar de utilizar los medios ofrecidos por la democracia, los cuales son más eficaces según el reformismo. Pero si estos medios se cuestionan, sólo la violencia puede preservarlos contra la reacción. Naturalmente tal violencia no es exclusiva de una sola clase, sino de una colaboración entre los trabajadores y los elementos de «**izquierda**» de la burguesía.

Resumiendo (espero que la conclusión no parezca aventurada, ya que hemos desdeñado mil argumentos análogos a los precedentes), los socialdemócratas están por la violencia a condición de que ésta sirva para defender una conquista burguesa, una institución burguesa, ya que según ellos «**las instituciones democráticas constituyen el terreno indispensable para la emancipación del proletariado**». Si la violencia sirve exclusivamente al proletariado y a su acción de clase contra el régimen burgués, incluso contra las reglas constitucionales (que según nosotros son específicamente burguesas y sirven únicamente a la defensa de los intereses burgueses, en tanto que para los social–demócratas son un patrimonio social situado por encima de las clases), y sobre todo si la violencia está dirigida contra la democracia burguesa para abolirla, como la Revolución Rusa y la III Internacional nos han enseñado, entonces se convierte en algo criminal a los ojos de los social–demócratas, que lógicamente llegan a la conclusión de que contra las tendencias y los movimientos de inspiración comunista, la violencia es legítima.

¿Por qué nuestros reformistas clásicos se oponen a la reacción violenta contra el fascismo? *Porque saben que el fascismo no es en realidad un movimiento anti–democrático que tenga como fin la supresión del régimen electivo*. Ven muy bien que la violencia fascista no está dirigida a suprimir la democracia burguesa, ni tan siquiera para aplastar el socialdemocratismo obrero, sino únicamente para defender el régimen democrático burgués contra los asaltos revolucionarios del proletariado. Los trabajadores comunistas se salen de los marcos de la lucha parlamentaria y proclaman su intención de conquistar el poder por la violencia; la burguesía se organiza para oponérseles con la ayuda de las milicias fascistas, no para suprimir la democracia, sino para defenderla de nosotros, comunistas, que queremos abolirla.

Esta es la única explicación posible del hecho de que los socialistas, que como hemos podido ver admiten por todas partes la violencia popular contra todo atentado a los derechos democráticos, exhortan actualmente a las masas a no rebelarse, sino a recurrir a los medios legales para defenderse cada vez que el adversario parece amenazarlas. Sabiendo que el fascismo no tiene la intención de privarlos indefinidamente del derecho de voto, creen que bastará para volver a la calma, el *hacer en el futuro un uso exclusivo de los derechos democráticos*.

En Italia, hoy, la primera función del fascismo es despejar todo lo que podía haber de artificial en los proyectos de lucha revolucionaria comunista, aislar a los verdaderos adversarios del régimen vigente de todos sus posibles auxiliares. Ocultándose tras el maximalismo, no tiene la intención inmediata de acabar con todo lo verdadero que existe en el movimiento comunista (ese movimiento está hoy organizado en nuestro Partido), sino únicamente de arrinconar a la mayor parte del PSI en un reniego definitivo del comunismo y en una alianza con los demás defensores de la democracia burguesa.

Por esto es necesario comprender las declaraciones que repiten los dirigentes fascistas sobre los problemas obreros y las recientes palabras de Mussolini: «**Sin querer dárnoslas de profetas, se puede anticipar el resultado de las elecciones en lo que concierne a los socialistas: resultarán derrotados y el triunfador no será Filippo Turati. Las acciones de este hombre, que en el Congreso de Bolonia estaban casi reducidas a cero, son hoy muy cotizadas dentro del Partido Socialista. La historia le ha dado la razón. Pero sin el fascismo, Turati habría caído ya desde hace tiempo en el olvido**». Sin querer dárnoslas de profetas, podemos decir que el segundo período de la acción fascista será un período de acción directa contra la fracción irreductiblemente revolucionaria y comunista del proletariado, acerca de la cual se hace hoy un ostensible silencio. Entonces la distinción entre los diversos enemigos jurados del comunismo se habrá atenuado; el fascismo no se presentará más como una fuerza ajena al Estado, y la socialdemocracia puede que se halle a la cabeza de dicho Estado.

Nosotros dudamos tanto menos de esta segunda fase de la cual somos obstinados teóricos, pensamos que los fascistas han llevado a cabo una obra de clarificación que no ha resultado inútil para nosotros. Pensamos de igual manera que el resultado de la primera fase de las violencias fascistas –la conversión de pseudo–maximalistas a la colaboración de clase– favorece indirectamente la orientación y la preparación revolucionarias de las masas, de tal forma que se puede ya preguntar sobre quién dará la señal de la segunda batalla que librará la burguesía. Sea quien sea el que la inicie, está claro que no terminará por medio de una alianza, sino por la derrota definitiva de uno de los dos adversarios en presencia.

¡Y cuidado con los vencidos, sean de donde sean!

LAS VÍAS QUE CONDUCEN AL NOSKISMO

(Publicado en «Il Comunista», 14–7–1921)

Digamos algunas palabras acerca de la evolución de la social–democracia italiana hacia la derecha. En repetidas proclamaciones oficiales, el partido socialista se ha colocado sobre un terreno netamente «**pacifista**» en lo que concierne a los métodos de lucha que el proletariado debe emplear, y ha adoptado por lo tanto el punto de vista de los partidarios de Turati: apaciguamiento de los odios, desarme de los espíritus y de las manos, lucha con las armas civilizadas (o sea, no sangrientas) de la propaganda y de la discusión, condena de la violencia proletaria armada, no solamente para la ofensiva, sino incluso para la defensiva. Esto significa que si el partido socialista no está todavía perfectamente de acuerdo con el punto de vista de Turati y llega a admitir la «**colaboración gubernamental**» con la burguesía, por lo menos aprueba sus métodos legalitarios y socialdemócratas. Son, es cierto, dos cuestiones distintas. Todo aquel que admite la colaboración con la burguesía está contra las directrices revolucionarias de los comunistas; pero cualquiera que, sin llegar hasta ahí, condena el uso concreto de la violencia en la lucha de clase y se limita a los medios tácticos que le ofrecen las instituciones burguesas, hace otro tanto. La experiencia revolucionaria permite deducir que tal posición conducirá fatalmente a sus autores a renunciar a la revolución y a hacerse cómplices de la contrarrevolución. Veamos cómo esto se ha visto confirmado por los sucesos de Italia.

¿Cuál es la base de principio, del «**social–pacifismo**»? ¿Podría ser el «**no matarás**», el «**ofrecerás la otra mejilla a quien te ofenda**» del cristiano, del tolstoiano? Está claro que no. Si los social–demócratas creyesen en semejantes extravagancias, serían ciertamente menos peligrosos, pero también más estúpidos de lo que son.

La consigna de no matar a los fascistas, de no responder a sus provocaciones, es una consigna contingente que procede de otro principio general, que no es el principio moral eterno invocado más arriba. ¿Cuál es este principio?

Examinemos si la social–democracia ha condenado «**siempre**» la violencia en cuanto tal, es decir, de forma absoluta. Tomemos a Turati, que ha dado a su partido esta consigna de pasividad. ¿Qué decía, en octubre de 1917, después de la derrota de Caporetto, mientras que el ejército austriaco avanzaba, con las armas en la mano, sobre el territorio italiano? ¿Aconsejaba a los soldados italianos que no matasen, que arrojasen las armas, que no respondiesen a la violencia con la violencia? ¡Todo lo contrario! Exaltaba y santificaba la resistencia armada de las tropas italianas sobre el Grappa. Y fue cuando nosotros, comunistas, defendimos la tesis revolucionaria condenando la defensa nacional, que él nos imputó, para las comodidades en la polémica, motivos «**tolstoianos**» que calificaba de «**idiotas y nefastos**», mientras que en realidad nosotros partíamos de la consigna «**los proletarios no vuelven sus armas contra otros proletarios, sino contra el enemigo de clase que está en su propio país**».

Entre estas dos posiciones adoptadas sucesivamente por el social–pacifismo de cara a la invasión extranjera y de cara al salteamiento fascista, debe existir una continuidad lógica, debe existir, y no es difícil de definir.

El social–demócrata, el social–pacifista, no está contra la violencia en general. Reconoce a la violencia una función histórica y social. No niega, por ejemplo, la necesidad de arrestar y, si es preciso, matar al delincuente de derecho común, al autor de agresiones en la calle. Es a este género de delitos a los que compara la invasión militar, pero se niega a comparar igualmente la ofensiva civil de los camisas negras. ¿Cuál es por lo tanto la distinción que los guía?

No es el social–pacifismo el que puede responder a esta pregunta, sino nosotros. Su distinción descansa sobre su concepción de «**la función del poder del Estado constituido**». Es extremadamente simple. Cuando es el poder del Estado el que emplea la violencia, el que la quiere, el que la ordena, esta violencia es legítima. En consecuencia, puesto que es el Estado quien la ha querido, organizado y ordenado, la defensa armada sobre el Grappa fue no solamente legítima, sino sagrada, aunque extremadamente sangrienta. Pero la violencia defensiva contra el fascismo es ilegítima porque no es el Estado, sino fuerzas extra–legales, las que toman la iniciativa.

Si no es necesario defenderse contra el fascismo no es porque sea el mejor medio para desarmarlo (¡Turati no ha vuelto a la infancia!), sino porque es al Estado a quien le incumbe reprimir la violencia fascista, considerada también como extra–estatal y extra–legal según la mentalidad social–pacifista.

Continuemos siguiendo el razonamiento y la política social–pacifistas. Tal orientación vuelve a subscribir un principio típicamente burgués, contra el cual el socialismo marxista se ha dirigido siempre, incluso, en su momento, en la persona de Filippo Turati. Este principio consiste en admitir que desde que existe el Estado democrático y parlamentario, la época de la lucha violenta entre los particulares y los diversos grupos y clases de la sociedad está cerrada, y que la función del Estado es precisamente tratar toda iniciativa violenta de la misma manera que las acciones antisociales, incluso si él mismo ha nacido de la destrucción violenta del Estado constituido del Antiguo Régimen.

Es a esta lógica teórica a la que responde la política actual y la fatal política futura del Partido Socialista italiano. Ha lanzado la consigna del desarme y de la no–resistencia al fascismo, pero el fascismo no se ha desarmado. Ha lanzado la consigna de la acción legal y electoral, y una fracción considerable del proletariado le ha seguido, pero el fascismo no se ha desarmado.

El PSI se niega a colocarse bajo el punto de vista comunista según el cual el fascismo no es nada más que otro aspecto de la violencia que el Estado burgués opone a la violencia revolucionaria del proletariado y que constituye su último argumento defensivo y contraofensivo. El PSI querría un estancamiento de la situación que permitiría una vuelta a la *vida normal*, en la cual podría continuar la obra pacífica tradicional a la cual se ha adaptado su estructura. La política de desarme y de participación electoral no ha bastado para llegar a este resultado, el PSI ha llevado negociaciones directas con los dirigentes fascistas. Su jaque actual no quiere decir nada. El solo hecho de haberlas realizado después de haber renunciado espontánea y oficialmente a la lucha armada, significa que el PSI se prepara para otras concesiones que serán la consecuencia lógica de su fatal premisa «**pacifista**». Esto implica un pacto de este género: nos hemos desarmado; que el fascismo se comprometa a hacer lo mismo; que la represión de las violencias privadas incumba de

nuevo a las fuerzas legítimas del orden, al Estado. El social–democratismo aspira con un ardor estúpido y nefasto a esta ilusoria vuelta a la legalidad. Es por tanto lógico y verosímil que el PSI haya propuesto también que los dos partidos se comprometan a denunciar a todos aquellos, sean quienes sean, que atenten contra esta legalidad, y si esto no se ha hecho aún, se hará. Reservar al Estado la «**administración de la violencia**» no es solamente reconocer un principio típicamente burgués, pues el reconocimiento de un «**falso**» principio conduce a otras consecuencias. Puesto que es cierto que el Estado administra la violencia para el mayor provecho de la burguesía, y que el fascismo no es más que un aspecto de esta violencia –una contraofensiva destinada a prevenir un futuro ataque revolucionario del proletariado (si librase la batalla de clase sirviéndose de las fuerzas del orden oficiales antes de que una vanguardia proletaria la haya atacado, la burguesía descubriría de inmediato sus baterías y suministraría armas a la crítica comunista)–, se debe concluir necesariamente que el fascismo no se desarmará antes de asegurarse de que en su conjunto la clase obrera no tiene la menor intención de atacar al Estado constituido y a las instituciones burguesas. El fascismo hará pues a la social–democracia la oferta siguiente: para estar seguros de que las masas proletarias no atentarán contra el poder legítimo... tomad la dirección del Estado, participad en el gobierno burgués.

El buen sentido social–demócrata vulgar ve esta situación bajo otro ángulo. Acaricia la ilusión estúpida de que podría ampararse en todo o en parte en las riendas del Estado para acabar con la «**ilegalidad bárbara**» del fascismo, con la ayuda de la guardia real y de las otras fuerzas de policía oficiales. Pero que el fascismo abandone el terreno porque está satisfecho de haber contribuido a transformar un partido de acción proletaria revolucionaria en partido de gobierno en el marco del orden vigente, o que sea suprimido por orden de un eventual gobierno social–demócrata (pura hipótesis en la cual no creemos para nada), en ambos casos, la socialdemocracia deberá recorrer otra etapa de su evolución. Una vez llegada a la función de garante del Estado y, por tanto, de la violencia legal, sea mediante un pacto con el fascismo, sea mediante la colaboración ministerial ¿qué hará cuando los comunistas continúen preconizando y empleando la violencia para el ataque revolucionario contra el poder del Estado?

Hará algo muy simple. Condenará esta violencia revolucionaria en principio; pero a pesar de su pseudo–pacifismo cristiano de hoy, ¡se guardará bien de hablar de no–resistencia a esta violencia! En perfecta lógica consigo misma, proclamará por el contrario que el Estado tiene el derecho y el deber de aplastarla. Prácticamente, dará a la Guardia Real la orden de ametrallar al proletariado, es decir, los nuevos «**bandidos antisociales**», que niegan la función benéfica de su gobierno «**obrero**». He aquí cómo se conducirán los partidos que niegan que la ilegalidad y la violencia sean los medios fundamentales de la lucha proletaria. Es exactamente la vía que Noske ha seguido.

Esto es lo que muestran la crítica marxista y la realidad dramática que vivimos hoy en Italia.

LA FUNCIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN ITALIA

(Publicado en «Il Comunista», 6–2–1921)

La revolución rusa, alemana y de otros países ha mostrado que la conquista del poder por el proletariado y el período de la Dictadura están precedidos por una fase histórica caracterizada por el traspaso del poder a los partidos socialdemócratas, o a una coalición de estos con los partidos burgueses. Después de estos acontecimientos, uno se pregunta con frecuencia si tal fase se verificará igualmente en los países occidentales como prólogo de la revolución proletaria. Según algunos, incluso en Italia, deberíamos atravesar este período antes de ir más lejos, y sería por lo tanto una buena táctica, incluso desde el punto de vista revolucionario, provocar la famosa experiencia del gobierno socialdemócrata para llevar este desarrollo histórico necesario hasta sus últimas consecuencias. Por el contrario, según los comunistas, este período no tiene ningún carácter de necesidad histórica y el movimiento revolucionario debe tender directamente a la instauración de la dictadura del proletariado para la lucha directa contra el régimen burgués actual.

Naturalmente, es la segunda opinión la que representa la justa solución del problema. Sin embargo, nos parece que una apreciación más exacta de los caracteres y de la función del socialdemocratismo es necesaria si se quiere dar una respuesta crítica completa a la cuestión, y extraer de ella las conclusiones tácticas que nos interesan.

Un régimen democrático burgués que tiene un programa de reformas radicalsocialistas se presenta realmente como un término medio entre el orden actual y el del proletariado allí donde el advenimiento de la burguesía capitalista propiamente dicha no es un hecho consumado, y donde existen todavía formas políticas y sociales atrasadas generalmente superadas en la sociedad actual. Incluso en estas condiciones, no hay ninguna duda para los marxistas de que, comprendiendo y reconociendo teóricamente que la constitución de un régimen parlamentario constituye un paso hacia adelante hacia el más amplio desarrollo de la lucha proletaria, los comunistas deben combatir no solamente a la vieja clase dominante y a sus partidos, sino a la nueva que intenta reemplazarla en el poder, negarse a firmar un trato con ella y esforzarse en derrocarla lo más pronto posible, con el fin de no dejar pasar el corto período durante el cual el poder del Estado no tiene ninguna base estable y es más fácil apoderarse de él. Por mucho que puedan decir al respecto aquellos que ignoran el marxismo, tal fue el pensamiento de Marx y de los comunistas de cara a la situación de Alemania y de otros países en 1848, y tal es también la gran enseñanza de la revolución rusa.

Pero entonces no se debe ni se puede hablar de una función histórica de la socialdemocracia en los países de la Europa Occidental donde el régimen democrático existe desde hace mucho tiempo y ha entrado en una fase de decadencia en la cual no es más que una supervivencia histórica. Para nosotros, no puede haber otro traspaso revolucionario del poder más que de las manos de la burguesía a las del proletariado, de tal forma que no se puede concebir otra forma de poder proletario que la dictadura de los consejos.

Hacer esta evidente constatación no lleva, sin embargo, a excluir el que la socialdemocracia ejerza o se prepare para ejercer una función incluso en los países occidentales. Los partidos socialdemócratas sostienen que la época de la democracia no ha terminado todavía, y que el proletariado podrá utilizar aún para los fines de clase las formas políticas de esta democracia. Pero como es evidente que, sobre todo en las condiciones actuales heredadas de la guerra, el proletariado no saca ningún provecho de su existencia, los socialdemócratas se ven obligados a prever y a proponer formas democráticas más perfectas y más completas según ellos, pretendiendo que el actual sistema actúa contra el proletariado únicamente porque no es verdadera e íntimamente democrático. De ahí, todos los proyectos de instituciones nuevas sobre la base de la república, de la ampliación del derecho de voto, de supresión del Senado, de extensión de las funciones y de los derechos de los Parlamentos, y todo lo demás.

Tanto como la crítica teórica, la experiencia de las últimas revoluciones demuestra que todo este bagaje político no es más que un disfraz que disimula el último programa y el único método de gobierno que convienen a la burguesía en las críticas condiciones de hoy. Los gobiernos de este tipo no constituyen en absoluto una transición hacia la conquista del poder por las masas proletarias, sino que por el contrario son el último baluarte, y el más eficaz, de la dominación burguesa contra la amenaza revolucionaria. Su contenido teóricamente democrático deja paso a la dictadura y al terror dirigidos contra el proletariado y el comunismo, confirmando nuestra doctrina que proclama que la democracia está históricamente muerta.

La socialdemocracia tiene por lo tanto una función específica en este sentido, que tendrá probablemente en los países occidentales, un momento en el cual los partidos socialdemócratas irán al gobierno, solos o con los partidos burgueses. Pero allí donde el proletariado no tenga la fuerza para evitarlo, tal punto medio no representará una condición positiva, una condición necesaria para el advenimiento de las formas y de las instituciones revolucionarias, una preparación útil para el asalto revolucionario: será por el contrario una tentativa desesperada de la burguesía para privarlo de su fuerza y desviarlo, y en el caso de que le quedase a la clase obrera suficiente energía para levantarse contra el legítimo, humanitario, el buen gobierno socialdemócrata, para aplastarlo sin piedad bajo los golpes de la reacción.

No se puede, por lo tanto, prever ningún tipo de transición entre la dictadura actual de la burguesía y la dictadura proletaria, pero se puede y, si se es comunista, se debe prever una forma última e insidiosa de la dictadura burguesa que justificará el envío de todo el aparato del Estado y, por lo tanto, de defensa del capitalismo, a los social–traidores, por la necesidad de cualquier cambio formal y puramente aparente de las instituciones.

Desde el punto de vista táctico, los comunistas que hacen esta previsión no se resignan de ningún modo a que ésta se lleve a cabo, justamente porque ellos le deniegan el carácter de una necesidad histórica universal. Fortalecidos por su experiencia internacional, se proponen desenmascarar anticipadamente el juego insidioso de la democracia, y comenzar su ataque contra la socialdemocracia sin esperar a que su función contrarrevolucionaria se revele con el estallido de los mismos hechos. Ellos intentarán preparar al proletariado para ahogar en germen ese producto monstruoso de la contrarrevolución, sin excluir que sea necesario dar el asalto final a un gobierno con pretensiones socialistas llegado al poder como último recurso de la burguesía.

En cuanto a las proposiciones tácticas tortuosas de comunistas que se han pasado al otro lado de la barricada, y que consisten en favorecer el acceso de los socialdemócratas al poder, no solamente estas proposiciones muestran una total incomprensión de los problemas tácticos tal como el método marxista los plantea, sino que esconden la peor de las trampas. Es necesario desatar al proletariado de los hombres y del partido destinados a cumplir la función contrarrevolucionaria de la socialdemocracia, separando de antemano las

responsabilidades de la manera más decidida. Naturalmente, esto desanimará a estos hombres y a estos grupos y retrasará el momento en que ellos acepten la invitación de la burguesía para asumir el poder, pero es precisamente mejor que se resignen solamente a la última extremidad, porque entonces, esta misma maniobra será impotente para detener el proceso de descomposición del aparato del Estado burgués. Incluso si es casi seguro que la batalla final se librará contra un gobierno de ex–socialistas, nuestra tarea no es de ningún modo facilitarles el acceso al poder; sino, por el contrario, preparar al proletariado para lanzarles de buenas a primeras una declaración de guerra, en lugar de ver en ellos una promesa de tregua en la lucha de clases y una solución pacífica a los problemas de la revolución. Por lo tanto, no se podrá preparar a las masas para esto, más que a condición de haber denunciado con anterioridad ante ellas los métodos y los designios del movimiento socialdemócrata, de igual forma que sería un error colosal el parecer que se consiente una experiencia de gobierno socialista.

Por todas estas razones, nosotros decimos que la táctica revolucionaria debe estar fundada sobre una experiencia no solamente nacional, sino internacional, y que gracias a la obra infatigable de los Partidos de la Internacional Comunista, el martirio de los proletarios de Hungría, de Finlandia y de otros países deberá bastar para advertir al proletariado occidental para que aprendan, con el precio de su sangre, cuál es la verdadera función de la socialdemocracia en la historia. El socialdemocratismo intentará fatalmente seguir su vía hasta el final, pero los comunistas deben proponerse barrerlo lo más pronto posible, antes de que consiga colocar el puñal de la traición en los riñones del proletariado.

EL FASCISMO

(Publicado en «Il Comunista», 17–1–1921)

El movimiento fascista ha traído a su Congreso el bagaje de una potente organización, proponiéndose un espectacular despliegue de sus fuerzas en la capital, y ha querido igualmente sentar las bases de su ideología y de su programa bajo los ojos del público; sus dirigentes se imaginaron que tenían el deber de dar a una organización tan desarrollada la justificación de una doctrina y de una política «**nuevas**». El daño que el fascismo ha sufrido con la huelga romana no es nada comparado con la bancarrota que ha surgido de los resultados del Congreso en lo que concierne a esta última pretensión. Es evidente que la explicación y, si se quiere, la justificación del fascismo no se encuentra en esas construcciones programáticas que pretenden ser nuevas, sino que se reduce a cero tanto como obra colectiva que como tentativa personal de un jefe: dedicado infaliblemente a la carrera de «**hombre político**» en el sentido tan tristemente conocido del término, en el cual no será nunca un «**maestro**». Futurismo de la política, el fascismo no se ha elevado un milímetro por encima de la mediocridad política burguesa. ¿Por qué?

El Congreso del que se habla, se redujo a un discurso de Mussolini. Según esto, ese discurso es un engendro. Comenzando por el análisis de los otros partidos, no llegó a una síntesis que hubiese hecho aparecer la originalidad del partido fascista con respecto a los otros. Si ha conseguido destacarse por su violenta aversión contra el socialismo y el movimiento obrero, no se observa por ninguna parte lo que tiene de novedosa su posición con respecto a las ideologías políticas de los partidos burgueses tradicionales.

La tentativa de exponer la ideología fascista aplicando una crítica destructiva a los viejos esquemas, bajo la forma de brillantes paradojas, se redujo a una serie de afirmaciones que ni eran nuevas, ni tenían ligazón unas con otras en la nueva síntesis que se hizo, ya que se examinaron sin ninguna eficacia los argumentos fuera de lugar de una polémica política y puestos a la orden del día por el afán de novedad que atormenta a los políticos de la decadente burguesía de hoy. Hemos podido asistir no sólo a la solemne revelación de una nueva verdad (lo que vale para el discurso de Mussolini, vale igualmente para toda la literatura fascista), sino también a una revista de toda la flora bacteriana que prospera sobre la cultura y la ideología burguesas en nuestra época de crisis suprema, y a las variaciones sobre fórmulas arrancadas al sindicalismo, al anarquismo, a los residuos de la metafísica espiritual y religiosa, con la excepción, afortunadamente, de nuestro horrible y brutal marxismo bolchevique.

¿Qué conclusión se puede extraer de esta mezcla informe de anticlericalismo franc–masón y de religiosidad militante, de liberalismo económico y antiliberalismo político, merced a la cual el fascismo pretende distinguirse a la vez del partido popular y del colectivismo comunista? ¿Qué sentido tiene el afirmar que comparte con el comunismo la noción antidemocrática de dictadura, cuando esta dictadura no se concibe más que como la composición de la «**libre**» economía sobre el proletariado, y se declara que esta economía «**libre**» es hoy más que nunca necesaria? ¿Qué sentido tiene alabar la república en un momento en el que se vislumbra la perspectiva de un régimen pre–parlamentario y dictatorial, y en consecuencia ultradinástico? ¿Qué sentido tiene oponer a la doctrina del partido liberal, la de la derecha histórica que fue seriamente e íntimamente más liberal que la de dicho partido, tanto teórica como prácticamente? Si el orador hubiese sacado de todas estas enunciaciones una conclusión que las ordenase armoniosamente, sus contradicciones no habrían desaparecido, pero por lo menos hubiesen prestado al conjunto esa fuerza propia de las paradojas, de la cual hace gala cualquier nueva ideología. Pero como en este caso la síntesis final falta, no queda más que un amasijo de viejas historias, por lo que el balance es un balance de quiebra.

El punto delicado era el de definir la posición del fascismo de cara a los partidos burgueses del centro. Se puede presentar, bien o mal, como adversario del partido socialista y del partido popular; pero la negación del partido liberal y la necesidad de librarse y, en cierto sentido, de sustituirlo, no han sido teorizados ni siquiera de cualquier forma ni traducidos en un programa de partido. No queremos afirmar, precisémoslo, que el fascismo no puede ser un partido: será uno que concilie perfectamente sus extravagantes aversiones contra la monarquía, contra la democracia parlamentaria y contra el... socialismo de Estado. Constatamos simplemente que el movimiento fascista dispone de una organización real y sólida, que puede ser tanto política y electoral como militar, pero que carece de una ideología y de un programa propios. El Congreso y el discurso de Mussolini, que ha hecho todo lo posible para definir su movimiento, prueban que el fascismo es impotente para definirse por sí mismo.

Este es un hecho sobre el cual volveremos en nuestro análisis crítico y que prueba la superioridad del marxismo, el cual es perfectamente capaz de definir el fascismo.

El término «**ideología**» es un poco metafísico, pero no obstante lo emplearemos para designar el bagaje programático de un movimiento, la conciencia que tiene de los fines que debe necesariamente alcanzar mediante su acción. Esto implica naturalmente un método de interpretación y una concepción de los hechos a nivel social e histórico. En la época actual, precisamente porque se trata de una clase en su ocaso, la burguesía posee una ideología desdoblada. Los programas que pregona exteriormente no corresponden a la conciencia interior que tiene de sus intereses y de la acción necesaria para protegerlos. Cuando la burguesía era todavía una clase revolucionaria, la ideología social y política que le es propia, ese liberalismo que el fascismo se cree llamado a suplantar, estaba en su máximo apogeo. La burguesía «**creía**» y «**quería**» según los postulados del programa liberal o democrático: su interés vital consistía en liberar su sistema económico de las trabas que el antiguo régimen oponía a su desarrollo. Estaba convencida de que la realización de un máximo de libertad política y la concesión de todos los derechos posibles e imaginables a todos los ciudadanos sin excepción, coincidían no solamente con la universalidad humanitaria de su filosofía, sino con el máximo desarrollo de la vida económica.

De hecho, el liberalismo burgués no fue solamente una excelente arma política mediante la cual el Estado abolió la economía feudal y los privilegios de los dos primeros «**estados**», el clero y la nobleza. Fue también un medio nada desdeñable para que el Estado parlamentario pudiese cumplir su función de clase no solamente contra las fuerzas del pasado y su restauración, sino también contra el «**cuarto estado**» y los ataques del movimiento proletario. En la primera fase de su historia, la burguesía no tenía todavía conciencia de esta segunda función de la democracia, es decir, del hecho de que estaba condenada a transformarse de factor revolucionario en factor conservador, a medida que el enemigo principal dejase de ser el antiguo régimen para convertirse en el proletariado. La derecha histórica italiana, por ejemplo, no tuvo conciencia de esto. Los ideólogos liberales no se contentaban con decir que el método democrático de formación del aparato del Estado se hacía en interés de todo «**el pueblo**» y aseguraba una igualdad

de derechos a todos los miembros de la sociedad: es que se lo creían. No comprendían todavía que para salvar las instituciones burguesas de las cuales ellos eran los representantes, pudiese ser necesario abolir las garantías liberales inscritas en la doctrina política y en las constituciones de la burguesía. Para ellos, el enemigo del Estado no podía ser nadie más que el enemigo de todos, un delincuente culpable de violar el contrato social.

Por consiguiente, resultó evidente para la clase dominante que el régimen democrático podía servir igualmente contra el proletariado y que era una excelente válvula de seguridad contra el descontento económico de este último; la convicción de que el mecanismo liberal servía estupendamente a sus intereses, se aferra cada vez más en la conciencia de la burguesía. Lo considera como un medio y no como un fin abstracto, dándose cuenta de que el uso de estos medios no es incompatible con la función integradora del Estado burgués, ni con su función de represión, incluso violenta contra el movimiento proletario. Pero un Estado liberal que, para defenderse, debe abolir las garantías de la libertad, aporta la prueba histórica de la falsedad de la doctrina liberal en tanto que interpretación de la misión histórica de la burguesía y de la naturaleza de su aparato gubernativo. Sus verdaderos fines son claramente todo lo contrario: defensa de los intereses del capitalismo por todos los medios, es decir, tanto con las diversiones políticas de la democracia como con las represiones armadas, cuando las primeras no bastan para contener los movimientos que amenazan al Estado.

Esta doctrina no es una doctrina «**revolucionaria**» acerca de la función del Estado burgués y liberal. Lo que realmente es revolucionario es formularla, y esto debido a que en la fase histórica actual, la burguesía debe realizarla en la práctica y negarla en teoría. Para que el Estado burgués cumpla la función represiva que es naturalmente la suya es preciso que las presuntas verdades de la doctrina liberal hayan sido reconocidas implícitamente como falsas, pero sin ser del todo necesario volver atrás y revisar la constitución del aparato del Estado. Así la burguesía no tiene por qué arrepentirse de haber sido liberal ni tampoco abjurar del liberalismo: es por un desarrollo en cierta forma «**biológico**», que su órgano de dominación ha sido armado y preparado para defender la causa de la «**libertad**» mediante prisiones y ametralladoras.

En tanto que enuncia programas y se queda dentro del terreno político, un movimiento burgués no puede reconocer firmemente esta necesidad de la clase dominante para defenderse por todos los medios, comprendidos los que están excluidos teóricamente por la constitución. Esto sería una maniobra falsa desde el punto de vista de la conservación burguesa. Por otra parte, es indiscutible que el 99% de la clase dominante sabe cuán falso sería, desde este mismo punto de vista, repudiar hasta la forma de la democracia parlamentaria y reclamar una modificación en el aparato del Estado, más bien en un sentido aristocrático que autocrático. Lo mismo que ningún Estado pre–napoleónico estaba tan bien preparado como los Estados democráticos modernos para los horrores de la guerra (y no solamente desde el punto de vista de los medios técnicos), ninguno habría llegado tampoco a tanto al tomar medidas para la represión interior y la defensa de su existencia. Es lógico, por tanto, que en el período actual de represión contra el movimiento revolucionario del proletariado, la participación de los ciudadanos pertenecientes a la clase burguesa (o a su clientela) en la vida política revista nuevos aspectos. Los partidos constitucionales, organizados de forma que hagan salir de las consultas electorales al pueblo una respuesta favorable al régimen capitalista afirmado por la mayoría, no son suficientes. Es necesario que la clase sobre la cual reposa el Estado asista a éste en sus funciones según las nuevas exigencias. El movimiento político conservador y contrarrevolucionario debe organizarse militarmente y llevar a cabo una función militar en previsión de la guerra civil.

Conviene al Estado que esta organización se constituya «**en el país**», entre la masa de los ciudadanos, porque de esta forma la función de represión se concilia mejor con la defensa desesperada de la ilusión que pretende que el Estado sea el padre de todos los ciudadanos, de todos los partidos, y de todas las clases. A medida que el método revolucionario gana terreno en la clase obrera, y que la prepara para la lucha con un encuadramiento militar, y que la esperanza de una emancipación por las vías legales, es decir, con el consentimiento del Estado, disminuye en las masas, el Partido del orden está obligado a organizarse y a armarse para defenderse. El hecho de que, paralelo al Estado, pero bajo su lógica protección, este partido vaya «**más rápido**» que el proletariado en armarse, se arme mejor y tome la ofensiva contra algunas posiciones ocupadas por su enemigo y que el régimen liberal había tolerado: no se debe confundir con el nacimiento de un partido adversario del Estado en el sentido de que quisiera apoderarse de él para darle unas formas pre–liberales.

Tal es para nosotros la explicación del nacimiento del fascismo. El fascismo integra el liberalismo burgués en vez de destruirlo. Merced a la organización con la cual rodea la máquina del Estado oficial, realiza la doble función defensiva que necesita la burguesía. Si la presión revolucionaria del proletariado se acentúa, la burguesía tendrá probablemente que intensificar al máximo estas dos funciones defensivas que no son incompatibles, sino paralelas. Juzgará la política democrática, e incluso social–demócrata, como la más audaz, mientras suelta a los grupos de la contrarrevolución contra el proletariado para aterrorizarlo. Pero existe otro aspecto de la cuestión que únicamente sirve para demostrar cómo la antítesis entre fascismo y democracia parlamentaria está desprovista de todo sentido, como ha podido demostrar la actividad electoral del fascismo.

No es necesario ser un lince para convertirse en un partido electoral y parlamentario. No es indispensable para hacerlo resolver el difícil problema de la elaboración de un programa «**nuevo**». Jamás el fascismo podrá formular su razón de ser en tablas programáticas, ni formar de ellas una conciencia exacta, puesto que es él mismo quién produce un desdoblamiento del programa y de la conciencia de toda una clase, y puesto que, si debe hablar en nombre de una doctrina, debería volver a entrar en el marco histórico del liberalismo tradicional que le ha confiado la carga de violar su doctrina «**con carácter externo**», reservándose la de predicarla como en el pasado.

El fascismo no ha sabido definirse en el Congreso de Roma y jamás sabrá hacerlo (sin que por ello renuncie a vivir o a cumplir su función), ya que el secreto de su constitución se resume en la fórmula: la organización lo es todo, la ideología no es nada, lo cual responde dialécticamente a la fórmula liberal: la ideología lo es todo, la organización no es nada.

Después de haber demostrado sumariamente que la separación entre doctrina y organización caracteriza a los partidos de una clase decadente, sería muy interesante probar que la síntesis de la teoría y de la acción es propia de los movimientos revolucionarios ascendentes, proposición corolaria que responde a un criterio rigurosamente realista e histórico. Lo que haciendo acto de fe, conduce a la conclusión de que cuando se conoce al adversario y las razones de su fuerza, mejor de lo que él se conoce a sí mismo, y que saque su propia fuerza de una conciencia clara de los fines que se esperan, no se puede dejar de vencer.

EL PROGRAMA FASCISTA

(Publicado en «Il Comunista», 27–11–1921)

Al mismo tiempo que el manifiesto del partido, el periódico fascista ha publicado un artículo destinado (al igual que otros) a defender el movimiento contra la acusación de no tener ni programa, ni ideología, ni doctrina, acusación que se le ha hecho por todas partes. El jefe fascista responde a este coro de reproches con cierta irritación: ¿Nos pedís un programa? ¿Me lo pedís a mí? ¿No os parece que he rehusado formularlo en mi discurso de Roma?... y encuentra una salida no desprovista de valor polémico: los movimientos políticos que dicen haber sido defraudados tras la espera, ¿tenían realmente un programa? De aquí se deducen dos cosas: una es que precisamente porque los partidos burgueses y pequeñoburgueses no tienen un programa esperaban uno del fascismo; la otra es que su falta de programa no debe ser achacada al fascismo, sino que debe ser solo un elemento importante para comprender y definir su naturaleza.

El director del diario fascista pretende demostrar que si el fascismo no tiene tablas programáticas ni cánones doctrinales, es debido a que revela la tendencia más moderna del pensamiento filosófico, las teorías de la relatividad que, según él, habrían hecho tabla rasa del historicismo [Es decir, de la doctrina según la cual la historia obedece a leyes.] para afirmar el valor del activismo absoluto. Este descubrimiento del Duce deja campo abierto a la burla: después de numerosos años, él no ha hecho nunca nada más que relativismo por intuición, pero ¿nos preguntamos que quién es el político que no podría decir otro tanto y reivindicar la etiqueta del «**relativista práctico**»? Es mejor revelar que esta aplicación del relativismo, del escepticismo y del activismo en la política no es nueva. Es por el contrario un repliegue ideológico muy corriente, el cual se explica objetivamente por las exigencias de la defensa de la clase dominante, como nos enseña el materialismo histórico. En la época de su decadencia, la burguesía es incapaz de trazarse una vía (es decir, no solamente un esquema de la historia, sino también un conjunto de fórmulas de acción); esto es debido a que, para cerrar la vía que otras clases se proponen sacar en su agresividad revolucionaria, no encuentra nada mejor que recurrir al escepticismo universal, filosofía característica de las épocas de decadencia. Dejamos de lado la doctrina de la relatividad de Einstein, en lo que concierne a la física... Su aplicación en la historia de nuestro desgraciado planeta no tendría efectos muy sensibles: si se piensa que esta doctrina corrige la evaluación del tiempo en función de la velocidad de la luz, y que el tiempo empleado por un rayo luminoso en recorrer las distancias más largas en nuestro globo es inferior a la vigésima parte de un segundo, se comprende que la cronología de los sucesos terrestres no se vería afectada de ninguna forma. ¿Qué nos puede importar saber si Mussolini hace relativismo por intuición desde hace diez años o bien desde hace diez años, más la vigésima parte del segundo?

Pero las aplicaciones del relativismo y del activismo filosófico a la política y a la praxis social son una vieja historia, y constituyen un síntoma de impotencia funcional, simplemente. La única aplicación lógica de estas doctrinas en la vida social reside en el subjetivismo de los individuos; sin programas de reforma ni de revolución de la sociedad, aparte de grandes organizaciones colectivas: no queda más que la acción de los particulares y, a lo sumo, grupos independientes limitados y dotados de la máxima iniciativa.

Dos de las formas más conocidas de revisión del marxismo, el reformismo y el sindicalismo, han sido escépticas y relativistas, en perfecta lógica consigo mismas. Bernstein dijo ya mucho antes que Mussolini, que el fin no es nada, y que la acción, el movimiento, lo es todo. Se intentaba mostrar ante el proletariado la visión de un objetivo final y al mismo tiempo se le hacia ver también una concepción unitaria de la clase que implica la lucha en función de una orientación única. Se reducía de esta forma el socialismo a la lucha de grupos incoherentes, para fines contingentes, con un abanico ilimitado de métodos, es decir, a ese «**inmovilismo**» que el Duce invoca hoy. Es una actitud idéntica la que dio origen al sindicalismo. La crítica relativista parece considerar que el sistema que habla a la clase obrera de la unidad de su movimiento en el tiempo y en el espacio no es más que una antigualla mil veces refutada y enterrada. Pero esta crítica que se presenta día tras día como «**nueva**» no es más que una repetición machacona y pesada de pequeños burgueses; se asemeja al elegante escepticismo religioso de los últimos aristócratas, los cuales, en la víspera de la gran revolución burguesa, no tenían ya la fuerza necesaria para luchar por la conservación de su propia clase; tanto en un caso como en otro, estos son los síntomas de la agonía.

Por su naturaleza, el fascismo no tiene ningún derecho para reclamarse del relativismo. Al contrario, podría decir que representa los últimos esfuerzos de la clase dominante actual para darse unas líneas de defensa seguras y para sostener su derecho a la vida de cara a los ataques revolucionarios. Es un historicismo negativo, pero a fin de cuentas un historicismo.

El fascismo posee una organización unitaria de una indiscutible solidez, la organización de todas las fuerzas decididas a defenderse desesperadamente por la acción de las posiciones teorizadas desde hace tanto tiempo: he aquí por qué aparece no como un partido que aporte un nuevo programa, sino como una organización que lucha por un programa que existe desde mucho tiempo atrás, el del liberalismo burgués. El agnosticismo en lo que atañe al Estado burgués, sobre el cual el manifiesto del partido fascista sirve de testigo, no debe ni puede inducir a error. Deducir que para el pensamiento y el método fascistas, la noción del Estado no es una «**categoría fija**», sería hacer un juego de palabras desprovisto de sentido. El fascismo pone al Estado y a su función en relación con una nueva categoría rica en un absolutismo no menos dogmático que ningún otro: la Nación. La mayúscula que había engrandecido la palabra Estado, el fascismo se la añade a la palabra Nación. Cómo la voluntad y la solidaridad nacionales bien podrían no ser expresiones «**históricas**» y «**democráticas**», he aquí lo que los filósofos del fascismo deberán explicarnos. Y para esto les sería necesario explicar la presunta diferencia existente entre su principio supremo, la Nación, y la real organización actual del Estado.

En realidad, el término de «**Nación**» equivale simplemente a la expresión burguesa y democrática de soberanía popular, soberanía que el liberalismo pretende que se manifiesta en el Estado. El fascismo no es más que el heredero de las nociones liberales, y su recurso al imperativo categórico de la Nación no es sino una manifestación más del embuste clásico consistente en disimular la coincidencia entre Estado y clase capitalista dominante. Basta una crítica superficial para

demostrar, en primer lugar, que la Nación del manifiesto fascista es indiscutiblemente una «**categoría**» que tiene en la ideología un valor tan absoluto que aquel que ose blasfemar contra ella es condenado al sacrificio expiatorio... del apaleo; y en segundo lugar, que esta Nación no es otra cosa que la burguesía y el régimen que ella defiende, es decir, la anti–categoría de la revolución proletaria.

Muchos movimientos pequeñoburgueses que toman actitudes pseudo–revolucionarias –y que hoy, por muy paradójico que pueda parecer, convergen todos hacia el fascismo– se adornan también con el epíteto «**nacional**». Sería imposible comprender cómo la Nación reside en el movimiento de los voluntarios fascistas antes que en la masa desorganizada (u organizada en otras minorías) que es su enemigo natural, si el concepto de Nación no estuviese disimulado por los mismos elementos que nos conducen a nosotros marxistas, a establecer que el Estado burgués que dice hablar en nombre de todos, es una organización minoritaria para la acción de una minoría: la burguesía. La vacilación de la potente organización de los voluntarios fascistas de cara a la organización estatal no denota una independencia de movimiento por su parte, sino únicamente la existencia de una división de las funciones conforme a las exigencias de la conservación burguesa. Es precisamente por la necesidad de que el Estado guarde el derecho de presentarse como la expresión democrática de los intereses de todos, por lo que esta milicia de clase debe necesariamente formarse fuera de él; pero demuestra ser tan poco coherente con las filosofías de las que hace gala, que en lugar de presentarse como la expresión de una élite, reduce su programa a un vago «**nominalismo**», el cual tiene entre otras la propiedad de ser democrático en el sentido tradicional y vulgar: la Nación.

El relativismo domina en todas las capas burguesas acobardadas y resignadas a la derrota, a las cuales su propia desorganización prueba que el pensamiento y la dominación burguesas están en bancarrota. Pero la organización unitaria que agrupa y encuadra a las últimas capacidades de lucha de la burguesía muestra que las fuerzas del pasado capaces de unirse todavía no lo hacen sobre la base de un programa que ofrecer a la historia del mañana (ninguna corriente burguesa, ni siquiera el fascismo, puede realizar nada parecido), y que solamente obedecen a la decisión instintiva de impedir la realización del programa revolucionario. Si este hubiese sido batido en el campo teórico, si no hubiese podido refutar las nuevas y atrayentes tesis que brillan en los artículos del líder fascista, y si la burguesía no previera en él un peligro, es decir, la realidad del mañana, el Duce podría licenciar a sus camisas negras y en nombre de la filosofía relativista y activista, abolir la disciplina inmovilista a la cual pretende ceñirlos cada vez más.

SOBRE EL GOBIERNO

(Publicado en «Il Comunista», 2–12–1921)

La posición de los comunistas respecto a todas las necedades que profieren en la Cámara los demócratas, los social–demócratas y los socialistas que se preparan a recomenzar la vieja farsa del bloque de izquierda, es extremadamente simple.

No es del todo cierto que el fascismo exista porque no hay un gobierno que sea capaz de reprimirlo. Es un embuste hacer creer que la formación de un gobierno de esta naturaleza, y en general el desarrollo de las relaciones entre la acción del Estado y la del fascismo, pueda depender del estado de las cosas en el Parlamento. Si un gobierno fuerte –es decir, un gobierno capaz de imponer la ley actual– se crease, el fascismo perdería fuerzas, porque su único fin es el de hacer respetar realmente la ley burguesa, ley que el proletariado tiende a demoler, que ha comenzado a demoler y que continuará demoliendo desde el instante en que las resistencias conservadoras se relajen. Para el proletariado los efectos de un gobierno fuerte son los mismos que los del fascismo: el máximo de mentira. Hagamos algunas aclaraciones con respecto a estas tres afirmaciones que oponemos al nauseabundo juego de esta «**izquierda**» política que se forma en los contactos y regateos obscenos del Parlamento, y a la cual renovamos de todo corazón la expresión de asco que nos inspira y que es mil veces superior a la que merecen todos los reaccionarismos, clericalismos y nacional–fascismos de ayer y de hoy.

El Estado burgués, en el cual la potencia efectiva no reside en el parlamento, sino en la burocracia, la policía, el ejército, la magistratura, no está de ninguna forma bajo el riesgo de ser suplantado por la acción salvaje de las bandas fascistas. No se puede estar en contra de algo que se prepara y defiende. Sea el que sea el grupo de payasos instalado en el poder, la burocracia, la policía, el ejército y la magistratura están con el fascismo, que es su aliado natural.

Para eliminar al fascismo no es necesario un gobierno más fuerte que el actual: sería suficiente con que el aparato del Estado dejase de sostenerlo. Por esto el aparato del Estado prefiere emplear contra el proletariado la fuerza del fascismo, que sostiene indirectamente, mejor que su propia fuerza, para lo cual tiene razones poderosas.

Nosotros, comunistas, no somos estúpidos hasta el punto de reclamar un «**gobierno fuerte**». Si creyésemos que bastase con pedir para obtener, reclamaríamos por el contrario un gobierno verdaderamente débil: de tal forma el Estado y su formidable organización serían impotentes para intervenir en el duelo entre blancos y rojos. Entonces los demócratas tipo Labriola [Arturo Labriola: primero socialista, después teórico de los Sindicalistas Revolucionarios, acabó siendo Ministro de Trabajo en el gobierno Giolitti de 1920.] verían muy claro que se trataba de una verdadera guerra civil, y el Duce comprobaría que sus victorias no se deben al «**bajo materialismo**» de los trabajadores. Somos nosotros, comunistas, quienes les daríamos un «**gobierno fuerte**», tanto a los unos como a los otros. Pero esta hipótesis es absurda.

El fascismo ha nacido de la situación revolucionaria. Revolucionaria, porque la barraca burguesa no funciona más, porque el proletariado está en disposición de asestarle los primeros golpes. La demagogia vulgar y la incomparable bajeza de los falsos jefes proletarios que están en el Partido Socialista han saboteado la marcha hacia adelante del proletariado. Pero esto no cambia nada el hecho de que la clase obrera revolucionaria de Italia ha tomado valientemente la iniciativa del ataque contra el Estado burgués, el gobierno, el orden capitalista, es decir, contra la ley que preside la explotación de los trabajadores.

La situación puede cambiar, la crisis capitalista puede agravarse o atenuarse momentáneamente, el proletariado puede volverse más agresivo, o sucumbir a los golpes del enemigo y dejarse dispersar por los infames socialistas, en fin, tantas hipótesis sobre las que no vamos a decir cual es la más probable. En todo caso, es de estas modificaciones de las que depende el cambio de función del fascismo en relación a la organización estatal. Si el proletariado es batido, no importa qué gobierno hará gala automáticamente de ser un «**gobierno fuerte**», y las bandas fascistas podrán dedicarse al fútbol o a la adoración de los códigos secretos del derecho en vigor. Si el proletariado vuelve al ataque, el jueguecito de la alianza secreta entre los liberales del gobierno y las formaciones fascistas continuará, con un ministerio Nitti o Modigliani[4], pero cuando los fascistas y los bloques democráticos del bloque de izquierda se pongan de acuerdo –no tardarán mucho– sobre el hecho –completamente exacto– de que el único enemigo del orden actual es el proletariado revolucionario, colaborarán conjuntamente de manera abierta por el triunfo de la contrarrevolución.

La evolución de estos fenómenos sociales e históricos no tiene nada que ver con los devaneos actuales de los imbéciles bribones del Parlamento. La constitución de la «**izquierda burguesa**» que, sobre 150 diputados, cuenta con 145 candidatos a puestos de ministros, no tendrá ninguna influencia sobre esta evolución, y es, ésta, al contrario, la que podría llevar al poder a cualquier Dugoni, Vavirca o personajes de la misma calaña, derrotistas hasta la médula cuando de intereses proletarios se trata, y a los cuales los trabajadores eligen, y toman en serio cuando se llenan de jeremiadas acerca de las violencias fascistas.

Para pretender, como pretende el sutil crítico Labriola, que se puede alcanzar un gobierno capaz de desarmar al fascismo y de devolver al Estado su función de único defensor del orden mediante simples maniobras parlamentarias, es preciso estar llevado por el carrerismo político más vulgar, aparte de que la afirmación es una estupidez. Admitamos, aunque sólo sea un instante, que sea cierto, ¿pero qué consecuencias traerá para el proletariado? Una mentira, mejor dicho: la más solemne de las mentiras.

---

[4] Emanuelle Modigliani fue un diputado socialista del ala reformista muy representativo de esta corriente junto a Turati y Treves; Dugoni y Vavirca, que se citan más adelante, eran igualmente diputados «**de Turati»,** Nitti, demócrata, fue primer ministro desde agosto de 1919 a enero de 1920: considerado generalmente como un «**contrincante**» de Giolitti en el gobierno de la democracia durante la posguerra, adulado como demócrata «**de izquierda**» por los reformistas, creó la Guardia Real en otoño de 1919 (como se puede suponer, estos cuatro se convirtieron en «**antifascistas**» en 1924).

Hubo un tiempo en el cual el juego de la izquierda se oponía al de la derecha burguesa, porque ésta última empleaba medios coercitivos para mantener el orden, en tanto que la izquierda, prefería mantenerlos con medios liberales. Hoy la época de los medios liberales se terminó, y el programa de la izquierda consiste en mantener el orden con más «**energía**» que la derecha. Se quiere hacer tragar esta píldora a los trabajadores bajo el pretexto de que son «**reaccionarios**» los que perturban el orden, y de que las bandas armadas de Mussolini son las que sufren la «**energía**» del gobierno de izquierda.

Pero como el proletariado tiene como misión destruir vuestro maldito orden para instaurar el suyo, no hay peores enemigos que aquellos que se proponen defenderlo con el máximo de energía.

Si se pudiese creer al liberalismo, el proletariado exigiría a la burguesía un gobierno liberal con el fin de poder instaurar su dictadura con el menor sacrificio posible. Pero sería culpable de ofrecer a las masas tal ilusión. Los comunistas denuncian el programa de la «**izquierda**» como un fraude, tanto cuando gime con respecto a las libertades públicas violadas, como cuando se lamenta de la poca fortaleza del gobierno. Lo único que puede alegrarnos es que a medida que este fraude aparezca más claramente, el liberal aparecerá con claridad como un gendarme; aunque se ponga el uniforme para detener a Mussolini, siempre será un gendarme. Desde luego, no detendrá a Mussolini, pero montará la guardia para proteger al enemigo de la clase obrera: el Estado actual.

Nosotros no estamos ni por un gobierno débil, ni por un gobierno fuerte; ni de derechas ni de izquierdas. No podemos tragarnos esas distinciones puramente parlamentarias. Sabemos que la fuerza del Estado burgués no depende de las maniobras de color de los diputados, por eso estamos por un único gobierno: el gobierno revolucionario del proletariado. Y no se lo pedimos a nadie, lo preparamos contra todos, en el mismo seno del proletariado.

¡Viva el gobierno fuerte de la revolución!

LAS RELACIONES DE LAS FUERZAS SOCIALES Y POLÍTICAS EN ITALIA

(Publicado en «Rassegna Comunista», los días 30 de septiembre y 31 de octubre de 1922. La parte final no pudo aparecer debido a los acontecimientos políticos).

Cuando uno se pregunta si el Estado italiano actual es un Estado típicamente burgués, o por el contrario es un Estado atrasado respecto a los Estados capitalistas modernos, se ve obligado a buscar la respuesta haciendo un estudio acerca del juego de las fuerzas sociales, de los partidos y de las formas constitucionales, y a seguir estos factores en su desarrollo histórico.

Antes de intentar reunir los elementos de una respuesta, debemos dilucidar una cuestión de método que nos parece la condición prejudicial de tal búsqueda. En efecto, si buscamos en el mundo un modelo de Estado liberal, constataremos rápidamente que algunos caracteres que nos llevaban a considerar a algunos Estados como típicamente modernos han evolucionado en el curso de los acontecimientos recientes, de manera que dan a estos Estados una fisionomía que se podría juzgar superficialmente como pre–burguesa. Sobre todo, cuando se considera la política interior, el grado de libertad concedido a la población o a algunos de sus estratos, pero también la política militar y las relaciones con el exterior, en general, y con las colonias en particular. Nuestra conclusión es que para definir el Estado burgués moderno, es necesario ante todo establecer cuáles son los caracteres que nuestra doctrina marxista atribuye a esta forma histórica de Estado.

La interpretación marxista es fundamentalmente inconciliable con la teoría ortodoxa del Estado, y lo que demostrará la justeza de nuestro sistema crítico será precisamente su capacidad de explicar en conjunto el desarrollo histórico, cuestión ésta sobre la cual es impotente por su parte esa teoría ortodoxa del Estado.

Esta consideración elemental nos lleva a hacer esta distinción, más útil para la preparación del bagaje de nociones y argumentos que nos es necesario para llevar a cabo nuestra acción política cotidiana. La crítica teórica es un trabajo, por así decirlo, interior, que guía nuestro Partido; es esta crítica teórica la que nos permite juzgar exactamente nuestras fuerzas y las del adversario, de igual forma que las posibles evoluciones de la situación. Sin ella, sería imposible tomar la menor decisión táctica y práctica. En este terreno de la crítica teórica, debemos consagrarnos a un estudio objetivo y científico de los diferentes factores, estudio que haremos según los criterios que nos suministra nuestro método marxista. Pero establecer las verdades que nos guiarán es otra cosa distinta a elaborar los argumentos que sirven a todo el Partido para atraer a su causa a los elementos que son ajenos a él, y que no son capaces aún de emplear el método crítico propio del Partido. De tal manera, estas dos cosas van íntimamente unidas, y se puede establecer que los argumentos de propaganda exterior tienen una influencia incluso sobre los adherentes al partido, a los cuales evidentemente no se les puede pedir examen sobre ciencia marxista. Se podría incluso buscar la forma de establecer en algunas capas del partido, qué órganos interiores y también en qué ocasiones conviene llevar a cabo una labor crítica más que una labor de proselitismo e inversamente, pero no creemos conveniente abrir aquí esta digresión.

En nuestros «**lemas de propaganda**», y en el arsenal de argumentos que empleamos para conquistar a los adversarios o a los indiferentes, no aplicamos de forma inmediata, directa, escolástica, las tesis establecidas por nuestra crítica, por más que estemos convencidos de su exactitud. Por el contrario, aplicamos un procedimiento dialéctico que debe conducir progresivamente y de la manera más útil posible a las grandes masas, a una conciencia acorde a la orientación marxista, esforzándonos en utilizar su acción en un sentido útil a la revolución. Si se quisiese obtener este resultado independientemente de las directivas fundamentales que nos suministra la crítica teórica, o si en el curso de la acción se perdiese de vista la originalidad de ésta, se provocaría, como en el ya frecuente caso de los partidos proletarios, una degeneración no solamente de la propaganda, sino de la misma acción. Sin renunciar nunca a establecer claramente nuestros principios críticos, debemos elegir con la perspicacia obligada, los argumentos que, en un primer momento, han tomado de las masas. Esto es precisamente lo que nos lleva a tomar como punto de partida de nuestra polémica no *nuestra* doctrina, sino la del adversario, incitando a las masas a exigir de él la realización de sus promesas, y que explique las ventajas que, según él, resultarían de la aplicación de su programa político y social. Es evidente, en efecto, que es la contradicción existente entre su doctrina y su práctica, entre sus promesas y sus actos, lo que provocará la derrota de nuestro adversario, porque esta contradicción desligará de él a todos aquellos que habían creído sus declaraciones y que, merced a nuestra propaganda, podrán adherirse al comunismo.

Tenemos ejemplos cotidianos de este método, y los ejemplos de su degeneración son por desgracia muy frecuentes. Entre otros casos hallamos el que, bajo el pretexto de que sería absurdo llevar a cabo una campaña filosófica contra las doctrinas religiosas y chocar de frente contra el fanatismo de los creyentes, se limita a una crítica anti–clerical vulgar mostrando que los mismos curas traicionan su fe continuamente. Lo mismo podría decirse de una campaña sobre cualquier guerra, cuando todo se centra en refutar la tesis según la cual esta guerra presentaría ventajas para la nación, en lugar de criticar el concepto de nación desde el punto de vista proletario, cuestión ésta última evidentemente más difícil. Por lo tanto, si olvidamos que debemos defender nuestras posiciones comunistas en su integridad al querer que las masas influenciadas por nuestras consignas se orienten realmente hacia el comunismo, acabaremos por renunciar a ellas e incluso a negarlas. Es por eso que en lugar de llevar a cabo una acción y una propaganda marxistas, combatiendo todas las concepciones burguesas, religiosas, nacionalistas y democráticas, 9 de cada 10 militantes socialistas se transformarán en un coro de plañideras lamentándose acerca de las contradicciones de los curas, de los gobernantes y de los demagogos que no cumplen sus promesas. Es por esto que el movimiento socialista tradicional ha acabado por intentar salvar de la bancarrota a las ideologías burguesas, en lugar de precipitarlas para avanzar victoriosamente.

Si queremos resolver la cuestión que hemos planteado al principio, no debemos buscar si el Estado italiano realiza prácticamente los postulados de la doctrina liberal, pues ésta es una cuestión puramente polémica destinada a sustraer a su influencia a aquellos que la crean aún y a la cual no se puede evidentemente responder más que con la negativa. Para

recobrar nuestra distinción, deberemos por el contrario, comparar las características del Estado italiano con las que nuestra doctrina marxista reconoce al Estado burgués en general. Esto nos conducirá a constatar que la actitud del Estado italiano está en contradicción con las tareas que el liberalismo burgués asigna al Estado, encuadrando por tanto este resultado en nuestra crítica marxista de conjunto, la cual demuestra precisamente que el método liberal no hace más que disimular la verdadera naturaleza del Estado burgués. La génesis histórica del Estado italiano parece presentarnos todas las características que acompañan el nacimiento del régimen democrático moderno. Por lo general, hasta que este no apareció, marcando la victoria de la burguesía industrial y comerciante y las clases sociales que la apoyan contra el poder de la aristocracia feudal, clerical y absolutista, no existían todavía nada más que gérmenes del capitalismo en la economía. En Italia, durante el Risorgimiento, es decir durante los años que van de 1821 a 1870, en los que tuvieron lugar una serie de tentativas, fructuosas o no, encaminadas a sustituir por el Estado unitario y liberal a los antiguos regímenes, ya fuese mediante la guerra civil, la expansión territorial, la economía moderna estaba ciertamente menos desarrollada que en otros países; pero no debemos olvidar que Italia marchaba con retraso respecto a Inglaterra, América y Francia en lo concerniente a la introducción de la democracia política. La importación mecánica de repúblicas a la francesa en 1799, no tuvo más que una importancia limitada. La verdadera primera revolución burguesa italiana no tuvo lugar más que en un estado ulterior que coincidía con una afirmación del régimen burgués que, en una gran parte de Europa, revistió aspectos revolucionarios en 1830 y 1848. Por otra parte, si por una serie de razones, acerca de las cuales no vamos a detenernos aquí, el capitalismo no se ha desarrollado tan rápido en Italia como en otras partes durante el siglo XIX, esto no debe hacernos olvidar el hecho de que el capitalismo manufacturero tenía una extensión notable.

En Italia, la revolución liberal estuvo apoyada por algunas familias aristocráticas, pero esto no constituye una excepción ya que se produjo también en otras revoluciones burguesas. La lucha contra el feudalismo jugó en todas partes un papel esencial, incluso si no tuvo caracteres tan evidentes como en los países donde existía un Estado nacional que hacía más claros los términos del problema; por el contrario, Italia ha conocido una campaña que se caracterizó contra los privilegios económicos y, en particular, territoriales del clero.

En Italia, al igual que en otras partes, es el naciente proletariado quien ha suministrado sus tropas a la revolución burguesa sin tener esa fisionomía propia que ha presentado en otros países, ya que ha comenzado a perfilarse nada más que en un estadio más avanzado de la lucha, cuando se proponía la destrucción de la resistencia de los antiguos regímenes y para establecer definitivamente la democracia. El programa político e ideológico del Risorgimiento italiano coincide perfectamente con el contenido de la revolución liberal–democrática, la cual ha encontrado, por así decirlo, una mejor expresión doctrinal en Italia que en otros sitios. A este programa corresponden el movimiento de independencia nacional, la típica lucha contra el clero, contra las doctrinas religiosas y contra los privilegios y los hábitos de la nobleza. Aquí se dan cita todas las reivindicaciones de conjunto del liberalismo: constituciones parlamentarias, libertad de culto, de prensa, de asociación, etc... A partir de 1859, los gobiernos que están a la cabeza del Estado italiano y que emigran de Turín a Florencia y a Roma, están en manos de partidos que se sitúan sobre el terreno de la doctrina liberal: una derecha y una izquierda parlamentarias se forman, pero los problemas que los enfrentan no son de una importancia fundamental, y la ortodoxia liberal es aún mayor en la derecha. Los partidos del antiguo régimen –partidos absolutistas, clericales, que reivindicaban el poder temporal de la Iglesia, partidarios de los Borbones, de los Austria y reaccionarios en general– desaparecieron sin reconciliarse con las nuevas instituciones, y la burguesía instauró una verdadera dictadura revolucionaria, la cual corresponde perfectamente a su diferenciación social imperfecta y constituye una necesidad que resulta de ella.

Sería absolutamente erróneo trazar el siguiente esquema: El estado unitario italiano se apoya sobre dos fuerzas sociales claramente diferenciadas, incluso en su política gubernamental, pero siempre aliadas: la burguesía del Norte y la clase feudal y terrateniente del Sur; las relaciones creadas entre el Norte y el Sur en el aparato gubernamental en Italia deben ser juzgadas menos superficialmente. Empecemos por observar que una gran parte de la derecha clásica provenía de la burguesía industrial y comerciante del Piamonte y de la Lombardía, y que una gran parte de la izquierda provenía de los distritos parlamentarios del Sur.

En realidad, en el Sur de Italia, el feudalismo no era lo suficientemente fuerte como para oponer gran resistencia a la revolución burguesa. Formada sobre todo por propietarios medios, la clase dirigente meridional se adaptó fácilmente al régimen parlamentario y no tuvo inconveniente en integrarse en él con una actividad social y política aún embrionaria y reducida a luchas de partidos puramente locales. Si el Sur no conoce hoy una lucha abierta entre burguesía y proletariado, es debido a que con anterioridad no ha conocido tampoco una lucha abierta entre feudalismo y burguesía. Esto no ha impuesto al nuevo Estado unos caracteres reaccionarios: solamente ha aportado al aparato parlamentario de gobierno una materia social maleable, muy fácil de utilizar y de influenciar mediante la práctica a gran escala del favoritismo administrativo.

Entre los intereses económicos del Sur agrario y del Norte industrial, existe una antítesis evidente que se refleja en la política aduanera, pero esto no basta para conducir a un neto dualismo en el seno de la clase que ha gobernado tradicionalmente Italia. Es preciso, en efecto, darse cuenta del hecho de que algunas medidas de protección aduanera favorecen también a los cultivadores (azúcares–alcoholes), de que en realidad, la mayor parte de la producción agrícola proviene del Norte y no del Sur, y de que en la cuestión del proteccionismo está ante todo la oposición de intereses entre la masa de consumidores proletarios y semiproletarios por una parte, y por otra, algunas categorías de obreros industriales, todo esto hace que la relación existente entre unos y otros varía mucho del Norte al Sur. Si las actividades políticas de los partidos constitucionales varían también geográficamente se debe a esta situación, y corresponden mucho más a las preocupaciones de la demagogia electoral que a un real choque de intereses en el seno de la clase dominante.

Por otra parte, el libre–cambio (que en Italia ha sido defendido por la derecha liberal, incluso cuando representaba a la clase dirigente del Norte, como hoy) no es precisamente una tesis pre–capitalista, aunque corresponda a un estadio de desarrollo económico que los países más avanzados han superado en el transcurso de los últimos decenios. Pero no se puede demostrar en ningún caso que no hayan sido las clases

burguesas las que han constituido el Estado italiano. Concluyendo, podemos decir que la relación del fuerzas económicas, sociales y políticas que existía en la época de la formación del Estado actual, autoriza para definir a este último como un régimen plenamente burgués, liberal y democrático.

Por su estructura, es decir, por su teoría y su derecho constitucionales, el Estado italiano responde a la naturaleza histórica del Estado liberal. Si en lugar de considerar las relaciones reales en el seno del aparato del Estado, se cometía el error de partir de esquemas constitucionales de un liberalismo que se esfuerza por sobrevivir a su bancarrota histórica, o si se compara la constitución italiana a la de otros países, se podría hacer al respecto algunas críticas. Desde el punto de vista democrático, las constituciones americana, francesa y suiza, por ejemplo, son más audaces; pero ¿quién puede pretender que el Estado inglés merezca menos que el Estado italiano el nombre de Estado burgués moderno, bajo el pretexto de que conserva un ceremonial aristocrático, arcaico e incluso medieval en algunos casos?

En la constitución tradicional del Estado italiano se encuentra todo lo que permite reconocer un mecanismo liberal; en la segunda mitad del pasado siglo, se adaptó perfectamente a la práctica de los gobiernos parlamentarios, marchando durante los primeros años de este siglo en un sentido puramente democrático y practicando una política de izquierda decidida, de cara al creciente movimiento obrero, hasta la víspera de la primera guerra mundial.

Si consideramos la política interior (o mejor dicho, la policía interna) del Estado italiano, encontramos en ella episodios de reacciones y de represiones brutales contra los movimientos populares y subversivos, lo cual sucede precisamente en todos los Estados burgueses contemporáneos. El verdadero error sería el de considerar la adopción de medidas policiales brutales como una política de «**derecha**» en el sentido burgués del término, pues esto sería adoptar, sin darse cuenta de ello, la teoría opuesta que pretende que el régimen democrático defiende realmente los derechos y las libertades de todos los ciudadanos.

Reconociendo el carácter democrático consumado de las instituciones y de las bases sociales del Estado italiano, nosotros reconocemos por el contrario que él no es otra cosa que un perfecto instrumento de clase que permite a la patronal defender sus intereses por todos los medios, y no nos sorprende cada vez que dirige sus armas contra la población proletaria y semi–proletaria cuando ésta da señales de descontento.

A finales del último siglo, Italia ha conocido una oleada de movimientos populares que se extendieron por toda la península y que culminaron en los sucesos de 1898 [En 1898 tuvieron lugar violentos movimientos proletarios provocados por una grave crisis económica, en particular en Milán, donde el gobernador militar Bara–Beccaris proclamó la ley marcial. El general Pelloux fue llamado al gobierno (es a esta dictadura militar a la que el texto hace alusión más adelante) y permaneció en él hasta 1900. Bajo su gobierno, los socialistas practicaron el abstencionismo al Parlamento y reivindicaron el uso de la violencia en la calle para defender las libertades violadas y protestar contra el arresto de militantes de la extrema izquierda. El mismo Turati sufrió una larga pena de cárcel. Numerosos socialistas y anarquistas se refugiaron en el extranjero. Este período terminó con el asesinato del rey Umberto I a manos del anarquista Bresci en 1900. Fue bajo el mandato del nuevo rey Víctor Manuel III cuando Giolitti fue llamado al poder y se inauguró la famosa edad de oro del liberalismo y del reformismo]. Estos movimientos no constituyeron una verdadera acción de clase, pero fueron una etapa importante en la formación del movimiento revolucionario del proletariado italiano. La burguesía se dividió acerca de la actitud que tomar, y fue la derecha quién la tomó. Un gobierno presidido por un general, ejerció poderes excepcionales y declaró una feroz reacción policial y judicial. Pero más que del predominio de una fracción de la clase dominante sobre otra, se trataba de un choque de métodos, de una experimentación de los sistemas de defensa del régimen. No fueron los representantes tradicionales del liberalismo italiano clásico los que realizaron dicha experiencia dentro del más puro estilo borbónico o austriaco. El gobierno responsable de esta reacción cayó en las siguientes elecciones a consecuencia de los votos de la izquierda burguesa, y el período de los gobiernos democráticos de izquierda comenzó. El nuevo método está representado por un hombre: Giolitti; pero el antiguo método había estado representado por un hombre de su misma banda, es decir, de la izquierda burguesa: Crispi. Los dos representaban la misma política exterior, la de la Triple Alianza. No estamos en presencia de un dualismo social del Estado italiano, sino de una búsqueda de los mejores medios de defensa empleados por la burguesía de cara al nacimiento del movimiento proletario sindical y socialista, que echaba abajo los criterios del liberalismo clásico.

Estado de la clase burguesa, el régimen italiano aparece históricamente como defensor de los intereses burgueses. En otros países estos intereses están mejor definidos, y sobre todo son más potentes; pero las condiciones especiales de Italia tienen, a nuestro entender, una experiencia más completa de las funciones de clase del Estado de la burguesía, hasta los últimos sucesos de la posguerra que, a nuestro modesto entender, y como vamos a ver ahora, no son una vuelta al pasado, sino un ejemplo anticipado de las formas que tomará la lucha política en las fases más avanzadas de la evolución del mundo capitalista.

No se puede, por lo tanto, pretender seriamente que las fuerzas no democráticas, tales como el trono, la nobleza, los oficiales de alta graduación, los altos magistrados y la alta burocracia, en general hayan ejercido una influencia decisiva sobre el mecanismo del Estado italiano. Es evidente que estos medios encierran elementos de peso para la defensa del régimen burgués, pero su función histórica no fue en nada diferente de la de todas las demás instituciones. En la época del paso al método democrático de izquierda, en el cual el anticlericalismo fue uno de los síntomas, la franc–masonería adquirió una influencia decisiva en estos medios.

Las fuerzas católicas, o bien no han ejercido ninguna influencia sobre el Estado burgués, sobre el hecho de su actitud de enemigos irreconciliables a su parecer (el cual por contraste daba un tinte jacobino a todos los funcionarios del Estado, comenzando por el monarca), o bien, en la medida en que entraban en el movimiento social y Político, han sido tanto a la izquierda como a la derecha los partidos tradicionales, por lo que ha podido parecer que se trataba de la época en la que el anticlericalismo alcanzaba su paroxismo.

Hemos señalado anteriormente la época del gobierno ultra–democrático. En esta época, la burguesía italiana se plantea el problema de la táctica de clase que adoptar de cara al movimiento obrero. Se encuentra, en efecto, en condiciones delicadas, pues es verdad que la industria no está muy desarrollada, existe en el valle del Po un movimiento muy

importante de asalariados agrícolas de tendencias socialistas; pero existe también en Italia un grupo de hombres de Estado burgueses libres, de los prejuicios tradicionales y prestos a plantearse el problema con todo el cinismo posible.

A la teoría liberal le repugna admitir la organización sindical, porque en economía es hostil a todo monopolio susceptible de limitar el juego de la concurrencia. Pero en el curso de su evolución, el capitalismo se convierte en sindical y monopolista, y ve en el monopolio y en el imperialismo la salida que le permite retrasar la lucha de principio contra el movimiento obrero, que él mismo suscita irresistiblemente desarrollando y concentrando sus empresas. Reducir a los ciudadanos del Estado a no ser más que unidades económicas, aparece desde entonces como una empresa utópica. El poder burgués debe, por tanto, resignarse en reconocer a los intereses análogos el derecho de asociarse, si no quiere favorecer el desencadenamiento inmediato de la lucha revolucionaria. Reconociendo el derecho de asociación, el Estado burgués liberal hace una contorsión a su doctrina, pero continúa desempeñando su función de defensor de la clase burguesa. Este fenómeno histórico contradice la doctrina liberal pura, pero confirma perfectamente la crítica marxista, que ha constatado muchas veces la falsedad de las teorías económicas burguesas. El Estado no sirve a los ciudadanos para defender sus intereses; no es una forma de organización social que sirva para todo: para defenderse, los ciudadanos deben agruparse en función de su situación económica. En consecuencia, el Estado sirve para una cosa totalmente distinta de lo que él pretende, y su verdadera función es evidente: defender los intereses de la clase patronal empleando su propia fuerza, todo disimulado bajo la imparcialidad jurídica. Para la burguesía, el liberalismo es una doctrina de uso externo e interno, pero es la fuerza que posee la que le permite establecer su táctica de gobierno. Si para utilizar esta fuerza, es preciso violar un principio de esta doctrina, es lógico que lo viole, dándole mil vueltas para probar que no ha renegado de ninguna forma de él.

Esto viene a decir que, si se entiende por método democrático no el liberalismo que se expresa en la «**declaración de los derechos del hombre y del ciudadano**», sino la práctica gubernamental de los Estados modernos en su fase ulterior, se puede identificar a la fase del monopolio y del imperialismo que ha precedido a la primera guerra mundial. Vamos a examinar cómo se inserta en la fase actual de ofensiva económica y política de la burguesía, estudiando los sucesos de Italia.

Se podría objetar a nuestra identificación entre método democrático y monopolio imperialista, que Italia, que aplicó este método después de 1900 (que para evitar confusiones llamaremos «**democrático de izquierda**»), es precisamente un país en donde el capitalismo se desarrolló con retraso. En realidad, el retraso de la evolución capitalista en Italia es más cuantitativo que cualitativo. El capital bancario juega un papel en la producción de este país, y por consecuencia en su vida política. En el período de pre–guerra, una recuperación económica general ha estado seguida de decenios de grave crisis. Y es precisamente porque, como lo habíamos señalado nosotros, la aristocracia terrateniente feudal y clerical no ejercía nada más que muy poca influencia, y que el Estado obedece dócilmente a las exigencias proteccionistas de la burguesía industrial, que opera muy bien detrás de la mampara de la demagogia, junto con la complicidad del reformismo. Después de la tímida tentativa de 1898, el Estado oficial adoptó durante los primeros años del siglo XX una actitud de tolerancia con respecto a los sindicatos proletarios. Los dirigentes de estos últimos renuncian a toda propaganda y a toda acción subversiva, a cambio de la posibilidad que se les ofreció de moverse en el cuadro legal mediante medios pacíficos. Las bases de la colaboración de clase fueron así echadas. El socialismo evolucionó a la derecha en tanto que los gobiernos democráticos de izquierda elaboraban una legislatura social.

La política de la clase dirigente italiana que se llamó «**giolittismo**» constituye, según nosotros, un modelo de política «**democrática de izquierda**». Sabiendo bien que este es un medio seguro de desarmarlos, el Estado cerró sin titubear el pacto de compromiso con los dirigentes del proletariado, y la monarquía se preparó a llamar a los socialistas a los ministerios sin que los medios tradicionales hiciesen la menor oposición seria. Pero al mismo tiempo, el gobierno burgués no cede un palmo cuando se trata de preparar y de emplear los medios de represión violenta que constituyen su razón de ser. Cualquier revuelta, aunque fuese embrionaria, de los trabajadores fuera del cuadro evangélico de las «**nuevas vías al socialismo**», que desde esta época el traidor Bonomi había descrito en grandes líneas, es ahogada en sangre. Es un episodio de este género el que ha provocado los movimientos de junio de 1914 en vísperas de la primera guerra mundial, pero la huelga general no consiguió nada más que permitir al aparato de la organización social–demócrata aprisionar a las masas y cerrar la vía a todo éxito revolucionario. La represión policial fue seguida de sanciones ultra–reaccionarias contra los ferroviarios, a sabiendas de que en sus puestos de ministros, los hombres de la democracia habían reconocido el derecho de huelga incluso en los servicios públicos.

Ya con anterioridad, el doble juego de la política democrática había aparecido de forma evidente, manifestándose con el mismo contraste. Era el mismo gabinete Giolitti el que había ampliado las leyes reformistas de cara a multiplicar los fusilamientos; el que, en el terreno político, elabora también la gran reforma electoral en el preciso momento en que se declaraba la guerra de Libia, acto auténticamente imperialista (aunque esta política haya sido llevada a cabo con una estupidez que asombra, incluso por parte de la burguesía) que sirve de preludio a la gran orgía sangrienta del imperialismo internacional en las guerras balcánicas. Creer que todas estas contradicciones autorizan para afirmar que el susodicho gobierno era retrógrado y falsamente democrático, significa aceptar el punto de vista enemigo, según el cual la política democrática conduce a la coexistencia pacífica de las clases y de los pueblos, es decir, a la paz interior e internacional.

Según la crítica marxista, el método democrático responde por el contrario perfectamente a los fines de la clase capitalista, ya que concilia los medios violentos, que el aparato del Estado se muestra cada vez más decidido a usar, con una hábil política de concesiones aparentes que apartan al movimiento obrero de sus propios fines sin imponer el menor sacrificio real a la clase dominante. Esto es verdad, no solamente respecto a la burguesía italiana, sino a la burguesía mundial, ya que la guerra imperialista ha sido preparada por todas partes en una atmósfera de democracia política avanzada y de reformas sociales, las dos estúpidamente presentadas como pruebas de un auténtico pacifismo social. Tenemos un ejemplo en el hecho de que en Francia la campaña anticlerical del gobierno Combes se ha realizado al mismo tiempo que la campaña para la instauración de tres años de servicio militar; lo mismo que en

Inglaterra, son los liberales los que han introducido las quintas obligatorias.

Durante la guerra, la tesis fundamental de los socialistas de izquierda en Italia fue que, contrariamente a lo que pretendían los intervencionistas en su colosal campaña de embustes, no existía ninguna antítesis entre el militarismo y la democracia, tesis demostrada por el hecho de que fueron precisamente los Estados no democráticos los que se hundieron militarmente los primeros.

Inmediatamente después de la guerra, el anti–clericalismo más radical fue un elemento indispensable de la política democrática en Italia, porque constituía un terreno de colaboración política entre la burguesía, dígase avanzada, y el proletariado. Los gobiernos se colocaban abiertamente sobre el terreno de la política franc–masona, pero esto no les impedía de ningún modo el llegar a acuerdos con las fuerzas católicas de la burguesía con motivo de las elecciones al Parlamento, e incluso en la expedición a Trípoli, que fue patrocinada por los medios bancarios clericales. El anti–clericalismo constituyó, pues, una política de uso externo que no cambiaba para nada la función específica del Estado: la represión contra todo ataque revolucionario.

Al principio de la guerra, la actitud de los partidos italianos confirmó plenamente nuestras tesis. El partido de Giolitti, se encontró sobre el mismo campo que los elementos clericales y nacionalistas, representantes directos de la naciente siderurgia, pero imposibles de confundir con una tentativa de organización de la derecha burguesa: ese campo fue el de la solidaridad con los Imperios centrales contra los países «**democráticos**». Una especie de solidaridad pareció establecerse entre las fuerzas políticas del proletariado y las de la democracia burguesa de extrema izquierda, tradicionalmente antiaustriaca. Pero la responsabilidad de una guerra en los márgenes de la Entente desplazó de forma elocuente las fuerzas en presencia; mientras que los partidarios de Giolitti y los católicos eran hostiles a la guerra (lo que no les impidió alinearse como un solo hombre junto a los demás patriotas burgueses cuando estalló la misma), los nacionalistas y en general los representantes de la industria, convertidos en ardientes defensores de la guerra contra Austria, se colocaron junto a los demócratas de izquierda, los republicanos, y los dudosos representantes del proletariado, tales como los reformistas y algunos elementos anarquizantes, Mussolini entre ellos, jefe de la fracción intransigente de los socialistas.

En un momento tan característico ¿cómo reconocer una división entre la derecha y la izquierda burguesas? Evidentemente esta división no existía realmente, puesto que se podía encontrar en el mismo bando a Salandra y a Bissolati; uno, proveniente de los propietarios terratenientes del Sur, y el otro, miembro de las organizaciones socialdemócratas del Norte; y los dos, teniendo contra ellos a la vez a los peores clericales y algunos franc–masones radicales. Cuando lanzó el grito de guerra, el *reaccionario* Salandra se presentó como un «**modesto burgués**», en oposición al «**conde**» Bethmann–Hollweg, canciller del Káiser.

Una vez terminada la guerra, el método de Giolitti continúa inspirando la política del Estado italiano. Maestro en hacer la guerra en los límites de Alemania, Giolitti hizo ametrallar sin vacilar las manifestaciones de las masas contra la masacre; pero presentando su candidatura al nuevo gobierno de 1919, el mismo Giolitti se aprovechó ampliamente de su pasado neutralismo para hacerse aceptar por las masas, negocia un programa de reformas todavía más audaces que las precedentes y recuerda los motivos de la invitación a colaborar que ofrece a los socialistas.

De estas proposiciones, que fueron realizadas por el gobierno Nitti inmediatamente después de acabada la guerra, extrajo una visión exacta de la situación. La guerra dejó a la burguesía en una situación inquietante; la crisis económica y la vuelta al país de masas desmovilizadas que sabían manejar las armas y que habían adquirido el desprecio a la muerte suponían un peligro evidente. El gobierno burgués se decidió a luchar contra este peligro en el momento que tomase una forma precisa, pero el desplazamiento de tropas del frente de guerra exterior al frente interior planteaba un problema técnico difícil. Se hacían necesarias maniobras políticas oportunas para llevar a cabo esta operación.

Cuando los responsables de la contraofensiva burguesa de hoy critican el presunto derrotismo de la autoridad gubernamental bajo Nitti y Giolitti, saben muy bien que no dicen la verdad. Por aquel entonces para el aparato del Estado, la táctica de la lucha frontal era arriesgada. Era necesario dejar que la exuberancia popular siguiese su propio curso preparando mientras tanto la consolidación del aparato del Estado. La burguesía italiana no ha abandonado un método político ultra–liberal para convertirse en el actual método de reacción: ha maniobrado con el aparato del Estado según las exigencias «**técnicas**» de su función. Nitti y Giolitti han reforzado enormemente los diferentes cuerpos de policía; el primero, creando la guardia real, y el segundo, multiplicando el número de carabineros; ellos son los que efectivamente han puesto las bases del fascismo.

En la posguerra inmediata, pretender contener la presión de las masas que era preciso desmovilizar, lo que ni siquiera económicamente se podía soportar, impedir nuevas huelgas, mantener la censura, continuar gobernando sin Parlamento, pagarse el lujo de una celebración patriótica permanente acerca de las presuntas victorias nacionales... hubiese significado para la burguesía el tener que obligar inmediatamente al proletariado a plantearse todos los problemas de la nueva vida económica y política de forma revolucionaria, y empujarlo a darse una organización revolucionaria antes de que el Estado hubiese asegurado las posibilidades de victoria de la contrarrevolución.

La burguesía no pudo impedir que la reconversión de la industria después de la guerra provocase luchas sindicales; se vio obligada a suprimir la censura, a amnistiar a los desertores, a colocar una sordina, para apagar la borrachera patriótica, de cara al delirio de alegría del pueblo desde el momento en que la pesadilla de una guerra impopular se acabó y se hizo evidente, incluso desde el punto de vista de los intereses nacionales y de las relaciones con los aliados, que la guerra no había producido más que frutos amargos. Fue Nitti quien realizó todo esto. Sin preocuparse del hecho de que un gran número de socialistas serían inevitablemente elegidos, inauguró la feria electoral, confiando en las tradiciones legalitarias del socialismo italiano (que no se vieron alteradas para nada por su oposición a la guerra) para reemplazar la experiencia revolucionaria que necesitaba el proletariado, por los éxitos fáciles de una demagogia que construía ciegamente en el vacío.

Como hecho sensacional, tuvo lugar una manifestación antimonárquica al Parlamento, pero al mismo tiempo el Partido Socialista ignoró toda preparación revolucionaria: en el Congreso de Bolonia, el espejismo parlamentario impidió la

evolución del partido socialista en el sentido indicado por la experiencia de la revolución rusa, y la depuración de sus filas, sin lo cual resultaba imposible adoptar un nuevo método de acción política; este hecho fue el que sirvió de argumento para el cambio formal del programa, que fue aclamado por el Congreso.

La reivindicación de aumentos salariales, debida al hecho de que antes de la guerra estaban por debajo de la media mundial y se vieron súbitamente rebajados por las necesidades de la guerra, provocó una intensa agitación en las masas. Este era un terreno favorable para su organización revolucionaria. Si este movimiento que era irresistible, puesto que se basaba en hechos económicos ineluctables, se hubiese producido en una atmósfera de reacción burguesa abierta, todas las condiciones para la formación de un ejército proletario se habrían dado. El ímpetu de los sindicatos en 1919 no podía ser parado mediante la violencia, pues se hubiese transformado en una lucha general, lo que habría representado para la burguesía un grave peligro. Era pues necesario esperar a que parase la oleada. Una interpretación superficial pretende que el gobierno burgués dio muestras de debilidad, pero la verdad es que se trataba de una táctica para ganar tiempo y reforzar de esa manera el aparato del Estado, y esperar la crisis que no dejaría de volver tras la aparente prosperidad de la posguerra. Considerar a Nitti y a Giolitti como derrotistas de la causa burguesa por amor a la democracia sería el colmo de la candidez.

Giolitti practicó en el campo social y sindical una política audaz. Consiguió salir airoso en el momento crucial. El Partido proletario no había aún formado el embrión de un ejército rojo, y las organizaciones económicas habían vencido hasta entonces mediante métodos pacíficos. Pero en cuanto la crisis industrial apareció y la patronal se negó a hacer nuevas concesiones, el problema de la gestión proletaria se planteó de manera local y empírica. Los obreros ocuparon las fábricas. Esta ocupación no fue dirigida de forma unitaria, pero sí armada, coincidiendo con la ocupación de las tierras por los campesinos. El Estado comprendió que un ataque frontal por su parte hubiera sido una necedad, y que la maniobra reformista era una vez más la indicada y que podía hacer un simulacro de concesión. Con el proyecto de ley sobre el control obrero, Giolitti consiguió que los jefes obreros hiciesen evacuar las fábricas.

Parece que de este modo, la burguesía ha jugado la partida según su forma clásica. De ahí que esta partida se desarrolle lógicamente. Nosotros no somos metafísicos, sino dialécticos; en el fascismo y en la contraofensiva general actual de la burguesía no vemos un cambio en la política del Estado italiano, sino la continuación natural del método empleado antes y después de la guerra por la «**democracia**». No creeremos nunca en la antítesis entre democracia y fascismo, de igual forma que no hemos creído la antítesis entre democracia y militarismo. Y no daremos la más mínima confianza, para luchar contra el fascismo, al cómplice natural de la democracia: el reformismo socialdemócrata. (El artículo se interrumpe aquí).

INFORME DE A. BORDIGA SOBRE EL FASCISMO AL IV CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

(El ORADOR ABORDA LA CUESTIÓN DE LOS ORÍGENES DEL FASCISMO DESPUÉS DE HABER RECORDADO QUE LOS ACONTECIMIENTOS NO HABÍAN PERMITIDO MANTENER CONTACTO CON ITALIA, SE ESPERABA UN INFORME DE TOGLIATTI SOBRE LOS ÚLTIMOS DESARROLLOS DE LA SITUACIÓN Y DESPUÉS DE HABER PROMETIDO VOLVER SOBRE LA CUESTIÓN DE LA ACTITUD PRÁCTICA DEL PARTIDO CON RESPECTO AL FASCISMO EN EL CURSO DE LA DISCUSIÓN).

(12ª sesión, 16 de noviembre de 1922)

Por lo que se refiere al origen, por así decir, inmediato y exterior del fascismo, hay que decir que se remonta a los años 1914–15, es decir, a la época que precedió a la entrada de Italia en la guerra mundial. Los grupos que pedían esta intervención y que, desde el punto de vista político, estaban formados por representantes de diversas tendencias, constituyeron la primera manifestación del fascismo. Había un grupo de derecha con Salandra, es decir, los grandes industriales interesados en la guerra, que antes de reclamar la intervención de la Entente, habían preconizado la guerra contra ella. Se encontraban, por otra parte, tendencias burguesas de izquierda: los radicales italianos, es decir, los demócratas de izquierda y los republicanos, partidarios tradicionales de la liberación de Trento y de Trieste. En tercer lugar se encontraban algunos elementos del movimiento proletario, sindicalistas revolucionarios y anarquistas. A estos grupos pertenecía igualmente (se trata, por cierto, de un caso individual, pero con una importancia particular) el jefe del ala izquierda del Partido Socialista, director de «**Avanti**»: Mussolini. A grosso modo, se puede decir que el grupo intermedio no ha participado en el movimiento fascista, quedándose en el marco de la política burguesa tradicional. Los grupos de extrema–derecha y los de extrema–izquierda (ex–anarquistas, ex–sindicalistas y ex–sindicalistas revolucionarios) han permanecido en el movimiento de los grupos fascistas de combate. Estos grupos políticos habían cosechado una gran victoria en mayo de 1915, al imponer la entrada de Italia en la guerra contra la voluntad de la mayoría del país e incluso del Parlamento, que no supieron resistir a este golpe de fuerza inesperado. Pero después de la guerra y durante el transcurso del conflicto vieron cómo su influencia disminuía. Y es que habiendo presentado la guerra como una empresa sumamente fácil, perdieron toda su popularidad, que por otra parte no había sido nunca muy grande, cuando se vio que la guerra no se acababa. Al final de la misma, su influencia era casi igual a cero.

Durante y después del período de movilización, hacia finales de 1918, durante 1919 y en la primera mitad de 1920, esta tendencia política no tuvo ningún peso en el descontento general suscitado por las consecuencias del conflicto; pero es fácil establecer el lazo político y orgánico que existe entre este movimiento, aparentemente entonces dispuesto a desaparecer, y el que se desarrolla potentemente hoy ante nuestros ojos. Los grupos fascistas de combate nunca dejaron de existir. El jefe del movimiento fascista siempre había sido Mussolini, y su órgano, «**Il Popolo d'Italia**». En las elecciones políticas de finales de octubre en 1919, los fascistas fueron completamente batidos en Milán, donde se publicaba su periódico y vivía su jefe. No obtuvieron más que un ínfimo número de votos, pero no por esto cesaron en su actividad.

La corriente socialista–revolucionaria del proletariado se había reforzado notablemente después de la guerra merced al entusiasmo revolucionario que se había apoderado de las masas, pero no consiguió explotar esta situación favorable, y perdió posteriormente parte de su influencia debido al hecho de que todos los factores objetivos y psicológicos favorables al reforzamiento de una organización revolucionaria no encontraron un partido capaz de apoyarse sobre ellos y fundar una organización estable. No quiero decir con esto que en Italia, el Partido Socialista hubiera podido hacer la revolución, como afirmaba el camarada Zinóviev; quiero decir que el Partido Socialista hubiese debido al menos dar a las fuerzas revolucionarias de las masas obreras una organización sólida. Por desgracia, no ha estado a la altura de tal tarea. Por lo tanto hemos asistido a una disminución de la popularidad que la tendencia socialista, que se había opuesto siempre a la guerra, tenía en Italia.

En la medida en que, en la crisis de la sociedad italiana, el movimiento socialista cometía falta tras falta, el movimiento opuesto –el fascismo– comenzó a reforzarse, consiguiendo en particular explotar la crisis económica que aparecía y cuya influencia comenzaba a sentirse en las organizaciones sindicales del proletariado. En el momento más difícil, el movimiento fascista encontró un apoyo en la expedición de D'Annunzio a Fiume, de la cual extrajo cierta fuerza moral; de esta época datan su organización y su fuerza armada, aunque el movimiento de D'Annunzio y el fascismo habían sido dos cosas distintas.

Hemos hablado de la actitud del movimiento socialista proletario: la Internacional ha criticado frecuentemente sus errores. Una consecuencia de estos ha sido el cambio completo operado en el estado de ánimo de la burguesía y de las otras clases. El proletariado estaba desorientado y desmoralizado. En cuanto vio cómo se le escapaba la victoria su estado de ánimo sufrió una profunda transformación. Se puede decir que en 1919 y en la primera mitad de 1920, la burguesía italiana se había resignado en cierta forma a asistir a la victoria de la revolución. La clase media y la pequeña–burguesía tendían a jugar una función pasiva, a remolque no de la gran burguesía, sino del proletariado, al que creían a las puertas de la victoria. Este estado de ánimo se ha modificado de modo radical posteriormente. En lugar de asistir a la victoria del proletariado, se ha visto a la burguesía organizar con éxito su defensa. Cuando la clase media constató que el P. Socialista no era capaz de tomar la delantera, perdió poco a poco confianza en las posibilidades del proletariado y se volvió hacia la clase opuesta. Es en este momento en el que la ofensiva capitalista y burguesa comenzó. Explotó esencialmente el nuevo estado de ánimo en el que la clase media se encontraba. Merced a su composición extremadamente heterogénea, el fascismo representaba la solución al problema de la movilización de las clases medias en favor de la ofensiva capitalista. El ejemplo italiano es un ejemplo clásico de ofensiva del capital. Como dijo ayer en esta tribuna el camarada Radek, esta ofensiva es un fenómeno complejo, que debe ser estudiado no solamente desde el punto de vista de la disminución de los salarios o del alargamiento en la duración del trabajo, sino también sobre el terreno general de la acción

política y militar de la burguesía contra la clase obrera. En Italia, durante el período de desarrollo del fascismo, hemos visto aparecer todas las formas características de la ofensiva capitalista. Si queremos considerar ésta en su conjunto, debemos examinar las líneas generales de la situación, por una parte en el campo de la industria, y por otra en el de la agricultura.

En la industria, la ofensiva capitalista explota directamente la situación económica. La crisis comienza, y con ella el paro. Los patronos se ven obligados a despedir a una parte de los obreros, y pueden hacerlo contando con la vileza de las direcciones sindicales y de los maximalistas. La crisis industrial les da un pretexto que les permite reclamar la disminución de los salarios y la revisión de las concesiones morales que habían concedido a los obreros de sus empresas. La Confederación general de la industria, organización de clase de los empresarios, ha nacido al principio de esta crisis, y dirige su lucha subordinando a su dirección la acción de cada rama de la industria. En las grandes ciudades, no fue posible recurrir enseguida a métodos violentos contra la clase obrera. Los obreros urbanos constituían una masa muy considerable como para esto. Era relativamente fácil reunirlos, y por lo tanto podían oponer al ataque una resistencia seria. La burguesía prefirió por tanto imponer al proletariado luchas con caracteres esencialmente sindicales, en las cuales los resultados le fueron generalmente desfavorables debido a la agudización de la crisis y al continuo aumento del paro. La única posibilidad de llevar a cabo victoriosamente las luchas económicas que estallaban en la industria habría sido llevar la acción del campo sindical al campo revolucionario, y ejercer una dictadura de verdadero Partido Comunista. Pero el Partido Socialista Italiano no era ese partido, y en el momento decisivo no supo llevar la acción del proletariado italiano sobre el plano revolucionario. El período de los grandes triunfos de las organizaciones sindicales italianas en la lucha por la mejora de las condiciones de trabajo, dio paso a un nuevo período en el cual las huelgas tomaron un carácter defensivo, y los sindicatos sufrían una derrota tras otra.

Debido a que en Italia las clases rurales tenían una gran importancia en el movimiento revolucionario –sobre todo los asalariados agrícolas, pero también las capas semi–proletarias– las clases dominantes se vieron obligadas a combatir la influencia que las organizaciones rojas habían adquirido en los campos. La situación que se presentaba en una gran parte de Italia, incluso en la más importante, el valle del Po, era parecida a una especie de dictadura local del proletariado, o por lo menos de los asalariados agrícolas. En esta zona, hasta finales de 1920, el P. Socialista había conquistado numerosos ayuntamientos, que habían practicado localmente una política fiscal desfavorable a la burguesía media y agraria. Teníamos allí florecientes organizaciones sindicales, importantes cooperativas y numerosas secciones del Partido Socialista. Incluso allí donde el movimiento se encontraba en manos de los reformistas, la clase obrera del campo tenía una actitud revolucionaria. Obligaba a los patronos a entregar a sus organizaciones cierta suma que garantizase en cierta medida su sumisión a los contratos impuestos por la lucha sindical. Se determinó así una situación en la cual la burguesía agraria no podía vivir más en el campo, viéndose obligada a retirarse a las ciudades.

Por desgracia los socialistas italianos cometieron una serie de errores [El texto hace aquí alusión al hecho de que bajo el pretexto de ortodoxia marxista, el P. Socialista Italiano no se planteó jamás, ni siquiera teóricamente, la cuestión de la actitud que observar respecto a las capas pequeño–burguesas del campo y no llevó a cabo nunca una acción política o sindical en su dirección solo para neutralizar. Para ver la cuestión agraria planteada, incluso prácticamente, en sus términos exactos, será necesario esperar a la formación del P.C. de Italia, dirigido por la Izquierda, en la cual la intransigencia no ha significado nunca ignorancia o infra–valoración de la función, positiva o negativa, de las clases medias en el choque de las dos clases fundamentales de la sociedad burguesa. Prácticamente era necesario apoyarse esencialmente en el proletariado agrícola, no solamente muy numeroso, sino combativo (los jornaleros del valle del Po habían llevado a cabo, por ejemplo, batallas clasistas épicas), pero no olvidan tampoco hacer una labor de propaganda, de agitación e incluso de organización sindical entre las capas rurales siempre golpeadas duramente por el capital y su Estado y progresivamente proletarizadas, no para adularlas y engañarlas, sino para acercarlas al Partido de la revolución, o al menos influenciarlas políticamente.

En el II Congreso de Moscú, los Maximalistas italianos y los Independientes alemanes tomaron una posición de falsa intransigencia respecto a la cuestión agraria y la cuestión nacional y colonial, que para ellos iban unidas de cierta forma. Como nota característica, acusaron a los bolcheviques de «**oportunismo**» en este campo (Crispien), admitiendo (Serrati) que era preciso inevitablemente hacer concesiones a los pequeños campesinos, aparceros, etc... *después de la toma del poder*, para la cual ellos no se preparaban de ninguna forma, ya que *antes*, esto tendría «**un valor nulo para los intereses de las masas proletarias**»], en particular en la cuestión de la apropiación del suelo y de la tendencia de los pequeños arrendatarios a comprar tierras después de la guerra para convertirse así en pequeños propietarios. Las organizaciones reformistas forzaron a estos arrendatarios a ser, por así decir, los caudatarios del movimiento de los obreros agrícolas; en estas circunstancias el movimiento fascista encontró en ellos un apoyo notable.

En la agricultura, no había una crisis unida a un paro ampliado que hubiese permitido a los propietarios terratenientes lanzar una contraofensiva victoriosa sobre el terreno de la lucha sindical. Por esto, en este sector, el fascismo ha comenzado a desarrollarse, a aplicar el método de la violencia física, de la violencia armada, apoyándose sobre la clase de los grandes propietarios y aprovechando el descontento suscitado en las capas medias de la clase campesina por los errores organizativos del P. Socialista y de los sindicatos reformistas, y aprovechando también la situación general, o sea, el malestar y la insatisfacción crecientes de todas las capas pequeño–burguesas, de los pequeños comerciantes, de los pequeños propietarios, militares licenciados, ex–oficiales, que después de la situación que habían gozado durante la guerra se veían ahora desplazados. Todos estos elementos fueron aprovechados y, encuadrándolos y organizándolos en formaciones armadas, se pudo crear un movimiento con el objetivo de destruir las organizaciones rojas del campo.

El método que ha utilizado el fascismo no puede ser más característico. Ha reunido a los desmovilizados que no consiguieron después de la guerra volver a encontrar un sitio en la sociedad; ha sacado provecho de su experiencia militar y ha comenzado a constituir grupos armados, no en las grandes ciudades industriales, sino en las cabezas de partido agrícolas como Bolonia y Florencia; para esto se ha apoyado, como veremos más adelante, en las autoridades legales. Los fascistas

disponen de armas y de medios de transporte, gozan de total inmunidad ante la ley, y aprovechan estas ventajas, incluso allí donde sus efectivos son inferiores a los de sus enemigos, los revolucionarios. Organizan sobre todo lo que se llama «**expediciones punitivas**», procediendo de la siguiente forma: invaden un pequeño territorio, destruyen las sedes centrales de las organizaciones obreras, obligan por la fuerza a dimitir a los consejos municipales, hiriendo y, si es preciso, asesinando a los dirigentes contrarios o, en el mejor de los casos, obligándolos a emigrar. Los trabajadores de las localidades en cuestión no están en disposición de oponer resistencia a estas bandas armadas, apoyadas por la policía y esparcidas por todo el país. Los grupos fascistas locales al principio no se atrevían a enfrentarse a las fuerzas proletarias, y ahora toman la delantera porque los campesinos y los obreros están aterrorizados, y saben que si intentan llevar a cabo cualquier acción contra ellos, los fascistas volverían a comenzar sus expediciones punitivas con fuerzas superiores, a las cuales sería imposible resistir.

Es por esto que el fascismo ha conquistado una posición dominante en la política italiana, y ha proseguido su marcha, por así decir, territorialmente, según un plan muy fácil de seguir sobre un mapa. Su punto de salida ha sido Bolonia, donde en septiembre y octubre de 1920 se había instaurado una administración socialista, lo que había dado lugar a una gran movilización de las fuerzas rojas. Se produjeron incidentes: las reuniones fueron perturbadas por provocaciones desde el exterior; disparos (posiblemente realizados por agentes provocadores) sobre los escaños de la minoría burguesa. Este fue el pretexto del primer gran golpe de mano fascista. Desencadenada, la reacción realizó destrucciones e incendios, sin contar las acciones de hecho contra los dirigentes proletarios. Con la ayuda del poder del Estado los fascistas se apoderaron de la ciudad. Estos sucesos del ya histórico 21 de noviembre marcan el principio del terror, y a partir de esta fecha el consejo municipal de Bolonia no pudo volver a tomar el poder.

Después de Bolonia, el fascismo prosiguió una ofensiva que no podemos tratar en detalle. Nos limitaremos a decir que tomó dos direcciones: por una parte, hacia el triángulo industrial del Noroeste (Milán, Turín y Génova,) y por otra parte, hacia la Toscana y el centro de Italia, con el fin de cercar y amenazar la capital. Desde el principio estaba claro que no podía surgir ningún movimiento fascista en el sur de Italia, por las mismas razones que habían impedido el nacimiento de un movimiento socialista fuerte. El fascismo no representa un movimiento de la fracción retrógrada de la burguesía; por eso no apareció por primera vez en la Italia meridional, sino justamente allí donde el movimiento proletario estaba más desarrollado, y donde la lucha de clases se manifestaba más claramente.

Teniendo estos datos como base, ¿cómo debemos explicar el movimiento fascista? ¿Se trata de un movimiento puramente agrario? Eso no es lo que queríamos decir cuando afirmábamos que el movimiento había nacido fundamentalmente en el campo. No se puede considerar el fascismo como el movimiento independiente de una fracción particular de la burguesía, como la expresión de los intereses de la burguesía agraria en oposición a los intereses del capitalismo industrial. Por esto, incluso en las provincias donde su acción no se ha ejercido nada más que en el campo, la organización política y militar del fascismo ha nacido en las grandes ciudades. Después de las elecciones de 1921, el fascismo obtuvo una representación parlamentaria, el partido agrario que se formó en la Cámara era independiente de él. A raíz de los acontecimientos que siguieron, los industriales apoyaron el movimiento fascista. La declaración por la cual la Confederación General de la Industria se pronunciaba a favor de Mussolini para la formación de un nuevo gobierno, es característica de la situación que se ha creado en estos últimos tiempos, y a este respecto, la formación de un movimiento sindical fascista es aún más interesante. Como habíamos señalado ya, los fascistas se han aprovechado del hecho de que los socialistas no han tenido jamás una política agraria propia, y de que han abandonado a ciertas capas rurales que no pertenecían directamente al proletariado y tenían intereses diferentes de los que presentaban los socialistas. Y utilizando (siendo forzado a ello) la violencia más salvaje, el fascismo supo también hacer la demagogia más cínica y creó organizaciones de clase con los campesinos e incluso con los asalariados agrícolas, tomando, en cierto sentido, posición contra los grandes propietarios. Es por esto que existen ejemplos de luchas sindicales dirigidas por los fascistas, que tenían gran semejanza con las de las organizaciones rojas. No podemos considerar este movimiento, que ha creado una organización sindical mediante la coacción y el terror, como una forma de lucha anti–patronal, pero tampoco debemos concluir diciendo que representa un movimiento de los empresarios rurales. La verdad es que el movimiento fascista es un gran movimiento unitario de la clase dominante, capaz de poner a su servicio, de utilizar y de explotar todos los medios, todos los intereses parciales y locales de los grupos patronales, tanto agrícolas como industriales.

El hecho de que el proletariado no haya sabido agruparse oportunamente en una organización unitaria capaz de luchar por el poder, y de sacrificar sus intereses inmediatos y parciales a tal fin, ha sido aprovechado por la burguesía para realizar su propia tentativa. Siguiendo un plan unitario de ofensiva anti–proletaria, la clase dominante se ha dado una organización para defender el poder que tenía entre sus manos.

El fascismo ha creado una organización sindical. ¿Con qué fin? ¿Para dirigir la lucha de clases? Eso nunca. Ha creado un movimiento sindical bajo el slogan siguiente: todos los intereses económicos tienen el derecho de sindicarse. Los obreros, los campesinos, los comerciantes, los capitalistas, los terratenientes, etc... pueden formar uniones, todos pueden organizarse sobre la base del mismo principio, pero la acción sindical de todas estas organizaciones debe subordinarse al interés nacional, a la producción nacional, a la grandeza nacional, etc... Se trata por tanto de un sindicalismo de colaboración entre las clases, y no de lucha de clases. Todos los intereses deben fundirse en una pretendida unidad nacional. Sabemos lo que significa esta unidad: la conservación contrarrevolucionaria del Estado burgués y de sus instituciones.

El génesis del fascismo debe, según nosotros, ser atribuido a tres factores principales: el Estado, la gran burguesía y las clases medias. El primero de estos factores es el Estado. En Italia el aparato del Estado ha jugado un papel importante en la fundación del fascismo. Las sucesivas crisis del gobierno burgués han creado la idea de que la burguesía tenía un aparato de Estado tan inestable que bastaría con un golpe de mano para derribarlo; pero de eso, nada. Al contrario, es precisamente en la medida en que su aparato de Estado se reforzaba como la burguesía ha podido construir su organización fascista.

Es del todo cierto que inmediatamente después de la guerra, el aparato del Estado ha atravesado una crisis que tuvo como causa manifiesta la desmovilización. Todos los elementos que hasta entonces habían participado en la guerra fueron

arrojados bruscamente al mercado de trabajo; en este momento crítico el aparato del Estado, que hasta ese momento se había volcado para conseguir la victoria sobre el enemigo exterior, tuvo que transformarse en un órgano de defensa contra la revolución. Esto planteó a la burguesía un gigantesco problema. No podía resolverlo militarmente mediante una lucha abierta contra el proletariado: tenía por tanto que resolverlo por medios políticos. Es en esta época cuando se forman los primeros gobiernos de izquierda de la posguerra, y cuando la corriente política de Nitti y de Giolitti accede al poder.

Es justamente esta política la que ha permitido al fascismo asegurar la victoria. Pero al principio era necesario hacer concesiones al proletariado. En el momento en que el aparato del Estado tuvo la necesidad de consolidarse, el fascismo apareció. Cuando critica a los gobiernos de izquierda de la posguerra y los acusa de cobardía ante los revolucionarios, el fascismo no hace nada más que pura demagogia. En realidad, los fascistas son deudores de su victoria respecto a las concesiones hechas por los primeros ministros demócratas de la posguerra. Nitti y Giolitti han hecho concesiones a la clase obrera. Algunas reivindicaciones del Partido Socialista, tales como la desmovilización, el régimen político, la amnistía para los desertores, han sido satisfechas. Pero tales concesiones estaban encaminadas a ganar tiempo para poder reconstruir el aparato del Estado sobre bases más sólidas. Fue Nitti quien creó la Guardia Real, que no era una policía propiamente dicha, sino más bien una organización militar de carácter nuevo. Uno de los errores más gordos de los reformistas ha sido el no considerar este problema como fundamental, de tal forma que, incluso desde un punto de vista puramente constitucional, hubiesen podido protestar contra la creación de un segundo ejército por parte del Estado. Pero ellos no comprendieron la importancia de la cuestión y vieron en Nitti un hombre con el cual se podía colaborar en un gobierno de izquierda. Una nueva prueba de la incapacidad del PSI para comprender la evolución política en Italia.

Giolitti completó la obra de Nitti. Bajo su mandato, el ministro de la guerra Bonomi dio su apoyo a las primeras tentativas del fascismo poniendo a disposición del recién nacido movimiento los oficiales desmovilizados, los cuales, incluso después de su vuelta a la vida civil, continuaban recibiendo la mayor parte de su paga. El aparato del Estado fue puesto enteramente a disposición de los fascistas, proporcionándoles todo el material necesario para formar un ejército.

Durante la ocupación de las fábricas, el ministro Giolitti comprendió muy bien que el proletariado armado se había apoderado de las fábricas, y que el proletariado agrícola estaba a punto de apoderarse de la tierra en su ímpetu revolucionario, por lo que hubiese sido un error de gran calibre aceptar la batalla antes de que se hubiesen organizado completamente las fuerzas contrarrevolucionarias. Para reunir a las fuerzas contrarrevolucionarias destinadas a aplastar en un futuro próximo al movimiento obrero, el gobierno pudo aprovechar la maniobra de los jefes traidores de la CGL que eran miembros del movimiento socialista. Con la promesa de una ley –que no se aplicó nunca y ni tan siquiera se votó– sobre el control obrero, el gobierno consiguió salvar al Estado burgués en una situación crítica.

El proletariado se había apoderado de las fábricas y de la tierra, pero el Partido Socialista demostró nuevamente que era incapaz de resolver el problema de la unidad de acción de los trabajadores industriales y de los trabajadores agrícolas. Este error permitió a la burguesía llevar a cabo la unidad contrarrevolucionaria, y fue gracias a esta unidad por lo que logró derrotar por separado a los obreros de las fábricas y a los del campo. Como se puede ver, el Estado ha jugado un papel capital en la aparición del movimiento fascista.

Después de los ministerios Nitti, Giolitti y Bonomi, vino el gobierno Facta. Este sirvió para ocultar la entera libertad de acción de que gozaba el fascismo en su avance territorial. En la época de la huelga de agosto de 1922, serias luchas estallaron entre fascistas y obreros, con el gobierno apoyando abiertamente a los primeros. Podemos citar el ejemplo de Bari, donde a pesar de un gran despliegue de fuerzas, los fascistas no lograron vencer a los obreros que se habían parapetado en sus casas de la parte vieja de la ciudad y que se defendieron con las armas en la mano durante más de una semana. Los camisas negras debieron retirarse dejando muchas bajas sobre el campo. ¿Qué hizo al respecto el gobierno Facta? Hizo cercar de noche la ciudad por miles de soldados, centenares de carabineros y guardias reales, y ordenó el asedio de la ciudad. Desde el puerto un torpedero bombardeó las casas; las ametralladoras, los tanques y los fusiles entraron en acción. Sorprendidos durante el sueño, los obreros fueron derrotados y la Bolsa del Trabajo, ocupada. El Estado ha obrado de la misma forma por doquier. Por todas partes el fascismo era derrotado por los obreros, y por todas partes el poder del Estado intervenía haciendo disparar sobre los obreros que se defendían, arrestando y condenando a los obreros cuyo único delito había sido el de defenderse, en tanto que los fascistas que habían cometido delitos de carácter común eran absueltos sistemáticamente.

El primer factor es, por lo tanto, el Estado. El segundo es, como habíamos señalado anteriormente, la gran burguesía. Los capitalistas de la industria, de los bancos, del comercio y los terratenientes tenían un interés natural en la fundación de una organización de combate capaz de apoyar su ofensiva contra los trabajadores.

Pero el tercer factor no ha jugado un papel menos importante en el origen del poder fascista. Para crear al margen del Estado una organización reaccionaria ilegal, era necesario enrolar a elementos distintos de los de las capas superiores de la clase dominante. Esto se consiguió dirigiéndose a esas capas de las clases medias que habíamos mencionado con anterioridad, persuadiéndolas de que de esta forma defendían sus intereses. Esto es lo que el fascismo intentó hacer, lo cual, y es preciso reconocerlo, ha conseguido. En las capas más próximas al proletariado, ha encontrado partidarios entre aquellos que la guerra había dejado insatisfechos, entre los pequeños burgueses, los semi–burgueses, los comerciantes y, sobre todo, entre los intelectuales de la juventud burguesa que, adhiriéndose al fascismo, y tomando el uniforme de la lucha contra el proletariado, se encontraron con la suficiente energía para recobrarse moralmente cayendo en el patriotismo y en el imperialismo más exaltado. Estos elementos suministraron al fascismo un número considerable de partidarios y le permitieron organizarse militarmente.

Estos son los tres factores que han permitido a nuestros enemigos oponernos un movimiento en el cual la tosquedad y la brutalidad no tienen igual, pero que, hay que reconocerlo, dispone de una organización sólida y de jefes con una gran habilidad política. El Partido Socialista no ha llegado nunca a comprender la significación y la importancia del naciente fascismo. «**Avanti**» no ha comprendido nunca nada acerca de lo que la burguesía estaba preparando merced a una hábil

explotación de los errores monumentales de los jefes obreros. ¡No ha querido tan siquiera nombrar a Mussolini por temor a hacerle publicidad sacándolo más a la luz!

Como se ve, el fascismo no representa una nueva doctrina política, pero por el contrario posee una gran organización política y militar, y una prensa importante dirigida con una gran habilidad periodística y con mucho eclecticismo. No tiene ideas ni programa, pero ahora que está en el poder y que se encuentra colocado ante problemas concretos, se ve obligado a la organización de la economía italiana. En este paso de una obra negativa a una obra positiva, mostrará sus debilidades, a despecho de sus capacidades de organización.

EL PROGRAMA FASCISTA

Después de haber tratado los factores históricos y la realidad social que han engendrado el fascismo, debemos ocuparnos de la ideología que ha adoptado y del programa mediante el cual se ha asegurado la adhesión de los elementos que lo siguen.

Nuestra crítica nos lleva a la conclusión de que, en el terreno de la ideología y del programa burgués tradicionales, el fascismo no ha aportado nada nuevo. Su superioridad y su carácter distintivo residen por entero en su organización, su disciplina y su jerarquía. Pero aparte de estos aspectos militares excepcionales, se ve ante una situación erizada de dificultades, las cuales es incapaz de superar. La crisis económica volverá a generar continuamente las causas de la reanudación revolucionaria, por lo que el fascismo se verá incapacitado para reorganizar la sociedad burguesa. El fascismo, que no sabrá nunca superar la anarquía económica del sistema capitalista, tiene una tarea histórica que podríamos definir como la lucha contra la anarquía política, es decir, la anarquía de la organización de la clase burguesa en partido político. Las diferentes capas de la burguesía italiana han formado tradicionalmente grupos sólidamente organizados, que se combaten por turno debido a la oposición entre sus intereses particulares y locales, y que bajo la dirección de políticos profesionales, se dedican a toda clase de maniobras en los pasillos del Parlamento. La ofensiva contra–revolucionaria obligó a estas fuerzas de la clase burguesa a unirse en la lucha social y en la política gubernamental. El fascismo no es más que la realización de esta necesidad de clase. Colocándose por encima de todos los partidos burgueses tradicionales, el fascismo los priva poco a poco de su contenido, los reemplaza en sus actividades y, merced a sus errores y a los fracasos del movimiento proletario, aprovecha para sus propios fines el poder político y el material humano de las clases medias. Pero por el contrario, no conseguirá nunca darse una ideología concreta y un programa de reformas sociales y administrativas que se salga de los límites de la política burguesa tradicional que ha demostrado cientos de veces su bancarrota.

La Parte crítica de la así llamada doctrina fascista no tiene gran valor. Se da un barniz antisocialista y al mismo tiempo antidemocrático. En lo que concierne al antisocialismo, está claro que el fascismo es un movimiento antiproletario y es, por lo tanto, natural que se declare adversario de todas las formas económicas socialistas o semi–socialistas, sin extraer u ofrecer nada nuevo para mantener el sistema de la propiedad privada, aparte de los lugares comunes sobre la quiebra del comunismo en Rusia. En cuanto a la democracia, debería dejar paso a un Estado fascista, ya que no ha sabido combatir a las tendencias revolucionarias y antisociales. Pero esto no es más que una frase huera.

El fascismo no es una tendencia de la derecha burguesa que se apoya en la aristocracia, en el clero, en los altos funcionarios civiles y militares, con la intención de reemplazar la democracia del gobierno burgués y de la monarquía constitucional por una monarquía autoritaria. El fascismo encarna la lucha contrarrevolucionaria de todos los elementos burgueses unidos; es por esto que no le resulta de ningún modo necesario e indispensable reemplazar las instituciones democráticas por otras. Para nosotros, marxistas, esta circunstancia no tiene nada de paradójico, ya que sabemos que el sistema democrático no representa nada más que una suma de garantías falsas, detrás de las cuales se disimula la lucha real de la clase dominante contra el proletariado.

El fascismo une conjuntamente la violencia reaccionaria y la astucia demagógica; por lo demás, la izquierda burguesa siempre ha sabido engañar al proletariado y poner en evidencia la superioridad de los grandes intereses capitalistas por encima de todas las exigencias sociales y políticas de las clases medias. Cuando los fascistas pasan de una presunta crítica de la democracia burguesa a la formulación de una doctrina positiva y se ponen a predicar un patriotismo exasperado y a discurrir acerca de la misión histórica del pueblo italiano, divagan sobre un mito histórico que, a la luz de una verdadera crítica social, aparece desprovisto de toda base, máxime sabiendo que Italia es el país de las falsas victorias. En lo que respecta a la influencia del fascismo sobre las masas, decir que es consecuencia de una imitación clásica de la democracia burguesa: cuando se afirma que todos los intereses deben subordinarse al interés nacional superior, esto significa que se preconiza en principio una colaboración de todas las clases, mientras que, en la práctica, se defienden simplemente las instituciones burguesas contra las tentativas de emancipación revolucionaria del proletariado. Esto es lo que ha hecho siempre la democracia liberal.

La novedad del fascismo reside en la organización del partido gubernamental de la burguesía. Los acontecimientos políticos que se han producido en la palestra del parlamento italiano han dado la impresión de que el aparato del Estado burgués había caído en una crisis tal, que habría bastado con un manotazo para derribarlo. En realidad, se trataba únicamente de una crisis de los métodos burgueses de gobierno, provocada por la impotencia de los grupos y de los dirigentes tradicionales de la política italiana para dirigir la lucha contra los revolucionarios en el transcurso de una profunda crisis. El fascismo creó por tanto un órgano capaz de asegurar la función dirigente del aparato del Estado. Pero cuando, junto a su lucha práctica contra los proletarios, los fascistas expusieron un programa positivo y concreto de organización social y de administración del Estado, se limitaron en el fondo a repetir las tesis banales de la democracia y de la socialdemocracia: los fascistas no han creado jamás un sistema orgánico de proposiciones y de proyectos que les sea propio. Por ejemplo, han sostenido siempre que el programa fascista se proponía reducir el aparato burocrático en todos los campos de la administración, comenzando por los ministros. Pero, por una parte es cierto que Mussolini ha renunciado al vagón especial del primer ministro, por otra ha aumentado el número de ministros y sub–secretarios para poder instalar a sus pretorianos.

De la misma forma, después de haber adoptado

actitudes republicanas, o por lo menos ambiguas respecto a la monarquía, el fascismo se ha decidido por la lealtad hacia el rey, y después de haber armado una gran bulla contra la corrupción parlamentaria, ha caído de lleno en las prácticas parlamentarias.

El fascismo ha mostrado ser tan poco propenso a apropiarse las tendencias de la reacción pura que ha dejado un gran campo de acción al sindicalismo. En el Congreso de Roma en 1921, en el cual el fascismo hizo esfuerzos casi bufonescos para fijar su doctrina, intentó igualmente caracterizar el sindicalismo fascista por la predominancia en su seno del movimiento de las categorías de trabajadores intelectuales. Pero esta orientación presuntamente teórica ha sido desmentida por la cruda realidad. El fascismo, que ha fundado sus organizaciones sindicales por la fuerza, y porque los empresarios le habían cedido el monopolio, en lo referente al trabajo, para destruir las organizaciones rojas, no ha conseguido extender su influencia a las categorías técnicamente más especializadas; no ha obtenido éxito nada más que entre los trabajadores agrícolas y entre algunas raras categorías de obreros urbanos cualificados, por ejemplo, entre los portuarios, pero no ha podido atraerse a la parte más evolucionada e inteligente del proletariado. El fascismo no ha dado ningún impulso nuevo al movimiento de los empleados y artesanos sobre el campo sindical. El sindicalismo fascista no se apoya sobre ninguna doctrina seria. La ideología y el programa del fascismo contienen una turbia mezcolanza de ideas y de reivindicaciones burguesas y pequeño–burguesas, y el empleo sistemático de la violencia contra el proletariado no le ha impedido beber en las fuentes del oportunismo social–demócrata. El hecho es que después de haber creído poder constituir un gobierno de coalición burgués–proletario contra los fascistas, los reformistas italianos se ven a remolque del fascismo después de su victoria. Esta aproximación no tiene nada de paradójico y deriva de una serie de circunstancias, y muchas cosas hacían prever, entre otras el movimiento de D'Annunzio que, por una parte, se ha unido al fascismo, y por otra ha intentado aproximarse a las organizaciones proletarias e incluso socialistas.

Quedan todavía algunos puntos que considero muy importantes acerca de la cuestión del fascismo, pero no tengo tiempo para ello. Otros camaradas italianos podrán en el curso de la discusión completar mi discurso. He dejado al margen el aspecto sentimental de la cuestión y los sufrimientos que los obreros y los comunistas italianos han debido soportar, porque no me parece que sea lo más esencial del asunto.

LOS ÚLTIMOS SUCESOS DE ITALIA

Debo hablar ahora acerca de los últimos acontecimientos producidos en Italia y sobre los cuales nuestro Congreso espera informaciones precisas. Nuestra delegación ha abandonado Italia antes de que se produjesen, y por lo tanto no hemos sido informados al respecto hasta que ha llegado un delegado de nuestro C.C. y nos ha hecho una exposición de los sucesos, de la cual garantizo la exactitud. Repetiré las noticias que nos ha transmitido.

Como ya habíamos dicho, el gobierno Facta había dado a los fascistas plena libertad para aplicar su política. No daré nada más que un ejemplo. El hecho de que en los ministerios sucesivos, el Partido Popular Italiano, que es campesino y católico, haya tenido una representación fuerte no ha impedido a los fascistas el continuar la lucha contra las organizaciones, los miembros y las instituciones de este partido. El gobierno establecido no era nada más que una sombra de gobierno cuya única actividad consistía en apoyar la ofensiva fascista hacia el poder, ofensiva que hemos definido como puramente territorial y geográfica. El gobierno preparaba en realidad el terreno al golpe de Estado fascista. Durante este tiempo, la situación se precipitó. Una nueva crisis ministerial se abrió. Se exigió la dimisión de Facta. Las últimas elecciones habían dado al Parlamento una composición tal que era imposible asegurarse una mayoría estable sobre la base del antiguo sistema de los partidos burgueses tradicionales. En Italia era costumbre decir que el «**potente partido liberal**» estaba en el poder. En realidad, este no constituía un partido en el sentido propio de la palabra; no había tenido nunca una organización digna de ese nombre, no constituyendo por tanto nada más que una mezcla de banderías de políticos del Norte y del Sur y de camarillas de industriales o terratenientes dirigidos por políticos de oficio. La unión de estos parlamentarios formó el nudo de todas las combinaciones ministeriales. Era el momento adecuado para que el fascismo cambiase esta situación, si no quería caer en una grave crisis interior. Era también para él una cuestión práctica: le era necesario satisfacer las exigencias del movimiento fascista y pagar los gastos de su organización. La clase dominante ha aportado en gran medida los medios materiales necesarios, al igual, así parece, que algunos gobiernos extranjeros. Francia ha financiado al grupo de Mussolini. En una sesión secreta del gobierno francés, se ha discutido un balance que comprendía las enormes sumas prestadas a Mussolini en 1915. El Partido Socialista ha tenido noticia de la existencia de estos documentos y de algunos otros, pero no les dio importancia porque consideraba a Mussolini como a un hombre acabado. Por otra parte, el gobierno italiano ha facilitado la tarea a los fascistas, y sirva como ejemplo el que han podido viajar gratis en el tren bandas enteras de camisas negras. Pero dadas las sumas gastadas por el movimiento fascista, su situación financiera se hubiese vuelto crítica si no hubiese decidido tomar directamente el poder. No podía esperar nuevas elecciones, incluso si les hubiesen sido favorables.

Los fascistas poseen una sólida organización política. Cuentan ya con 300.000 hombres, y según ellos todavía más. Hubieran podido llevar a cabo sus planes por cauces democráticos. Pero era preciso darse prisa y se la dieron. El 24 de octubre, el consejo nacional fascista se reunió en Nápoles. Se dice hoy que este acontecimiento, sobre el cual toda la prensa burguesa ha hecho publicidad, no ha sido más que una maniobra para distraer la atención del golpe de Estado. En cierto momento, se dijo a los congresistas: pongamos término a los debates, hay algo mejor que hacer; que cada uno ocupe su puesto. Una movilización fascista comenzó entonces. Era el 26 de octubre. En la capital reinaba aún una calma absoluta. Facta había declarado que no dimitiría antes de haber reunido al gobierno, para observar el procedimiento normal, lo cual no impidió que presentase su dimisión al rey. Las negociaciones para la formación de un nuevo gabinete empezaron. Los fascistas se dirigieron en marcha hacia Roma, centro de su actividad (son muy activos particularmente en la Italia central, especialmente en Toscana). No se les puso ninguna traba.

Encargado de formar un nuevo gobierno, Salandra renunció a ello como consecuencia de esta actitud de los fascistas. Es probable que si no se los hubiese complacido encargando a Mussolini la formación del nuevo gobierno los fascistas se hubiesen comportado como bandidos, incluso contra la voluntad de sus jefes, y hubiesen saqueado y destruido todo

en las ciudades y en los campos. La opinión pública comenzó a mostrar síntomas de inquietud. El gobierno Facta declaró: «**proclamamos el estado de sitio**». Y en efecto, fue proclamado y durante todo un día la opinión pública esperó un choque entre el poder del Estado y las fuerzas fascistas. Sobre este respecto, nuestros camaradas eran completamente escépticos. De hecho, durante su paso, en ninguna parte encontraron una resistencia seria. Algunos medios militares les eran adversos; los soldados estaban dispuestos a luchar contra ellos, pero la mayoría de los oficiales simpatizaba con los fascistas.

El rey se negó a implantar el estado de sitio. Esto significaba aceptar las condiciones de los fascistas, los cuales en «**Il Popolo d'Italia**» escribían: encárguese a Mussolini la formación de un nuevo gobierno y se habrá encontrado una solución legal; en caso contrario, marcharemos sobre Roma y nos apoderaremos de ella.

Algunas horas después de la anulación del estado de sitio, se supo que Mussolini marchaba hacia Roma. Se había preparado la defensa militar y las tropas estaban reunidas, pero los acuerdos habían sido firmados y el 31 de octubre los fascistas entraron sin mayores problemas en la capital.

Mussolini formó el nuevo gobierno, cuya composición es conocida. El partido fascista, que no contaba en el Parlamento con más de 35 escaños, obtuvo la mayoría absoluta en el gobierno. Por ello, Mussolini no obtuvo únicamente la presidencia del consejo, sino también las carteras de Interior y de Asuntos Extranjeros. Fueron los fascistas los que ocuparon los demás ministerios importantes. Pero como no habían llegado a una ruptura completa con los partidos tradicionales, había en el gobierno dos representantes de la democracia social, es decir, de la izquierda burguesa, así como un liberal de derecha y un partidario de Giolitti. La tendencia monárquica estaba representada por el general Díaz en el ministerio de la Guerra y por el almirante Thaon di Revel en el ministerio de Marina. El Partido Popular, que tenía mucho peso en la Cámara, se mostró partidario de un pacto con Mussolini. Bajo el pretexto de que los órganos oficiales del partido no podían reunirse en Roma, la responsabilidad de aceptar las proposiciones de Mussolini se dejó en manos de una reunión oficiosa de algunos parlamentarios. Se consiguieron de Mussolini algunas concesiones y la prensa del Partido Popular declaró que el nuevo gobierno no modificaba casi nada la representación electoral del pueblo.

El pacto alcanzó a los socialdemócratas y durante un momento pareció que el reformista Baldesi iba a participar en el gobierno. Mussolini había tenido la habilidad de sondearlo por medio de uno de sus allegados, y Baldesi respondió que estaría muy contento de aceptar ese puesto en el gobierno. Entonces Mussolini declaró que las gestiones habían sido hechas por uno de sus amigos bajo su responsabilidad personal y Baldesi no entró en el nuevo gabinete. Mussolini no admitió a ningún representante de la CGL reformista en su gobierno porque los elementos derechistas de su gabinete eran contrarios a esto. Pero en lo que a esto concierne, Mussolini era de la opinión de que una representación de esta organización en su «**gran coalición nacional**» era necesaria, ahora que la CGL estaba desligada de todo partido revolucionario.

En estos hechos, nosotros vemos un compromiso entre las camarillas políticas tradicionales y las diversas capas de la clase dominante –industriales, banqueros, terratenientes–, todos satisfechos con el nuevo régimen instaurado merced al apoyo de la pequeña burguesía al movimiento fascista.

A nuestro entender, el fascismo es un medio para reforzar el poder por todos los medios de que dispone la clase dominante, no sin extraer enseñanzas de la primera revolución proletaria victoriosa, la revolución rusa. Enfrentado a una grave crisis económica, el Estado no bastaba para defender el poder de la burguesía. Era necesario un partido unitario, una organización contrarrevolucionaria centralizada. Por sus lazos con el conjunto de la clase burguesa, el partido fascista es, en cierto sentido, lo que es el Partido Comunista en Rusia por sus lazos con el proletariado, es decir, un órgano de dirección y de control bien organizado y disciplinado de todo el aparato del Estado. En Italia, el partido fascista ha ocupado casi todos los puestos importantes en el aparato del Estado: es el órgano burgués que dirige el Estado en la época de descomposición del imperialismo. Esta es, a mi entender, una explicación histórica suficiente del fascismo y de los últimos acontecimientos.

Las primeras medidas del nuevo gobierno muestran que no estaba en su ánimo el modificar la base de las instituciones tradicionales. Naturalmente yo no pretendo que la situación sea favorable al movimiento proletario y comunista, ya que preveo que el fascismo será liberal y democrático. Los gobiernos democráticos no han dado nunca al proletariado nada más que proclamas y promesas. Por ejemplo, el gobierno Mussolini ha dado la seguridad de que la libertad de prensa sería respetada. Pero no hay que olvidar el señalar que la prensa deberá demostrar ser digna de esta libertad. ¿Qué significa esto? Que el gobierno promete respetar la libertad de prensa, pero dejará a las organizaciones armadas fascistas plena libertad para amordazar a la prensa comunista si son lanzadas contra ella, lo cual ya ha ocurrido en varias ocasiones. Por otra parte, es preciso reconocer que si el gobierno fascista hace algunas concesiones a los liberales burgueses, no se debe dar ningún crédito a su promesa de transformar sus organizaciones militares en asociaciones deportivas o similares (sabemos que docenas de fascistas han sido arrestados por haberse opuesto a la orden de desmovilización lanzada por Mussolini).

¿Qué influencia han tenido estos hechos sobre el proletariado? Este no ha podido jugar ningún papel importante en la lucha y se ha visto obligado a comportarse pasivamente. En cuanto al Partido Comunista, ha comprendido siempre que la victoria del fascismo sería una derrota del movimiento revolucionario. El problema es esencialmente el saber si la táctica del Partido Comunista ha permitido obtener el máximo de resultados en la defensa del proletariado italiano, y si nosotros hablamos a la defensiva es porque nunca habíamos pensado que el proletariado estuviese hoy en condiciones de lanzar una ofensiva contra la reacción fascista. Si en lugar del compromiso entre la burguesía y el fascismo, hubiese estallado entre ellos un conflicto armado o una guerra civil, el proletariado habría podido desempeñar un papel, crear un frente único para la huelga general y obtener éxitos; pero la situación tal como era ha impedido al proletariado participar en las acciones. Sea cual sea la importancia de los acontecimientos que están ocurriendo, es preciso no olvidar que el cambio político ha sido menos brusco en realidad de lo que parecía, puesto que incluso antes de la ofensiva final del fascismo, la situación día a día iba tendiendo cada vez más a eso. En Cremona la lucha contra el poder del Estado y el fascismo ha ocasionado seis muertos. El proletariado no ha combatido nada más que en Roma, donde las tropas obreras revolucionarias se han enfrentado a los grupos armados fascistas, produciéndose heridos. Al día

siguiente, la guardia real ha ocupado el barrio obrero, privándolo de todo medio defensivo, y por lo tanto los fascistas han podido disparar a sangre fría contra los obreros. Este es el incidente más sangriento que se ha producido en las recientes luchas.

En cuanto el Partido Comunista propuso la huelga general, la CGL la boicoteó incitando a los proletarios a hacer caso omiso de las peligrosas exhortaciones de los revolucionarios y, por otra parte, hizo correr el rumor de que el Partido Comunista se había disuelto en el preciso momento en que, por la imposibilidad de sacar a la luz sus periódicos, no podía desmentir la noticia.

En Roma, el suceso más grave para el Partido fue la ocupación de la redacción de «**Il Comunista**». La imprenta fue ocupada el 31 de octubre en el momento de salir el periódico, y mientras 100.000 fascistas tenían a la ciudad en estado de sitio. Todos los redactores se pusieron a salvo abandonando el edificio por salidas secundarias, con la excepción del redactor en jefe, el camarada Togliatti, que se quedó en su despacho. Los fascistas lo atraparon. Expuso valientemente su condición de redactor en jefe de «**Il Comunista**» y ya había sido colocado junto a una pared para ser ejecutado, mientras los fascistas abandonaban la búsqueda, cuando el ruido les hizo saber que los demás redactores escapaban por los tejados; los agresores salieron en su persecución, y es a esta circunstancia a la que Togliatti debe su vida. Esto no impidió a nuestro camarada participar días más tarde en un mitin celebrado en Turín con motivo del aniversario de la revolución rusa.

Pero se trata de un caso aislado. La organización de nuestro Partido se encontraba en buen estado. Si «**Il Comunista**» no aparecía, no era debido a una prohibición gubernamental, sino a que la imprenta se negaba a publicarlo. Hemos tenido por lo tanto que imprimirlo en una imprenta ilegal, las dificultades de publicación eran de índole financiera y no técnica.

En Turín la sede de «**L'Ordine Nuovo**» fue ocupada y las armas que se encontraban allí, confiscadas. Pero actualmente el periódico se publica por todas partes. En Trieste, la policía ocupó la imprenta de «**Il Lavoratore**», el cual aparece ahora de forma ilegal. Nuestro Partido tiene todavía posibilidad de trabajar públicamente y nuestra situación no tiene nada de trágica. Pero no se sabe cómo seguirán las cosas, y me veo obligado a expresarme con cierta reserva sobre la situación y el trabajo del Partido en el futuro. El camarada que acaba de llegar de Italia es uno de los dirigentes de una importante organización local del Partido, y su opinión, compartida por otros militantes, es la de que a partir de ahora, trabajaremos mejor que antes. Yo no quiero presentar esta opinión como una verdad definitiva, pero el camarada que la expresa es un militante que trabaja verdaderamente entre las masas y su opinión tiene gran importancia.

He dicho anteriormente que la prensa contraria ha difundido la falsa noticia según la cual nuestro Partido se habría disuelto. Hemos publicado un mentís y restablecido la verdad. Nuestros órganos políticos centrales, nuestro centro militar clandestino, nuestra central sindical están en plena actividad, y los contactos con la provincia han sido reanudados casi por doquier. Los camaradas que están en Italia no han perdido nunca la cabeza y hacen todo lo que es necesario. En lo que concierne a los socialistas, la sede de «**Avanti**» ha sido destruida por los fascistas, será necesario cierto tiempo antes de que el periódico comience a publicarse de nuevo. La sede del Partido Socialista en Roma fue destruida y sus archivos quemados. En lo que concierne a la posición de los maximalistas en la polémica entre el PC y la CGT, no poseemos ningún manifiesto ni declaración. En cuanto a los reformistas, lo que resalta en su prensa, que continúa apareciendo, es que se colocarán detrás del nuevo gobierno.

En lo que concierne a la situación sindical, el camarada Repossi, miembro del nuevo comité sindical, es de la opinión de que el trabajo podrá continuar. Tales son las informaciones que hemos recibido y que datan del 6 de noviembre.

Mi discurso se está alargando y no voy a abordar la cuestión de la toma de posición de nuestro Partido durante todo el período de desarrollo del fascismo, porque espero hacerlo a propósito de otros puntos del orden del día. Queremos solamente plantear la cuestión de las perspectivas de futuro. Hemos sostenido que el fascismo deberá contar con el descontento provocado por la política del gobierno. Pero sabemos muy bien que cuando se dispone no solamente del Estado, sino de una organización militar, es más fácil acabar con el descontento y coger las riendas incluso en una situación económica desfavorable. Esto es sobre todo cierto en la dictadura del proletariado, donde el desarrollo histórico avanza en nuestro sentido. Pero no hay ninguna duda de que los fascistas están muy bien organizados y que tienen unos fines precisos, y en estas condiciones, se puede prever que la posición del fascismo será todo menos precaria.

Como habéis visto, no he exagerado las condiciones en las cuales nuestro Partido ha luchado, pues nosotros no queremos provocar una cuestión sentimental. El Partido Comunista de Italia puede haber cometido errores, se lo puede criticar, pero creo que la actitud de los camaradas en el momento actual prueba que hemos hecho un buen trabajo, un trabajo de formación del Partido revolucionario del proletariado, base del resurgir de la clase obrera italiana.

Los comunistas italianos tienen el derecho a pedir ser reconocidos por lo que son. Incluso si su actitud no ha sido siempre la adecuada, saben que no tienen nada que reprocharse ante la Revolución y ante la Internacional Comunista.

ROMA Y MOSCÚ

(Publicado en «Il Lavoratore», 12–1–1923)

La prensa se ha ocupado de un artículo del presidente Mussolini en la revista fascista «**Gerarchia**», que traza una rápida comparación entre «**Roma y Moscú**».

El jefe del gobierno fascista, que quiere quedarse y se queda como jefe de su partido, aprovecha la ocasión para intentar teorizar en sus grandes líneas las relaciones entre fascismo y Estado. No son ni la voluntad ni el tiempo lo que le faltan para hacerlo de forma sistemática, sino la materia, cuando los jefes del Estado ruso nos han dado volúmenes enteros acerca de los problemas del comunismo.

No se trata aquí de establecer una comparación y una antítesis histórica entre bolchevismo y fascismo, como si la misión de todos los hombres de todos los países del mundo moderno tuviese la misma importancia: eso sería caer en una desproporción ridícula. Pero se puede intentar la comparación si se plantea la siguiente pregunta: el bolchevismo es una muestra de la política que el proletariado tiende a aplicar en todos los países, ¿puede decirse otro tanto del fascismo como método de la clase burguesa?

Antes de responder a esta cuestión constatamos que, en su tentativa de teorización, el líder del fascismo no parte de criterios propios a esa ideología político–histórica (que según nosotros no es una construcción nueva), sino de la manera comunista de plantear el problema, que consiste en definir las relaciones entre el partido en el poder y la «**máquina del Estado**»; y que llega hasta a usar una terminología que nos pertenece.

Habiendo planteado así el problema, Mussolini establece una diferencia sin lugar a dudas exacta entre la tarea del fascismo y la del bolchevismo.

En lugar de aniquilar la vieja máquina del Estado como ha hecho este último, el fascismo se apresta a repararlo pieza por pieza. Debemos aceptar esa distinción, pero también debemos negar al mismo tiempo el considerar como una revolución la llegada del fascismo al poder. ¿Qué es lo que permite en efecto definir una revolución política? El traspaso de la máquina del Estado de un partido a otro no es suficiente. En realidad, este traspaso no ha sido *súbito* y *violento*, contrariamente a lo que pretende el artículo. No ha sido *súbito*, porque es el resultado de la presión que el fascismo ha ejercido en el interior sobre la máquina gubernamental durante un largo período y de forma progresiva; y no ha sido violento, porque los partidos y las camarillas desposeídas no han opuesto ninguna resistencia, entendiéndose de manera abierta con su sucesor, en lugar de servirse del aparato del Estado que tenían en las manos contra él. Según esto, es evidente que toda revolución debe presentar dos caracteres: un conflicto abierto de fuerzas políticas, y la destrucción de la maquinaria del Estado por aquel que ha conseguido la victoria y se ampara en ella. Tal destrucción se manifiesta en un cambio de las relaciones existentes entre las instituciones estatales, y de manera particularmente evidente en las formas de la representación política. Por esto es de sobra conocido que el fascismo no ha abolido ni el Parlamento ni la ley democrática formal, y nosotros admitimos que aunque no lo haya *querido*, la voluntad no modifica para nada la significación de los hechos concretos. El acceso del fascismo al poder no presenta ninguno de estos dos caracteres sin los cuales no se puede hablar de revolución, conflicto armado y cambio brusco de las instituciones. No es necesario insistir aquí sobre las afirmaciones que completan nuestra concepción del fenómeno, a saber, que no puede haber revolución sin lucha de clase económica y social, y que el mismo hecho de tender a la destrucción de la máquina del Estado excluye la posibilidad de una toma de posesión pacífica de ésta por el partido revolucionario.

El fascismo admite que no ha demolido la máquina del Estado y debe por lo tanto lógicamente renunciar a declararse revolucionario; si no obstante pretende pasar por tal, no es en función de una consecuencia crítica de su propia misión, sino porque no sabría pasar de la demagogia habitual. El jefe del gobierno fascista anuncia o, mejor dicho, reconoce que la máquina del Estado no será demolida, pero hace al mismo tiempo otra declaración preciosa: la máquina se utiliza. Mientras que los ministerios sucedían cinematográficamente a los ministerios, el viejo aparato burocrático ha continuado funcionando como ha podido. No es, por lo tanto, la política de los sucesivos gobiernos de los últimos años la que ha estropeado la máquina, sino un fenómeno a todas luces más grave y profundo. ¿El método del gobierno fascista es capaz de detener los efectos de esto?

He aquí lo que nosotros no creemos, convencidos de que en el momento en que la usura de la herrumbrosa máquina llegue a su punto extremo, la historia pondrá a la orden del día una revolución seria que no dudará en destruirla sin piedad.

¿Cuál es el nuevo método fascista para dirigir dicha máquina? Admitiremos voluntariamente que el gobierno fascista presenta un coeficiente de voluntad, de decisión y de vigor muy superior al de los gobiernos precedentes cuando se trata de apoderarse del volante. Pero esto no basta; para dirigir la máquina estatal y, con una razón más fuerte, para dirigir y regular la vida social, lo cual es un vasto problema por otra parte, son necesarios otros remedios, que vanamente se podrán buscar en la doctrina fascista. Evidentemente es cómodo responder que el movimiento fascista es un movimiento práctico y no teórico, pero tal respuesta esconde mal la impotencia. Nuestra tesis, para nosotros, comunistas, es que si hay movimientos que han pagado el lujo de una teoría completa y elegante de hacer bancarrotas, no se ha visto nunca por el contrario a un movimiento político dejar trazos perdurables en la historia, sin principios claros y rigurosos y sin la conciencia teórica de su misión. El agnosticismo y el empirismo son un bagaje muy ligero como para poder presentarse como los pioneros de una nueva era sobre la atormentada escena de la política mundial contemporánea.

Por esto, el método de gobierno que el jefe del fascismo ha intentado caracterizar no anuncia para nada una ciencia nueva. Las fórmulas que usa –«**proceder por grados**», «**proceso de desarrollo lógico, seguro y regular**», «**nulla dies sine linea**»– son fórmulas prestadas. ¿De dónde? Del bagaje doctrinal del reformismo y de la democracia social.

Resulta por lo tanto fácil hacer el balance: el fascismo que se vanagloria de liquidar al marxismo revolucionario y la democracia socializante roba al primero los términos con los cuales plantea el problema histórico político, y sueña resolverlo con los viejos métodos de la segunda.

En estas condiciones, la antítesis entre Roma y

Moscú aparece como una antítesis entre el reformismo conservador que colabora con el capital, de una parte, y el comunismo que se propone revolucionar la sociedad presente, de otra.

Nosotros sostenemos desde hace mucho que fascismo y reformismo se tocan. Políticamente, esto se vuelve siempre más evidente, por más que estas primeras críticas puedan parecer paradójicas. No obstante, reconocemos que el fascismo ha introducido en la política gubernamental un elemento que no se encuentra en los programas de la izquierda burguesa reformista, no más por otra parte que en los partidos de la derecha tradicional. Pero el fascismo no sabe teorizar la misión que le incumbe, y aunque lo supiese no tendría ningún interés en inscribirla en su bandera. Es sintomático que, para ocultar su verdadera esencia, no haya fabricado una teoría nueva y diferente, como el liberalismo, la democracia y el reformismo saben hacerlo. Nuestra explicación es que lejos de reemplazar a estos movimientos, el fascismo los continúa y completa, en cierto sentido, haciendo la síntesis de todos sus viejos expedientes.

¿Cuál es por lo tanto el elemento nuevo que se puede reconocer al fascismo en una interpretación general? El autor de este artículo ha intentado ponerlo a la luz en su informe al IV Congreso de la Internacional Comunista (incluido en esta publicación), y desarrollarlo comparando el método fascista y el método comunista, comparación que podría convertirse en una antítesis si, como es muy posible, el ejercicio del poder por la clase burguesa amenazada por una crisis revolucionaria, conduce en otros países a las mismas experiencias y a los mismos acontecimientos de los cuales ha salido el fascismo italiano.

En Rusia, la máquina del Estado está dirigida por un Partido que representa a una clase –la clase proletaria– en su unidad. El Partido Comunista resuelve el problema de su fuerza revolucionaria en la medida en que logra ser el Partido de la clase trabajadora, pues es en la centralización de un Partido así como se realiza la unidad de acción de todos los grupos del proletariado e incluso del semi–proletariado. En el seno de estas clases existen categorías, grupos sociales y locales, en los cuales los intereses no son idénticos. El Partido de clase unifica los esfuerzos que resultan de esos mismos intereses múltiples y los orienta en una dirección única haciendo callar, en interés general y de cara al éxito final, los apetitos secundarios divergentes. El Partido dirige entonces la máquina del Estado en ese sentido, y realiza el máximo esfuerzo con el cual la clase que representa está capacitada en su lucha contra el enemigo interior y exterior. Tal es la función del Partido Comunista en nuestra doctrina y en nuestra primera realización que ha tenido en Rusia.

Se puede considerar que la tarea de la organización fascista es análoga por lo que atañe a la burguesía y a las diferentes capas semi–burguesas. Entre los intereses de estos últimos y los de las fracciones burguesas existen innumerables conflictos que comprometen seriamente las posibilidades de éxito de la defensa común contra la revolución proletaria. El fascismo interviene con su organización unitaria de partido gubernamental para centuplicar la fuerza de resistencia de la contrarrevolución. Puesto a la cabeza del Estado burgués, reemplaza las viejas coaliciones de políticos por una unión de todas las fuerzas sociales que, en el caos de la desorganización política burguesa, se colocan detrás de ellas.

No vamos a exponer aquí de nuevo todos los hechos que confirman esta explicación del fascismo. Señalemos solamente la evidencia de la analogía que existe entre la práctica del Partido Comunista en Rusia y ciertas prácticas que el partido de Mussolini ha introducido en la política gubernamental con el consiguiente escándalo para los bienpensados, como, por ejemplo, la nominación de comisarios fascistas en todos los puestos claves del aparato del Estado, la discusión de los problemas del Estado por los consejos del partido y, en fin, las campañas bien dirigidas de los funcionarios fascistas para hacer cumplir las decisiones tomadas por las instituciones estatales, etc...

El fascismo es en consecuencia, según esta interpretación, el partido unitario, la organización centralizada y fuertemente disciplinada de la burguesía y de las clases que gravitan en su órbita. Es el Estado democrático burgués completado por una organización de ciudadanos. El Estado de todos que sirve para administrar los intereses de algunos, irá de igual forma con el partido de masas que es el fascismo. Para librarse de las dudas reales de todos los viejos partidos o semi–partidos burgueses, este partido combina innegablemente los métodos de la violencia reaccionaria con demagogia democrática. La confluencia con el reformismo es clara. Los comunistas rechazan el reformismo como un agente de la causa burguesa en las filas del proletariado. El fascismo pretende rechazarlo como un agente de causa revolucionaria en el seno de las instituciones burguesas. Pero como el reformismo es claramente lo que dicen los comunistas, está condenado a integrarse finalmente en la síntesis fascista de los medios de defensa de la burguesía contra la revolución, después de haberle suministrado buen número de ideas y métodos, como, por ejemplo, el que consiste en reparar poco a poco la vieja máquina del Estado, usada, sacando tratado sobre la paciencia de las masas, o aun practicando un sindicalismo corporativo desprovisto de toda fecundidad revolucionaria y de toda capacidad de ofensiva contra la patronal. Para esto no existe ninguna necesidad de una nueva doctrina: basta con un mito, la idea nacional, no teorizada claramente como en el pensamiento «**nacionalista**» en sentido propio, sino presentada de tal manera que pueda convenir tanto al imperialismo gran–capitalista como al espíritu de colaboración de clase del reformismo pequeño–burgués.

En tal interpretación, existe pues una cierta analogía entre Roma y Moscú. En el curso de una conversación con uno de los líderes bolcheviques le dije que yo no preveía una próxima caída del fascismo, apoyándome sobre el hecho de que un partido centralizado y una fuerza militar compacta habían permitido al Estado soviético vencer las terribles dificultades de una triste situación económica. Este camarada objetó naturalmente que la posición histórica y social de los comunistas traía consigo ventajas sobre las cuales hablaré más adelante; yo le respondí que el Partido Comunista había tenido que combatir el sabotaje de su política por todo el aparato del Estado que había debido destruir, en tanto que el fascismo gozaba de la solidaridad de este aparato tradicional (ejército, policía, magistratura, alta burocracia, etc...). El hecho de no haber demolido la máquina del Estado da al fascismo una ventaja que no reside, claro está, en los cálculos del Duce, sino en la situación histórica. Es ahí que la diferencia entre los dos métodos completa la analogía anulada por nosotros: dos partidos han tomado el poder, uno, el Partido bolchevique, para abatir el poder del Estado, el otro el partido fascista, para repararlo. ¿Cómo se presentan las perspectivas?

En su breve artículo, Mussolini considera,

naturalmente, que están para su utilidad, razonando de manera típicamente... turatiana: Moscú, que ha querido forzar las posibilidades reales, sucumbirá y deberá volver al pasado, mientras que Roma irá lentamente, pero segura, hacia adelante. Dejemos de lado la imagen mussoliniana del péndulo que, lanzado en una dirección dada, vuelve atrás, en la cual incluso un rector como él no sabría oponer otra imagen que la de un péndulo inmóvil y, por lo tanto, privado de la simple posibilidad de oscilar.

De todas formas, la presunta ventaja del fascismo no existe en realidad.

En Rusia el Partido Comunista ha realizado la unificación disciplinada y centralizada de las fuerzas políticas. Se encuentra situado ante una tarea programática terrible, pero no irrealizable: la organización centralizada de las fuerzas económicas. Como partido de la unificación de intereses separados por oposiciones secundarias, procede lógicamente en la vía de la administración de los intereses colectivos. Este proceso no irá sin derrotas ni repliegues, pues el problema es de naturaleza *mundial*, pero el esfuerzo revolucionario llevado a cabo en Rusia tiene todo que ganar a los trastornos en la situación de los demás países, pues estos ampliarán el campo histórico y geográfico de la economía colectiva a expensas de la economía capitalista privada en plena crisis.

Por el contrario, si en Italia (y puede que mañana en otros países) el fascismo ha disciplinado los intereses y apetitos de los grupos burgueses mediante el partido único, no puede proceder lógicamente en esta línea; esta línea se rompe en razón misma de la orientación histórica que ha impedido al fascismo destruir el aparato del Estado. Aplicada al Estado, la unidad de organización del partido será empleada para defender la economía libre, la descentralización de las actividades económicas y sociales, o sea, el capitalismo, es decir, la desorganización de la producción y de la vida social. En economía, el fascismo es descentralizador y liberal por naturaleza.

La oposición de los intereses, que por un esfuerzo notable de las clases dominantes el fascismo ha conseguido reducir al silencio por su victoria, no será de ninguna forma abolida, sino que se volverá más profunda que nunca. Tal es la contradicción inherente al fascismo, incluso si su tentativa es de un alcance formidable. Nuevas victorias en el extranjero no le serían de ninguna ayuda al fascismo porque, lejos de tender a una organización internacional de intereses, los empujaría al enfrentamiento y a la guerra.

He aquí por qué Moscú, que ha osado destruir la vieja máquina del Estado, ha abierto nuevas vías en la historia, en tanto que Roma, que ha intentado por el contrario rejuvenecerla, no hará más que sincronizar la derrota del furor reaccionario y la del delirio reformista.

Roma es también un poder fuerte, una dictadura, y ella ha denunciado enérgicamente las debilidades del liberalismo y del reformismo, empleando sin prejuicios todas las armas de la lucha política. Pero defiende una forma de organización económica que no es otra que el liberalismo, y aplica un método político que no es otro que el reformismo típico. He aquí por qué esta dictadura desaparecerá sin haber engendrado un nuevo orden.

Nos parece, en lo que nos atañe, que la contradicción fundamental que existe entre la libertad dejada a las fuerzas económicas capitalistas, de una parte, y la centralización impuesta a las actividades políticas de la burguesía, por otra, comienza a manifestarse por choques y conflictos, en el seno del Partido Fascista. Y por lo tanto, como hemos dicho anteriormente, no pensamos que este proceso vaya a ser muy rápido.

De todas formas, es Moscú quien sobrevivirá (*).

(*) No se trata, claro está, de una previsión en el sentido de la futura doctrina bujarino–estalinista del «**socialismo en un solo país**» (doctrina rechazada expresamente una página antes), sino de un acto de fe general en el proletariado y en el comunismo.

INFORME DE A. BORDIGA SOBRE EL FASCISMO AL V CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

(En la primera parte de su discurso, el orador resume su informe sobre el fascismo al IV Congreso de la Internacional Comunista, efectuado el 16 de noviembre de 1922, poco después de la marcha sobre Roma).

(Vigésima tercera sesión, 2 de julio de 1924)

En mi primer informe, no he abordado la cuestión que ha surgido en nuestro seno en el IV Congreso, y a la cual el camarada Zinóviev ha hecho alusión en su discurso: ¿qué ha ocurrido en Italia después de la salida de la delegación italiana hacia Moscú, un golpe de Estado o una farsa? Trataré brevemente esta cuestión que, a mi modo de ver, es triple: ¿se trataba de una revolución, de un golpe de Estado o de una farsa?

Recordaré los hechos que han caracterizado la toma del poder por los fascistas. No ha habido lucha armada, sino solamente una movilización de las tropas fascistas que amenazaban con tomar revolucionariamente el poder, y una especie de movilización defensiva del Estado, que en un momento dado proclamó el estado de sitio. Pero prácticamente, el Estado no se ha defendido y no se ha llegado hasta la lucha armada. En vez de choques violentos ha habido un compromiso, y en cierta medida la lucha fue, por así decir, aplazada; no porque el rey se hubiese negado a aprobar el decreto del estado de sitio, sino porque evidentemente dicho compromiso había sido preparado con antelación. El gobierno fascista se ha constituido, por lo tanto, normalmente. Después de la dimisión del gobierno Facta, el rey llamó a Mussolini para que formase un nuevo gobierno. El jefe de la presunta revolución ha viajado de Milán a Roma en coche–cama, siendo saludado en todas las estaciones por los representantes oficiales del Estado. No se puede, por lo tanto, hablar de revolución, no sólo porque no ha existido ningún ataque insurreccional contra el poder establecido, sino también por todas las demás razones que hemos expuesto acerca de la significación histórica del fascismo. Desde el punto de vista social, el fascismo no representa ningún trastorno. No posee ningún programa nuevo; no representa tan siquiera la negación histórica de los viejos métodos de gobierno de la burguesía; representa únicamente el fin lógico y dialéctico de la fase precedente de gobiernos burgueses democráticos y liberales.

Nosotros negamos rotundamente la afirmación tantas veces repetida por los fascistas, según la cual la toma del poder por su parte constituiría una revolución. En sus discursos Mussolini dice: hemos llevado a cabo una revolución. Y nosotros le replicamos: no ha habido ninguna revolución, ninguna lucha, ningún terror revolucionario, porque no ha habido ninguna «**conquista del poder**» en el sentido propio del término, ni un verdadero aniquilamiento del enemigo. Entonces, Mussolini responde con un argumento que, desde el punto de vista histórico, es bastante ridículo: «**tenemos tiempo todavía para eso, en cualquier momento podemos completar nuestra revolución**». Solamente la revolución no puede ser puesta en conserva ni siquiera por el más fuerte y audaz de los jefes. No es con argumentos por el estilo como se puede rebatir nuestra crítica. No se puede decir, es verdad, esos hechos son exactos, pero tienen solución no importa en qué momento. Naturalmente, siempre es posible que estallen nuevas luchas. Pero la marcha sobre Roma no ha sido ni una batalla ni una revolución. Y si se objeta a esto que ha tenido lugar un cambio inesperado en el gobierno, un golpe de Estado, yo no me pararía a pensar sobre este punto, porque la cuestión se reduce, en último término, a un juego de palabras. Incluso cuando hablamos simplemente de golpe de Estado, designamos un cambio de gobierno que no se limita a un cambio puro y simple de personas, o a una simple sustitución del estado mayor en el poder, sino a aquel que elimina violentamente el tipo de gobierno que había. Pero el fascismo no ha hecho nada de esto. Ha discurrido mucho contra el parlamentarismo; su teoría era anti–democrática y anti–parlamentaria. Pero en su conjunto, su programa social no es otro que el viejo y mentiroso programa democrático, es decir, nada más que una simple arma ideológica para el mantenimiento de la dominación de la burguesía. El fascismo se ha vuelto rápidamente parlamentario, incluso antes de la toma del poder. Ha gobernado durante un año y medio sin disolver el viejo parlamento, que estaba compuesto en su gran mayoría por gente que no era fascista y el resto eran anti–fascistas. Con la agilidad que caracteriza a los políticos burgueses, esta Cámara se ha dado prisa para ponerse a disposición de Mussolini para legalizar su posición y otorgarle todos los votos de confianza que necesitase. El primer gabinete Mussolini (y él mismo hacía especial hincapié sobre este hecho en sus «**discursos de izquierda**») no era puramente fascista, ya que incluía a representantes de los partidos burgueses más importantes (el de Giolitti; el Partido Popular, el de izquierda democrática). Se trataba, por tanto, de un gobierno de coalición. He aquí lo que ha engendrado el presunto golpe de Estado. Un partido que contaba con 35 diputados en la Cámara ha tomado el poder y ha ocupado la mayoría de las carteras ministeriales y los cargos de sub–secretario.

Por otra parte, es preciso señalar un hecho histórico muy importante, que no se produjo durante la marcha sobre Roma: quiero hablar de la ocupación de toda Italia por los fascistas, ocupación favorecida por el curso de los acontecimientos y que puede ser estudiada geográficamente. La toma del poder por Mussolini no fue nada más que el reconocimiento de una relación de fuerzas creada con anterioridad. Todos los gobiernos que habían estado en el poder (sobre todo el de Facta) habían dejado campo libre al fascismo. Era él quien gobernaba Italia; tenía las manos completamente libres y podía disponer del aparato del Estado. El gobierno Facta no se mantuvo más que dos meses, esperando el momento en que el fascismo pudiese asumir oficialmente el poder.

Es por esta razón que nosotros hemos empleado el término «**comedia**».

En cualquier caso, mantenemos plenamente que no se ha tratado de una revolución. Ha tenido lugar un cambio en las fuerzas dirigentes de la burguesía, pero este cambio ha sido preparado y llevado a cabo poco a poco. No se diferencia en nada del programa de la burguesía italiana, ni sobre el plano económico y social, ni incluso sobre el de la política exterior. En efecto, la gran fuerza de choque de la presunta revolución fascista, antes o después de la marcha sobre Roma, no ha residido en el empleo oficial del aparato del Estado, sino en la reacción ilegal apoyada tácitamente por la policía, los

ayuntamientos, la burocracia y el ejército. Este acuerdo tácito, es preciso subrayarlo enérgicamente, era ya total *antes* de la toma del poder por los fascistas.

En sus primeros discursos en la Cámara, Mussolini ha dicho: podría cazaros en esta sala con mis tropas. Tengo el poder para hacerlo, pero no lo hago. La Cámara puede seguir ejerciendo sus funciones si está dispuesta a colaborar conmigo. Y claro, la gran mayoría de la vieja Cámara se ha doblegado voluntariamente ante las órdenes del nuevo jefe.

Se puede establecer que, después de la toma del poder, los fascistas no han introducido ninguna legislación nueva. Sobre el plan de la política interior, ninguna ley de excepción ha sido promulgada. Ha habido persecuciones políticas, de las cuales hablaremos; pero oficialmente las leyes no han sido modificadas y no ha habido decretos excepcionales del tipo de aquellos que los gobiernos burgueses han promulgado en el pasado en los períodos revolucionarios, como por ejemplo bajo Crispi y Pelloux, que se defendieron durante cierto tiempo contra los partidos revolucionarios y sus dirigentes mediante el estado de sitio, los tribunales militares y las medidas represivas.

El fascismo continúa empleando contra las fuerzas proletarias el mismo método que antes de la toma del poder. Los fascistas han declarado que sus tropas de asalto legales serían disueltas en cuanto los demás partidos hiciesen lo mismo. En realidad, las organizaciones fascistas de combate no han desaparecido en tanto que organizaciones exteriores al Estado más que para verse integradas en él como «**Milicia Nacional**». Igual que antes, esta fuerza armada queda a disposición del Partido Fascista y de Mussolini en particular. Representa una nueva organización inmersa oficialmente en el aparato del Estado. Es el pilar del fascismo.

La cuestión de saber si es preciso dejar que desaparezca esta organización no está a la orden del día. ¿Se le puede exigir al fascismo que utilice medios constitucionales en política interior, en lugar de utilizar estos nuevos órganos? Naturalmente, no ha aceptado todavía las viejas normativas del derecho constitucional y la Milicia queda para intimidar a todos aquellos que aspiran a derribar el poder fascista.

En el plano jurídico no existen en nuestro país leyes de excepción. Cuando en febrero de 1923 millares de comunistas italianos fueron arrestados, se creyó que el fascismo comenzaba una campaña judicial contra nosotros y que tomaría medidas enérgicas haciendo pronunciar las más severas sentencias. Pero la situación se desarrolló muy favorablemente y fueron juzgados al amparo de las viejas leyes democráticas. El código penal italiano (obra del representante de la extrema izquierda burguesa, el ministro Tanardelli) es extremadamente liberal y deja abiertas numerosas posibilidades; sobre todo en el terreno de los delitos políticos y de opinión, es moderado y elástico. Nos fue por tanto fácil tomar la siguiente posición: «**comprenderíamos perfectamente que el fascismo se librase de sus adversarios y tomase medidas dictatoriales contra nosotros. Tiene perfectamente razón al juzgarnos y condenarnos porque somos comunistas, y porque nuestro fin es el de echar abajo el gobierno existente mediante una acción revolucionaria; pero desde el punto de vista jurídico, lo que hacemos no es defendible. Ciertas cosas están prohibidas, pero no poseéis ninguna prueba acerca de la presunta conjuración y de la presunta asociación de forajidos sobre la cual reposa la acusación**». No solamente hemos sostenido este punto de vista, sino que nos ha valido la absolución del tribunal porque era del todo imposible condenarnos sobre la base de las leyes vigentes.

Pudimos constatar que el aparato jurídico y policial no estaba de ningún modo a la altura de su función desde el punto de vista fascista. El fascismo se había amparado en el aparato del Estado, pero no había sido capaz de transformarlo para sus propios fines. No quería librarse de los jefes comunistas mediante procesos. Tenía sus cuadros, sus propias organizaciones terroristas, pero en el campo de la justicia, no creía tener necesidad de armas nuevas. Esto demuestra a mi entender una vez más que, para luchar contra el proletariado, las garantías que la justicia liberal ofrece a la burguesía son del todo insuficientes. Es cierto que, en tales circunstancias, nuestra defensa ha debido pasar por vías legales, pero el adversario se encuentra en posesión de una organización ilegal, merced a la cual podría resolver la cuestión de forma muy distinta; esas garantías democráticas pierden para él todo significado.

El fascismo continúa con la vieja política de mentiras democráticas de izquierda, la igualdad de todos ante la ley, etc... Esto no le impide dedicarse a graves persecuciones contra el proletariado, pero en lo que concierne a los procesos puramente políticos contra los dirigentes del proletariado revolucionario, el fascismo no ha aportado nada nuevo al sistema clásico de los gobiernos democráticos burgueses. Pues una revolución se caracteriza siempre por la transformación de las leyes políticas.

A continuación voy a tratar de forma breve los acontecimientos ocurridos después de la toma del poder por el fascismo.

Antes diré algunas palabras acerca de la situación económica en Italia. Los fascistas siguen repitiendo que la crisis económica de 1920–21 ha dado paso a la prosperidad desde que ellos están en el poder. Pretenden decir que, después de dos años, esta situación se ha estabilizado, que el equilibrio económico ha sido restablecido, que el orden ha sido instaurado y que, en conjunto, la situación ha mejorado notablemente. Tales serían las ventajas del fascismo para todas las clases sociales, de cuyas bendiciones todo el pueblo italiano sería deudor. Esta tesis oficial está apoyada por una movilización de gran estilo de toda la prensa y por todos los medios de que dispone un partido sólidamente instalado en el poder. Pero no es nada más que una mentira oficial. En Italia, la situación económica es actualmente mala. El valor de la lira no ha estado nunca tan bajo desde el fin de la guerra: vale apenas 4,3 centavos americanos. El fascismo no ha conseguido mejorar la situación. Es cierto lo que dice Mussolini acerca de que el valor de la lira estaría más bajo si él no estuviese en el poder, pero este argumento no puede tomarse en serio.

Los fascistas pretenden entre otras cosas haber restablecido el equilibrio del presupuesto. Esto es verdad desde el punto de vista material: es de destacar que, con los balances del Estado, se puede demostrar todo lo que se quiera. De cualquier modo, los fascistas no han podido rebatir los argumentos de la oposición que han demostrado, con las cifras en la mano, que si el precio del carbón no había bajado en relación a 1920–21 y los gastos de la guerra no habían sido registrados de una forma nueva desde un punto de vista puramente administrativo, el déficit del Estado aparece hoy como muy superior al de 1920–21.

En cuanto a los índices económicos, demuestran un empeoramiento general de la situación. Es verdad que el nº de parados es inferior al de 1920 y sobre todo al de 1921, que era

enorme, pero durante los últimos meses, el paro ha vuelto a aumentar y la crisis industrial no ha sido rebasada definitivamente. En el terreno de los negocios, la situación es extremadamente tensa y el comercio atraviesa grandes dificultades, como demuestra la estadística de quiebras, las cuales han aumentado considerablemente en relación a los últimos años. El índice del coste de la vida en las grandes ciudades ha aumentado también. En resumen, está claro que el conjunto de la situación económica en Italia se agrava y no se estabiliza. Bajo la presión de la burguesía, todo lo que el fascismo ha conseguido producir es solamente una estabilidad exterior. Los índices oficiales demuestran que todo lo que se ha conseguido ha sido exclusivamente fruto de una terrible presión ejercida sobre el proletariado, que todo lo que se ha realizado ha sido a expensas de la clase proletaria y en interés exclusivo de la clase dominante. No se debe olvidar que la misma existencia de esta presión despiadada presagia una explosión de las clases que han sido sacrificadas en la tentativa hecha por el fascismo para restablecer la situación económica en el exclusivo interés de la gran burguesía.

Trataré ahora sobre la actitud del gobierno fascista respecto a los obreros. He apuntado anteriormente que los grandes procesos políticos intentados contra nosotros han sido la prueba de la insuficiencia del aparato judicial del Estado fascista. Pero graves persecuciones contra el proletariado han tenido lugar en cuanto se ha acusado a nuestros camaradas, no de delitos considerados por el código como «**políticos**», sino como delitos comunes. Numerosos enfrentamientos se han producido y continúan produciéndose entre fascistas y proletarios, sobre todo comunistas, y en ellos hay muertos y heridos por ambos bandos. Es notorio señalar que bastante después de la toma del poder por el fascismo, la más completa impunidad acompañaba a los fascistas que habían matado obreros, incluso existiendo contra ellos pruebas graves. Por el contrario, los obreros que habían herido o matado a algún fascista para defenderse eran condenados a las más severas penas. La amnistía que acaba de ser pronunciada beneficia exclusivamente a aquellos que han cometido delitos de carácter común con *fines nacionales*: o sea, una amnistía para los criminales fascistas, en tanto que los delincuentes que tenían un objetivo anti–nacional, es decir, combatir contra el fascismo, deben atenerse a las más terribles penas. Se trata, por lo tanto, de una pura amnistía de clase.

Otra amnistía ha reducido las penas de 2 o 3 años, pero es preciso saber que nuestros camaradas han sido casi siempre condenados a 10, 15, y 20 años de prisión. Centenares y centenares de obreros y camaradas italianos se encuentran actualmente en prisión, debido a que no han podido pasar a tiempo la frontera después de los choques armados con los fascistas, en los cuales han participado y que habían sido casi siempre provocados por los fascistas. El gobierno actual ejerce así la represión más feroz contra la clase obrera. Esta no puede ni tan siquiera intentar defenderse contra el terror fascista sin que la justicia intervenga inmediatamente contra ella, de tal forma que no difiere para nada de los clásicos procesos políticos por «**traición**». Jurídicamente, todas las garantías permiten al partido comunista, al movimiento anarquista, etc... subsistir como antes. ¿Pero en teoría qué tiene esto de imposible?

Las cosas están igual en lo que respecta a la prensa. Oficialmente, la libertad de prensa sigue vigente. Todos los partidos están autorizados a publicar sus órganos, pero en tanto no existen disposiciones oficiales en este sentido, los censores pueden impedir la salida de un periódico. Hasta ahora sólo los periódicos comunistas han sido prohibidos. Nuestro diario Il Laboratore de Trieste lo ha sido en aplicación de una ley austriaca todavía vigente en esta ciudad. Así, las viejas leyes austriacas son empleadas contra los revolucionarios a los que, durante la guerra, se denunciaba como cómplices de Austria debido a su derrotismo.

Es preciso señalar también el sistema ya conocido, que consiste en hacer suprimir los periódicos, perseguir a sus redactores o sabotear las asociaciones de periodistas, por medio de bandas armadas, lo cual hace imposible la publicación de la prensa proletaria. Todavía hoy, nuestros periódicos, lo mismo que los órganos de la oposición, son con frecuencia destruidos o quemados antes de que lleguen a su destino.

El gobierno fascista ejerce también una terrible presión sobre los sindicatos. Los obreros son obligados por la fuerza a entrar en los sindicatos fascistas. Las sedes de los sindicatos rojos han sido destruidas. Pero a pesar de todo, los fascistas no han conseguido agrupar a las masas dentro de sus organizaciones, y las cifras de adherentes que publica sólo son una fantasmada. En realidad, el proletariado está hoy desorganizado sindicalmente. A veces, las masas participan en los movimientos que dirigen los fascistas, pero es únicamente porque no tienen ninguna otra posibilidad de llevar a cabo la huelga general. Algunos obreros, algunas categorías que en su gran mayoría no son partidarios de los sindicatos fascistas y votan contra ellos a favor de los candidatos revolucionarios en las elecciones de las comisiones internas, se ven forzados a integrarse al sindicato fascista para de esta forma poder intentar la lucha contra la burguesía. De esto resulta un grave conflicto dentro del movimiento sindical fascista. Este no puede impedir las huelgas y es arrastrado en la lucha contra las organizaciones fascistas de empresarios. Este conflicto en el seno de las organizaciones fascistas y gubernamentales se resuelve a costa de los obreros. De aquí surge un descontento y una crisis grave que los jefes del movimiento sindical fascista no han podido disimular en las reuniones de los últimos meses. Su tentativa de organizar al proletariado industrial ha fracasado. Su acción tiende por tanto a crear un pretexto, de todas formas superfluo, destinado a frenar las actividades de los sindicatos libres y para perpetuar la desorganización del proletariado.

Últimamente, el gobierno ha tomado medidas contra los sindicatos libres decretando que el trabajo de organización y de administración interna de los sindicatos debe estar controlado por el Estado. Esto es algo muy grave, pero no cambia nada la situación, puesto que el trabajo de los sindicatos libres se hallaba casi paralizado por otra serie de medidas.

Los sindicatos libres continúan existiendo, tales como las Bolsas Trabajo, las federaciones de oficios, etc... pero es del todo imposible decir cuál es actualmente el número de sus adherentes, incluso en los que se ha conseguido mantener el contacto con las masas, pues la percepción de cotizaciones y la propaganda son casi imposibles. Hasta ahora, no ha sido posible reconstituir los cuadros de las organizaciones sindicales en Italia. Pero la gran ventaja del fascismo residiría justamente, según él, en el hecho de que no hay más huelgas: para la burguesía y para los filisteos de la clase media, este es el punto clave.

Pretenden demostrar que en 1920, cuando todavía no existía el fascismo, las masas obreras salían todos los días a las calles, ya fuese por una huelga, como por una manifestación, o por cualquier tumulto, mientras que hoy, no hay más huelgas,

ni más agitaciones, y el trabajo se desarrolla sin interrupción en las fábricas y el orden y la paz reinan. Este es el punto de vista patronal.

Pero pese a todo, sigue habiendo huelgas, y en el curso de las mismas se han producido incidentes dignos de mención, como consecuencia de las relaciones entre sindicatos fascistas, obreros revolucionarios, gobierno y patronos. La situación es profundamente inestable. La lucha de clase continúa, como lo atestiguan una serie de acontecimientos significativos. A pesar de todos los obstáculos, no hay ninguna duda de que continúa desarrollándose. La acción del gobierno fascista se dirige también contra los obreros de las empresas estatales. Por ejemplo, los ferroviarios están sometidos a un verdadero terror. Naturalmente, primero se han desembarazado de todos los miembros activos de las organizaciones revolucionarias; las organizaciones de los ferroviarios pertenecían a los sindicatos cuya dirección estaba más a la izquierda. Del mismo modo se ha procedido en una serie de otras empresas dependientes del Estado.

Los fascistas repiten continuamente que han ofrecido a los proletarios una gran conquista, la jornada de 8 horas, preguntando en qué otro Estado el gobierno ha promulgado una ley semejante. Pero la aplicación de esta ley está sometida a cláusulas que anulan el principio de la jornada de 8 horas. Incluso aplicándola al pie de la letra, se podría imponer una jornada de trabajo muy superior a 8 horas. Resumiendo, la ley no se aplica. Con la aprobación de los sindicatos fascistas, los patronos hacen lo que quieren en las empresas. Por otra parte, el proletariado italiano había ya conquistado la jornada de 8 horas con sus organizaciones y algunas federaciones profesionales habían reducido aún más el tiempo de trabajo. No se trata, por tanto, de un «**regalo**» que el fascismo haya ofrecido al proletariado italiano. En realidad, se puede decir que si el paro aumenta, es porque los patronos obligan a los obreros a trabajar mucho más de 8 horas. Las demás «**conquistas**» ni tan siquiera merecen ser citadas. Los obreros que habían asegurado ya ciertos derechos, una relativa libertad de movimiento y de agitación en las fábricas, sufren ahora una disciplina férrea. El obrero italiano trabaja hoy bajo el «**knout**» (látigo).

Todas las cifras disponibles muestran cómo los salarios han disminuido enormemente después de haber alcanzado momentáneamente un nivel correspondiente al encarecimiento de los artículos de primera necesidad, que cuestan hoy 4 o 5 veces más que antes de la guerra. El nivel de vida de los obreros ha bajado mucho. Si es cierto que el «**orden**» ha sido restablecido en las fábricas, no lo es menos que se trata de un orden reaccionario, en interés exclusivo de la explotación patronal. Algunos ejemplos lo demuestran bien. Pese a estar dirigida por oportunistas notorios como Giuletti (o precisamente por esta razón), la organización de los trabajadores marítimos había conseguido hasta cierto punto resistir al poder fascista y sobrevivir a la marcha sobre Roma. Pareja a esta organización existía una cooperativa de estibadores llamada «**Garibaldi**», la cual, respecto al nuevo contrato que debía ser firmado entre el gobierno y los armadores, tenía la intención de hacer ofertas muy ventajosas. Para los grandes armadores, esto suponía una concurrencia peligrosa que los hubiese obligado a hacer ofertas menos rentables para ellos. ¿Qué han hecho entonces? Un grupo de reyes de la navegación ha dado una orden al gobierno fascista, la cual ha sido ejecutada velozmente: bajo el pretexto de un conflicto provocado por las autoridades locales, el gobierno ha ordenado a la policía ocupar las oficinas de la cooperativa y la ha obligado a interrumpir su actividad.

La situación es muy complicada, pero está claro que el aparato del Estado fascista está al servicio de los grupos capitalistas que luchan contra la clase obrera. Toda la vida del proletariado, toda la vida industrial en Italia, demuestran de la forma más clara que en nuestro país se la realizado la forma más extrema del desarrollo del gobierno en órgano dirigente y comité de intereses de los capitalistas. Se puede señalar los mismos fenómenos con respecto a los obreros agrícolas. Citaré por ejemplo la huelga de los «**limpiadores**» de los arrozales de la Lomellina. Esta huelga se declaró con la aprobación inmediata del sindicato fascista, pero chocó frente al terror de toda la reacción dirigida contra ella: los huelguistas fueron atacados por la policía y la milicia, es decir, por los órganos del gobierno fascista, y el movimiento fue aplastado sangrientamente. Existen centenares de ejemplos parecidos que dan una imagen de la situación en la cual se encuentra hoy el proletariado italiano. La política sindical fascista permite a los obreros intentar la lucha, pero en cuanto estalla el conflicto entre obreros y patronos, el gobierno interviene con brutalidad para proteger la explotación capitalista.

¿Cuáles son ahora las relaciones entre el fascismo y las clases medias? Toda una serie de hechos prueba que estas se sienten engañadas. Al principio, veían en el fascismo su propio movimiento y el alba de una nueva época histórica. Creían que el período de la dominación de la gran burguesía y de sus jefes políticos había llegado a su fin, y eso sin haber venido todavía la dictadura proletaria, la revolución bolchevique que les había hecho temblar en 1919–20. Creían que la dominación de las clases medias, de aquellos que habían hecho la guerra y conseguido la victoria, estaba a punto de instaurarse; se imaginaban que podían crear una potente organización para tomar la dirección del Estado en sus manos. Querían llevar a cabo una política autónoma para defender sus intereses, una política dirigida a la vez contra la dictadura capitalista y contra la dictadura proletaria. El desmoronamiento de este programa viene confirmado por las medidas del gobierno fascista, que no golpea duramente sólo al proletariado, sino también a estas clases medias que se creían que habían instaurado su propio poder, su propia dictadura, y que incluso se habían dejado arrastrar a manifestaciones en contra del viejo aparato de dominación burguesa que suponían abatido merced a la revolución fascista. Las medidas gubernamentales del fascismo muestran que este se encuentra al servicio de la gran burguesía, del capital industrial, financiero y comercial, y que su poder está dirigido contra los intereses *de todas las demás clases*.

Sus medidas sobre la vivienda, por ejemplo, afectan a todas las clases sin distinción. Durante la guerra, una moratoria imponía a los propietarios de viviendas ciertas limitaciones en el aumento de los alquileres. Los fascistas lo han suprimido. Es cierto que después de haber restablecido una libertad ilimitada en este terreno, se ven ahora obligados a promulgar una nueva ley limitando los derechos de los propietarios de casas. Pero esta ley es puramente demagógica y su fin se limita a apaciguar la cólera suscitada por la primera ley. Hasta ahora, la escasez de viviendas es enorme. Otro tanto se puede decir respecto de la reforma escolar, «**la más fascista de todas las reformas**», como la ha definido Mussolini, la cual ha sido preparada por el célebre filósofo Gentile. Desde el punto de vista técnico, se trata de una reforma que debe ser

tomada en serio. Con el fin de resolver la cuestión sobre bases nuevas, se ha llevado a cabo un trabajo realmente sobresaliente. Pero la tendencia de esta reforma es enteramente aristocrática: hace del todo imposible a los hijos de los obreros, a los que no poseen medios dignos de pequeños–burgueses, recibir una buena instrucción. Sólo las familias que pueden pagar los altos precios de la enseñanza a sus hijos tienen el privilegio de la cultura. Es por esto que la clase media y la pequeña–burguesía han acogido esta reforma con muy mal talante, en particular los maestros y profesores, pues han visto agravarse sus condiciones económicas y cómo son sometidos a una disciplina más estricta.

Otro ejemplo: para reforzar la burocracia, el fascismo ha procedido a una revisión de los sueldos de los funcionarios según el siguiente principio: disminución de los salarios más bajos y aumentos de los de los funcionarios superiores. Esta reforma ha provocado también un resentimiento contra el gobierno fascista en medio del personal subalterno del Estado.

No podemos tratar aquí a fondo la cuestión de los impuestos, pero la fiscalía fascista demuestra claramente el carácter de clase del gobierno. Este último quería equilibrar el presupuesto, pero sin tomar ninguna medida contra los capitalistas: para aumentar los ingresos, solamente ha incrementado las cargas sobre el proletariado, los consumidores, la clase media y la pequeña burguesía.

Una de las principales causas del malestar reside en la forma en que el fascismo ha tratado a la población agrícola, pequeños arrendatarios, etc... Si el fascismo es el enemigo jurado del proletariado industrial, también ha agravado de manera no menos sensible las condiciones de vida de la clase campesina. Los gobiernos precedentes habían tomado ya sus medidas para reglamentar el impuesto sobre la tierra, pero estas no habían sido puestas en práctica. El ministro fascista De Stefani ha llevado a cabo su aplicación de una forma tan draconiana que una importante carga fiscal pesa sobre toda la pequeña propiedad campesina, e incluso sobre las rentas de los pequeños campesinos y trabajadores agrícolas. Esta carga se hace todavía más pesada si le añadimos los impuestos municipales y provinciales que, anteriormente, las administraciones locales socialistas habían reglamentado en un sentido anti–capitalista y favorable a los obreros. Hoy, por el contrario, los impuestos sobre el ganado y las demás tasas hacen más difícil que nunca la vida de los pequeños campesinos. Recientemente, el impuesto sobre el vino ha sido disminuido ligeramente para apaciguar el descontento en los campos. Pero todos estos impuestos continúan representando una terrible carga para la población agrícola.

Voy a citar solamente el ejemplo de un camarada de la delegación italiana que es un pequeño campesino. Para una superficie de 12 hectáreas, de las cuales él es propietario en una parte, arrendando el resto, y que le produce 12.000 liras, debe pagar un impuesto de 1.500 liras, o sea, el 12,5%. ¡Es fácil deducir lo que debe sacar de la tierra para asegurar la existencia de una familia y del personal!

En el Sur se está produciendo un fenómeno que merece ser remarcado. El último año, la vendimia había sido excelente. Los precios bajaron enormemente, y este año el vino se vende a precios muy bajos. Los arrendatarios, que son muy numerosos en esta región, dicen que no sacan ningún beneficio. En efecto, en los sitios donde se practican otros cultivos aparte de la vid, los arrendatarios cuentan con estas otras producciones para cubrir bien o mal sus costes de producción, y es la viticultura la que les permite vivir. Pero con el precio actual del vino, los impuestos y los costes de fabricación del vino, esto no es posible. Los precios de venta son iguales a los costes de producción. El campesino y su familia, no teniendo de qué vivir, se ven obligados a cargarse de deudas, a pedir préstamos a los pequeños burgueses de los pueblos o de los grandes propietarios, y en este último caso, por lo tanto, a hipotecar su tierra. Inmediatamente después de la guerra, la ley prohibió el aumento de los precios de los arriendos. Los fascistas han derogado esta ley, y los precios que los pequeños arrendatarios deben pagar hoy a los terratenientes han aumentado del orden del 100 al 400%. Incluso las cláusulas relativas al reparto de la cosecha entre propietarios y arrendatarios han sido modificadas radicalmente en perjuicio de los últimos. Para vivir, el pequeño propietario se ve obligado a vender una parte de su tierra, o a renunciar a la parcela que había comprado, la mitad al contado y la otra mitad a convenir. Hoy, si no puede pagar pierde inmediatamente ya sea el terreno o el dinero empleado. Se está produciendo una verdadera expropiación de los pequeños propietarios. Después de haber comprado, una vez terminada la guerra, la tierra a precios elevados, no poseen actualmente dinero líquido y se ven obligados a vender la tierra a precios inferiores. Esta auténtica expropiación llevada a cabo por los grandes propietarios es un fenómeno que tiende a generalizarse cada vez más. Todas las medidas del gobierno fascista en este campo han tenido por único resultado agravar las condiciones de vida del proletariado agrícola.

En el pasado, los socialistas condujeron una agitación respecto de la cual no podemos estar plenamente de acuerdo: buscaban la forma de que el gobierno llevase a cabo grandes trabajos de bonificación para emplear a los trabajadores y asalariados agrícolas y combatir el paro aligerando el mercado de trabajo en el campo. El gobierno fascista ha suspendido estos trabajos para establecer de nuevo el equilibrio del presupuesto. Un gran número de trabajadores agrícolas han sido arrojados al mercado de trabajo, la miseria en los campos ha aumentado y las condiciones de vida del proletariado rural se han agravado de igual forma.

El descontento está dirigido directamente contra el gobierno. Los fascistas han hablado mucho del parasitismo de las viejas cooperativas rojas que explotaban al Estado merced a una presión sobre el Parlamento en favor de los trabajos públicos; pero, hoy, ellos hacen exactamente lo mismo. Buscan con sus cooperativas fascistas (ya que casi todo el antiguo aparato socialista ha pasado a sus manos) llevar a cabo una política análoga en interés de la nueva burocracia fascista.

Las condiciones con las cuales el fascismo ha hundido al campesinado son tales que hoy esta clase reconoce en el gobierno una potencia hostil a sus intereses y toma poco a poco una actitud de lucha respecto a él. Se han dado ya casos de revueltas campesinas armadas contra los impuestos y las administraciones municipales fascistas. Este es un hecho sumamente importante que caracteriza muy bien la situación.

Después de estas observaciones acerca de la política social del fascismo, pasaré a analizar otros sectores, y en particular la política fascista en el terreno religioso. Esta constituye un buen ejemplo de su versatilidad teórica. En un principio, para aprovecharse de ciertos estados de ánimo tradicionales entre las capas medias y los intelectuales, el fascismo se dio un programa anti–clerical y combatió al partido popular católico para restarle influencia en el campo. En un segundo período, junto al partido popular, el fascismo se ha convertido en el partido oficial de la religión y del catolicismo.

Es un hecho que destacar desde el punto de vista histórico y teórico. El Vaticano hace una política pro–fascista. Acepta con satisfacción las concesiones que el gobierno fascista le ha hecho mejorando las condiciones de vida del clero y restableciendo la enseñanza religiosa. Mussolini, que en Suiza había editado una biblioteca antirreligiosa (una serie de 5 fascículos demostrando la inexistencia de Dios y recordando las fechorías de los papas, la historia de la mujer elevada al trono pontifical y todas las demás bobadas de las cuales se han servido para ofuscar el cerebro de los trabajadores), Mussolini en persona, invoca hoy al Padre Eterno cada vez que lo cree oportuno y proclama que él gobierna Italia «**en nombre de Dios**».

El oportunismo político del Vaticano oculta un antagonismo fundamental que, por otra parte, se muestra claramente en las relaciones entre los fascistas y los miembros del partido popular (que constituye una especie de democracia cristiana): y este antagonismo es que la idea católica en tanto que tal se opone al fascismo porque este representa una divinización de la patria y de la nación lo que, desde el punto de vista católico, constituye una herejía. El fascismo querría hacer del catolicismo un asunto nacional italiano. Pero la iglesia católica practica una política fundamentalmente internacional, universal, con el fin de extender su influencia política y moral por encima de todas las fronteras. Este contraste extremadamente significativo se ha resuelto momentáneamente mediante un compromiso.

Pasemos ahora brevemente a la política exterior del fascismo. Los fascistas pretenden que antes de su llegada al poder, Italia se encontraba en una situación internacional muy desfavorable que era ignorada por todos, pero desde el momento en que dispone de un gobierno fuerte se la trata de otra manera habiendo cambiado profundamente su situación internacional. Los hechos demuestran que el fascismo no ha podido cambiar nada. Después de haber jugado su carta principal en el célebre episodio de Corfú, Mussolini ha renunciado a las demostraciones de fuerza de este género, y se ha vuelto más razonable, ha sido acogido en las filas de los diplomáticos ortodoxos y se ha guardado muy bien de repetir este primer error en las demás cuestiones. Los grandes periódicos ingleses y franceses escriben que Mussolini es un hombre político muy hábil y que después de la expedición de Corfú, que había sido una chiquillada, se ha vuelto más sabio y más prudente. En realidad, la política internacional de Mussolini es una política de segunda fila, la única que se puede hacer actualmente en Italia, puesto que en la lucha de las grandes potencias mundiales, aquella juega un papel subalterno. En lo referente a las reparaciones y al conflicto franco–alemán, Mussolini ha tomado siempre una actitud intermedia que no ha ejercido ninguna influencia ni en un sentido ni en el otro sobre la relación de fuerzas existente. Su actitud oscilante ha sido acogida con satisfacción tanto por Alemania como por Francia, como por Gran Bretaña.

Es cierto que el fascismo ha podido modificar e incluso trastocar la relación de fuerzas en el interior de Italia. Pero no ha podido hacer lo mismo a escala internacional, porque no tiene ninguna influencia sobre las relaciones entre los Estados. En ausencia de sus presuposiciones históricas y sociales, no se puede hablar seriamente hoy de un imperialismo italiano.

Estos hechos ponen en evidencia la extremada modestia a la cual se ve obligado Mussolini en su política exterior. La cuestión de Fiume ha sido resuelta mediante un compromiso con Yugoslavia que ha venido a sustituir a las amenazas de guerra contra ella. Una vez más, el nacionalismo imperialista ha debido ceder ante la realidad internacional. El hecho de que Mussolini haya debido reconocer también a la Rusia soviética, demuestra que la toma del poder por el fascismo le ha permitido practicar una política de extrema–derecha en Italia, pero no el extenderla a escala internacional.

¿Qué impresión ha causado este reconocimiento en el proletariado italiano? Este último tiene una educación revolucionaria bastante buena y no se ha dejado impresionar por la campaña de prensa fascista que, después de haber lanzado toda clase de calumnias contra los bolcheviques, y todas las fábulas que corren acerca de Rusia, se ha puesto de golpe a escribir todo lo contrario, es decir, que no se trata de una revolución comunista, que el bolchevismo ha sido liquidado y que Rusia es un país burgués como cualquier otro, que entre Rusia e Italia existen intereses comunes, que Rusia y la Italia fascista pueden colaborar perfectamente. El fascismo ha intentado incluso acreditar esta tesis grosera: estamos en presencia de dos revoluciones, de dos dictaduras, de dos ejemplos del mismo método político de eliminación de la democracia, lo que de forma natural debe conducir a acciones paralelas. Pero esta explicación no ha suscitado más que hilaridad. No sabiendo evitar una evolución desfavorable del comercio exterior, los capitalistas italianos tenían interés en entrar en contacto con Rusia para encontrar nuevos mercados.

El proletariado italiano ha visto en todo esto una muestra de la debilidad del fascismo, no de la Rusia soviética. Estoy por lo tanto obligado a poner de manifiesto que la justa interpretación política de este hecho internacional de primera importancia por parte del proletariado italiano se ha visto turbada por un incidente desagradable; algunos camaradas rusos han hecho declaraciones que iban muy lejos en la explicación de este acto político, declaraciones de amistad hacia Italia que podían ser interpretadas en favor de la Italia *oficial* y del gran «**duce**» Mussolini, lo que debía provocar necesariamente cierto malestar en el proletariado perseguido por los fascistas. Sin este paso en falso, lo demás habría sido perfectamente comprendido por el proletariado revolucionario de Italia.

Pasemos ahora a las relaciones entre el aparato del partido fascista y el aparato del Estado bajo el nuevo gobierno. Estas relaciones han originado problemas muy arduos, los cuales han provocado una grave crisis y fricciones continuas en las mismas filas fascistas. La vida interna de las organizaciones fascistas ha sido desde el principio muy agitada. Se trata de una organización muy vasta, que engloba a 700.000 adherentes y en la cual los conflictos son naturalmente inevitables. Pero la aspereza y la violencia de las contradicciones internas del movimiento fascista en Italia son excepcionales. Al principio, el problema de las relaciones entre partido y Estado fue resuelto de una forma muy defectuosa, aumentando las autoridades estáticas por medio de comisarios políticos sacados de las filas del partido y ejerciendo cierta influencia sobre los funcionarios, es decir, disponiendo de un poder real. Esto provocó fricciones que obligaron a hacer una revisión de este método de organización y a devolver sus antiguos derechos al aparato del Estado eliminando los comisarios fascistas. Pero la crisis no se ha superado más que con dificultad y no está definitivamente resuelta porque dos corrientes se han formado en el movimiento fascista. Una tiende a la revisión del fascismo extremista, quiere volver a la legalidad y declara: tenemos el poder y a nuestro gran jefe político Mussolini, podemos por lo tanto gobernar

empleando los medios normales y legales; todo el aparato del Estado está a nuestra disposición, nosotros formamos el gobierno, nuestro duce goza de la confianza de todos los partidos, por lo tanto el partido no tiene ya necesidad de inmiscuirse directamente en las cuestiones administrativas. Esta corriente querría renunciar a la lucha violenta, a los medios ilegales y volver *a las relaciones normales*. Busca atraerse hacia sí a Mussolini aislándose de los elementos fascistas extremistas. Estos últimos se reclutan entre los jefes locales y se les designa con el término abisinio de «**ras**». Los «**ras**» son para la dictadura local tropas de ocupación fascistas en toda Italia, e incluso para empezar una «**segunda**» oleada de terror contra los oponentes. Uno de sus representantes característicos es el diputado Farinacci, el cual ha propuesto recientemente la pena de muerte para los anti–fascistas. En medio de estos dos extremos, es decir entre la tendencia que dice que si Mussolini reconoce que la revolución no está todavía terminada, es necesario completarla, es necesario ordenar «**cinco minutos de fuego**» para *aniquilar* definitivamente a todos los enemigos del fascismo y a ciertos oponentes e incluso hasta a los reformistas como ciertos dirigentes de la CGT; Mussolini ha mantenido hasta entonces un equilibrio haciendo hábiles concesiones tanto a unos como a otros. Ha devuelto a los funcionarios sus antiguos derechos pero no pretende renunciar a las organizaciones independientes del Estado que son la fuerza del fascismo y que le permiten defenderse de los ataques revolucionarios.

El fascismo no ha disuelto el parlamento. La antigua Cámara ha otorgado en repetidas ocasiones su confianza a Mussolini, le ha concedido plenos poderes y todo lo que pidiese aparte de esto. Pero el fascismo ha querido modificar el derecho electoral. En Italia, las elecciones se hacían de manera proporcional. El fascismo quería asegurarse la mayoría. A mi entender esto habría sido posible incluso con el antiguo sistema. Aunque hubiese seguido el sistema proporcional, el fascismo habría obtenido lo mismo que hoy. Con la nueva ley electoral, la lista que reúna mayoría de voto y obtenga el 25% de los mismos tiene derecho a las dos terceras partes de los escaños en el nuevo parlamento. Esto significa que un cuarto de los votos efectivos es suficiente para ocupar las dos terceras parte de los escaños, con la condición, naturalmente, de que ninguna otra lista obtenga el 26 o el 27 por ciento de los votos. La lista mayoritaria comprende 375 nombres. En realidad, estos diputados han sido elegidos por Mussolini, puesto que se daba por hecho que reuniría más del 25% de los votos. Las candidaturas dieron lugar a una verdadera y apasionada batalla en el seno del partido fascista. Alrededor de 10.000 «**ras**» fascistas tenían la ambición de ser uno de los 375 elegidos, pero no se pudo reservar a los fascistas todas las candidaturas de la lista.

En las elecciones, el fascismo ha aplicado una doble táctica. En el Norte, donde las organizaciones fascistas son muy fuertes, todo compromiso ha sido rechazado y sólo se han presentado los candidatos fascistas. En el Sur, donde su organización es mucho más débil, el fascismo se ha visto obligado a firmar un compromiso con ciertas personalidades políticas del anterior régimen y se les ha dado un puesto importante en la lista nacional. Así, los candidatos fueron, en parte, hombres hasta entonces desconocidos salidos de las filas del partido fascista y, por otra parte, personalidades políticas tradicionales.

Durante las elecciones, el terror fascista no ha llegado hasta el extremo de impedir a la oposición el ejercer su derecho de voto. El gobierno ha maniobrado con cierta habilidad porque sabía que impidiendo votar a la oposición, habría desprovisto a las elecciones de todo sentido político. Se ha limitado por tanto a influenciar los resultados a su favor. Mussolini dice ahora: «**Las elecciones han tenido lugar; la inmensa mayoría nos ha votado; este consenso de la inmensa mayoría legaliza nuestro poder; no se puede hablar de la dominación de una minoría**». Para juzgar los resultados de las elecciones, es preciso distinguir netamente entre el Norte y el Sur. En el Norte el fascismo está sólidamente organizado sobre todo en los campos, pero también en las ciudades industriales. Por lo tanto podía vigilar a sus electores y controlar si los miembros del partido obedecían fielmente las órdenes, es decir, suprimir completamente el voto secreto. Los fascistas han combatido sin piedad a sus adversarios, pero en definitiva, han tenido que dejarles votar, ya que aquellos confiaban en su fuerza. En el Norte los fascistas han obtenido nada más que una mayoría débil que casi no sobrepasa el 50%...; en algunas ciudades como Milán, es de sobra conocido que la lista fascista ha conseguido menos votos que la lista de la oposición.

En el Sur, por el contrario, la lista fascista ha conseguido una inmensa mayoría. El número total de los votos en toda Italia ha sido de 7,3 millones, de los cuales 4,7 han sido para los fascistas, es decir, la mitad más casi 1 millón. Esta enorme mayoría se ha conseguido gracias al Sur, allí donde el fascismo no podía contar con organizaciones sólidas. Este es el aspecto más curioso del asunto.

Con la excepción de algunos distritos que han conocido conflictos agrarios comparables a los del Valle del Po, el Sur no ha conocido nunca un verdadero movimiento fascista. Allí, el fascismo se ha implantado de la siguiente forma: después de su llegada al poder, las camarillas burguesas locales han creído conveniente adherirse al partido para conservar el aparato administrativo en sus manos y continuar explotándolo. Desde las elecciones, los representantes de las listas de la oposición han sido perseguidos, las escuadras fascistas han sido organizadas y se les ha entregado certificados electorales puestos a la disposición de las administraciones comunales, y cada miembro de estas escuadras ha votado 30, 40 y hasta 50 veces. Habiéndose dado estas circunstancias, Mussolini se ha visto obligado a hacer esa afirmación extraordinaria: el Sur de Italia ha salvado a la patria, el Sur dispone de las fuerzas más aguerridas en la lucha contra la democracia revolucionaria, el Sur no se ha dejado arrastrar por la vía fatal de 1919–20, etc... Ha revisado completamente su interpretación política precedente, la cual reconocía en el Norte la parte más avanzada y civilizada del país y el sostén más sólido del Estado. En estos últimos discursos, ha vuelto, por cierto, a esta vieja teoría olvidando poner sus palabras de acuerdo con los resultados estadísticos oficiales de las elecciones. En el Sur, el fascismo es extremadamente débil; se puede incluso decir que en el asunto Matteotti, el Sur se ha pronunciado unánimemente contra el gobierno. Ese hecho importante demuestra los medios artificiales con los cuales el fascismo se mantiene en el poder.

Estudiemos ahora a los demás partidos que han participado en las elecciones. Antes de pasar a los partidos pro–fascistas quiero mencionar al partido nacionalista, que hoy se confunde oficialmente con el partido fascista. El partido nacionalista existía mucho antes de que se empezase a hablar de fascismo; ha ejercido una gran influencia en el desarrollo de

este último y es él quien le ha suministrado el miserable bagaje teórico que posee. El ala derecha de los liberales, dirigida por Salandra, se ha unido totalmente al fascismo; sus miembros han sido candidatos en la lista fascista; otras personalidades y grupos «**liberales**», que no se han presentado en las listas fascistas, han presentado, de forma paralela a éstas, listas puramente fascistas, con el fin de arrancar en lo posible algún que otro escaño de los que están reservados a la minoría. Junto a las listas oficiales y a estas listas paralelas hay listas liberales apoyadas oficiosamente por el gobierno y otros, caso de Giolitti, que no eran abiertamente antifascistas, a los que el gobierno ha dejado conquistar algunos escaños absteniéndose de combatirlos.

En lo que respecta a la oposición, es preciso señalar la derrota de los partidos parlamentarios entre los cuales se había dividido tradicionalmente la «**democracia**», y que en el pasado tuvieron un buen número de diputados. Bonomi (social–reformista de extrema derecha) no ha sido reelegido. Di Cesare y Amendola no se han salvado nada más que con un pequeño grupo de adherentes después de la lucha encarnizada que el gobierno ha dirigido contra ellos, y sobre todo contra el segundo. Incluso el Partido Popular ha sufrido una grave derrota. En la antigua Cámara, había llegado a participar en el gobierno fascista; su actitud siempre ha sido equivocada, y ha roto abiertamente con Mussolini nada más que luchando contra la nueva ley electoral; Mussolini se ha desembarazado por esto de los Ministros «**populares**». La crisis que ha seguido a esto ha obligado al jefe del partido, Don Sturzo, a dimitir oficialmente de su cargo, pero continúa dirigiendo la política del partido. Esto ha provocado una escisión. Un grupo de populares nacionales se ha destacado del partido y se ha pronunciado a favor de la lista de los fascistas. La gran masa del partido permanece fiel a Don Sturzo. La extrema izquierda dirigida por Migliori se ha separado también, desarrollando en el campo una agitación que de vez en cuando se aproximaba a la de las organizaciones revolucionarias. En el seno del partido, la influencia de los grandes propietarios agrarios ha conseguido la preponderancia bajo la forma del centro conciliador de Don Sturzo. Pero el Movimiento popular ha recibido golpes duros.

Otro pequeño partido digno de tenerse en cuenta ha participado en las elecciones: es el Partido Campesino que ha presentado sus propias listas en dos o tres circunscripciones. Este partido está compuesto de pequeños campesinos insatisfechos que no queriendo confiar la representación de sus intereses a ninguno de los partidos existentes, han preferido formar un partido autónomo. Puede que este movimiento tenga futuro. Puede ser llamado a alcanzar una importancia nacional. El pequeño partido republicano al cual es necesario considerar en parte como un partido proletario con una actitud más bien confusa, pero que lleva a cabo una oposición bastante enérgica contra el movimiento fascista, ha conquistado dos nuevos escaños en el parlamento puesto que posee siete diputados en la nueva Cámara contra cinco que tenía en la antigua.

Es preciso considerar ahora a estos tres partidos que han salido del viejo Partido Socialista tradicional: el Partido Socialista Unitario, el Partido Socialista Maximalista y el Partido Comunista. Se sabe que antes de su escisión, estos partidos sumaban conjuntamente 150 escaños. Hoy los unitarios (reformistas) poseen 24, los maximalistas 22 y los comunistas 19. Los comunistas han presentado una lista común con la Fracción «**Terzinternacionalista**» del Partido Maximalista, bajo el lema de la unidad proletaria. Se puede decir que el Partido Comunista es el único de todos los partidos de oposición que no solamente ha vuelto al parlamento con sus fuerzas intactas, sino que ha conquistado nuevos escaños. En 1921 tenía 15, hoy 19. Es cierto que uno ha sido anulado y que es posible que nos quedemos en 18, pero aun así sigue siendo significativo.

Fuera de las pequeñas listas de los irredentistas alemanes y eslavos anexionados a Italia, hay un partido nacido hace algunos años en Cerdeña que reivindica, si no la separación completa de Italia, al menos una gran autonomía regional. Se trata de un movimiento enfocado a la descentralización del Estado, en un relanzamiento de los lazos entre Cerdeña e Italia, y puede generar movimientos análogos en otras regiones en las que la situación es aún peor. Parece que este es ya el caso de Basilicata. El movimiento tiene ciertas relaciones con el movimiento puramente intelectual de Turín que publica la revista *Revolución Liberal*, que defiende las tesis del liberalismo y en parte del federalismo. Estos grupos se oponen enérgicamente al fascismo, que ha conseguido cierto número de simpatizantes entre los intelectuales. Como se puede ver, la oposición está dividida en gran cantidad de pequeños grupos.

Es necesario igualmente citar a ciertas corrientes políticas que no han participado en las elecciones. Este es el caso del movimiento dirigido por D'Annunzio y que espera una señal de su jefe para entrar en acción. Pero la actitud de D'Annunzio ha sido demasiado contradictoria de un tiempo a esta parte, y de momento guarda silencio. Su movimiento tiene su origen en el movimiento de las clases medias y los combatientes que no querían someterse a la movilización oficial de la gran burguesía y que, habiendo visto que el fascismo renegaba de su programa para orientarse en un sentido plenamente conservador, se han mantenido distanciados. También hay que citar el movimiento de la «**Italia Libre**», es decir, de oposición anti–fascista en el seno de las organizaciones de ex–combatientes en las cuales su influencia tiende a crecer de manera palpable. Otro movimiento anti–fascista que se dedica a una gran actividad es la masonería. Las logias masónicas han atravesado una grave crisis de cara al fascismo. Se ha producido incluso una escisión, pero sin ninguna importancia: se trataba de aislar del movimiento masónico a un pequeño grupo de oposición que se había declarado pro–fascista.

Los fascistas han llevado a cabo una campaña contra la masonería. En tanto que fascista, Mussolini ha hecho aprobar la misma decisión respecto a la masonería y la de 1914 cuando él era socialista: la ha declarado incompatible con su movimiento. La masonería no ha dejado de responder enérgicamente a estos ataques. Ha llevado a cabo en el extranjero, en los medios burgueses, una tarea notable de clarificación contra el fascismo mediante su propaganda contra el terror que este ejerce. En Italia ha hecho también lo mismo, entre la pequeña burguesía y entre los intelectuales, donde los masones son muy influyentes y este trabajo tiene cierta importancia.

El movimiento anarquista no juega hoy un papel importante dentro de la política italiana. Como se ve, las diversas corrientes de oposición a la potente mayoría fascista forman un cuadro muy complicado.

Esta oposición tiene cierta fuerza en la prensa pero ¿qué representa esto sobre el campo de la organización política y militar, es decir, en lo que concierne a la posibilidad práctica de un ataque contra el fascismo en un futuro previsible? Sobre este campo, no representa casi nada. Algunos grupos, como los republicanos y los masones, quieren hacer creer que poseen una

organización antifascista ilegal, pero no es preciso tomar esas apreciaciones en serio. Lo único serio es la fuerte corriente de oposición en la opinión y en la prensa. La oposición burguesa dispone de una prensa muy importante y algunos periódicos de gran tirada toman una actitud de hostilidad, cuando no de oposición abierta al fascismo. El «**Corriere della Sera**» de Milán y la «**Stampa**» de Turín influencian la opinión –sobre todo entre la burguesía media– en el sentido de una oposición tenaz aunque discreta. Todo esto prueba que el descontento contra el fascismo se ha acrecentado después de su toma del poder.

Aunque sea difícil definir y clasificar a los diversos grupos de oposición, se puede trazar una línea divisoria muy clara entre el estado de ánimo del proletariado y el de la clase media.

El proletariado es anti–fascista por conciencia de clase. Ve en la lucha contra el fascismo una gran batalla destinada a invertir radicalmente la situación y a reemplazar la dictadura del fascismo por la dictadura revolucionaria. El proletariado quiere su revancha, no en el sentido banal y sentimental de la palabra, sino en el sentido histórico. El proletariado revolucionario comprende instintivamente que contra el reforzamiento y predominio de la reacción, es necesario responder con una contraofensiva de las fuerzas de oposición; siente que el actual estado de cosas no podrá cambiarse radicalmente nada más que con un nuevo período de duras luchas y, en caso de victoria, con la ayuda de la dictadura proletaria. Espera ese momento para devolver al enemigo de clase, con una energía duplicada con la experiencia pasada, los golpes que le propina hoy.

El antifascismo de las clases medias tiene un carácter menos activo. Se trata, es verdad, de una fuerte y sincera oposición, pero esto no impide que esta oposición esté basada sobre una orientación pacifista: se quiere de todo corazón restablecer en Italia una vida política normal, con plena libertad de opinión y de discusión... pero sin porrazos y sin empleo de la violencia. Todo debe volver a la normalidad, los fascistas tanto como los comunistas deben tener el derecho de profesar sus convicciones.

Tal es la ilusión de las capas medias que aspiran a un cierto equilibrio de fuerzas y a la libertad democrática.

Entre estos dos estados de ánimo que nacen del descontento suscitado por el fascismo, es necesario hacer una distinción clara, pues el segundo presenta para nuestra acción dificultades que no conviene subestimar.

Incluso la burguesía mantiene hoy sus dudas acerca del movimiento fascista, preocupaciones de las cuales los dos últimos periódicos antes citados son hasta cierto punto portavoces.

Estos se preguntan: ¿Se trata del método justo? ¿No es exagerado? En nuestro interés de clase hemos creado cierto aparato que debe responder a ciertas exigencias. ¿Pero no va a rebasar las funciones que le atribuimos y los fines que le fijamos? ¿No se verá obligado a hacer algo que no sea bueno? Las capas más inteligentes de la burguesía italiana se muestran partidarias de una revisión del fascismo y de la opresión reaccionaria que hace caer sobre la sociedad, por temor a que ésta estalle en una explosión revolucionaria. Naturalmente, es en el estricto interés de la burguesía por lo que estas capas de la clase dominante llevan a cabo en la prensa una campaña contra el fascismo para llevarlo sobre el terreno de la legalidad, para hacer de él un arma más flexible y más dócil para explotar a la clase obrera. Expresando su entusiasmo por los resultados obtenidos por el fascismo, para el restablecimiento del orden burgués y la salvaguarda de sus fundamentos, la propiedad privada, estas capas son favorables a una hábil política de concesiones aparentes al proletariado. Este estado de ánimo es de suma importancia.

Por ejemplo, el senador Agnelli, director de la principal firma automovilística italiana y capitalista más activo del país, es un liberal. Pero cuando, como les ha ocurrido a varios de nuestros camaradas, se subestima este hecho, se tropieza con la resistencia de los obreros de FIAT que afirman que en su empresa reina exactamente la misma reacción que en las fábricas dirigidas por capitalistas que pertenecen personalmente al partido fascista. Agnelli es un magnate inteligente, y sabe que es peligroso provocar a las masas obreras; recuerda los malos ratos por los que pasó cuando los obreros ocuparon sus fábricas e izaron la bandera roja en ellas; es por esto que da al fascismo consejos benévolos para que conduzca la lucha contra el proletariado de la forma más hábil. Evidentemente el fascismo no es sordo a tales consejos.

Antes del asunto Matteotti, el fascismo se orientaba hacia la izquierda. En la víspera del asesinato de Matteotti, Mussolini había pronunciado un discurso en el cual, dirigiéndose a la oposición, decía: «**formáis la nueva Cámara. No teníamos ganas de elecciones; hubiésemos podido ejercer dictatorialmente el poder, pero nos hemos querido dirigir al pueblo, y debéis reconocer que hoy, el pueblo ha respondido dándonos su adhesión plena y entera, y una mayoría aplastante**». Fue precisamente Matteotti quien le contestó declarando que desde el punto de vista democrático y constitucional, el fascismo había sufrido una derrota, que el gobierno estaba en minoría y que su mayoría era artificial y tramposa. El fascismo naturalmente no reconoció este hecho. Mussolini replicó: «**Sobre la base de las cifras oficiales, tenemos la mayoría. Me dirijo a la oposición. Se puede estar en la oposición de dos maneras. En primer lugar, como los comunistas; sobre estos señores no tengo nada que decir. Son completamente lógicos. Su fin es el de abatirnos un día mediante la violencia revolucionaria e instaurar la dictadura del proletariado. Nosotros les respondemos: no cederemos nada más que a una fuerza superior. ¿Queréis arriesgaros a luchar contra nosotros? ¡Muy bien! A los otros grupos de oposición les decimos: vuestro programa no admite el empleo de la violencia revolucionaria; si no preparáis ninguna insurrección contra nosotros, ¿qué buscáis entonces? ¿Cómo pensáis alcanzar el poder? La duración legal de la legislación presente es de cinco años. Otras nuevas elecciones nos ofrecerían el mismo resultado. Lo mejor es, por lo tanto, llegar a un acuerdo con nosotros. Puede ser que en un cierto límite nos hayamos excedido y exagerado. Hemos usado métodos ilegales los cuales me he esforzado en reprimir. Os invito a la colaboración. Hechas estas proposiciones os toca a vosotros exponer vuestra opinión. Encontraremos un término medio**». Esto es una llamada a la colaboración con todos los grupos de la oposición no revolucionarios. Sólo los comunistas habían sido excluidos en las ofertas de Mussolini. Por otra parte, este ha declarado que un entendimiento con la CGL sería posible porque no se coloca sobre el terreno de la

demagógica teoría de la revolución, porque el bolchevismo había sido liquidado, etc...

Las cosas estaban así. Esta actitud muestra la fuerza que la oposición antifascista había adquirido. El gobierno se veía obligado a dar un giro hacia la izquierda. Es entonces cuando explotó la bomba. El asunto Matteotti ha cambiado completamente la situación en Italia. Un buen día el diputado reformista Matteotti desaparecía. Su familia esperó en vano su regreso durante dos días, transcurridos los cuales se dirigieron a la policía. Esta pretendía no saber nada. Después de la publicación de la noticia por los periódicos, algunos testigos oculares declararon que vieron a cinco individuos atacar a Matteotti en plena calle, introducirlo a la fuerza en un automóvil y arrancar enseguida a toda velocidad. Una gran agitación se apoderó de la opinión pública. ¿Puede ser que Matteotti hubiese sido retenido como prisionero? ¿Es posible que se tratase de una vuelta al terror individual y a la política de la porra? ¿Puede ser que se tratase solamente de obligarlo a firmar una declaración? ¿Se trataba de esto o de algo peor? ¿De un asesinato quizás?

Requerido para responder, Mussolini responde inmediatamente en nombre del gobierno que buscará a los culpables. Se produjeron algunos arrestos, pero no se tardó mucho en averiguar que Matteotti había sido asesinado por una banda de fascistas que estaban relacionados con la organización terrorista del partido. Los fascistas tomaron entonces la siguiente posición: se trata de un acto, que nos aflige, de la corriente ilegal que combatimos y contra la cual Mussolini se ha dirigido siempre. Es un acto individual, un delito de derecho común. Castigaremos a los culpables. Pero la opinión no se contentó con estos apaciguamientos. Toda la prensa se apresuró a demostrar que la iniciativa del crimen no había podido ser puramente personal, que los asesinos formaban en realidad parte de una liga secreta, de una especie de banda negra que ya había cometido en otras ocasiones delitos análogos, que habían quedado impunes porque no habían tenido el mismo eco que el asesinato de Matteotti. Un crecido número de personas fueron acusadas y personalidades del régimen fueron atacadas. Se puede probar que el automóvil en cuestión había sido suministrado por un órgano fascista extremista, el «**Correo Italiano**». Se acusó a un miembro del directorio de los cuatro, Cesare Rossi, y al subsecretario de Estado para el Interior, Aldo Finzi. Numerosas personalidades fascistas fueron arrestadas.

Los antifascistas llevaron a cabo una violenta campaña de prensa. Preguntaban por el responsable del asesinato. Porque si bien el cadáver no había sido aún descubierto, no había duda alguna de que se trataba de un asesinato.

¿Era un delito debido al fanatismo político o una venganza por el discurso pronunciado por Matteotti contra el fascismo en el Parlamento? ¿Se trataba solamente de un error de interpretación de las órdenes dadas? A mi modo de ver, esta hipótesis no está del todo excluida. Puede que se hubiese decidido mantener prisionero a Matteotti durante algunos días, pero debido a su resistencia, los bandidos que le habían secuestrado le han asesinado. ¿Se trata por el contrario de algo todavía más sospechoso? Se dice que Matteotti poseía ciertos documentos relacionados con la corrupción personal de toda una serie de miembros del gobierno fascista y que quería publicarlo. ¿Pueden haber querido eliminarlo por esta razón? Sin embargo, esta hipótesis no parece muy probable. Matteotti no habría cometido la imprudencia de llevar consigo tales documentos, y en el supuesto de que lo hubiese hecho habría sacado copias de ellos. No obstante, durante la campaña de prensa había afirmado que el ministerio del interior se había convertido en local de negocios en el cual los capitalistas italianos y extranjeros podían comprar algunas concesiones del gobierno. Se ha hablado de enormes sumas ingresadas en las cajas de altos funcionarios, por ejemplo, en el asunto Sinclair, o sea, referente al acuerdo concediendo a una firma extranjera el monopolio del petróleo en Italia. Se ha dicho también que el Casino de Montecarlo había soltado una enorme suma para obtener la promulgación de la ley limitando el número de autorizaciones de apertura de casas de juego en Italia. Después de tales rumores, Finzi ha sido obligado por los fascistas a dimitir inmediatamente. La pregunta sigue en pie: ¿se trata de un delito político en el sentido estricto, o de un delito provocado por la necesidad de mantener en silencio a los testigos de la corrupción moral del gobierno fascista? Sea lo que sea, la actitud de la oposición burguesa y la de la oposición comunista de cara a estas dos posibilidades son del todo diferentes.

¿Qué dice la oposición burguesa? Para ella no se trata nada más que de una cuestión judicial. Reclama al gobierno el castigo a los culpables. Su punto de vista es que el gobierno no puede limitarse a establecer quiénes son los asesinos, que la justicia debe resplandecer en cualquier asunto, que incluso las más altas personalidades, incluidos los miembros del gobierno implicados en el suceso, deben ser llamados a responder de sus actos. Por ejemplo, después del descubrimiento de ciertas responsabilidades, el jefe superior de policía, el general De Bono, ha sido acusado y forzado a dimitir. Esto muestra hasta qué grado llegan las responsabilidades de la jerarquía fascista. De Bono, a pesar de todo, sigue siendo uno de los principales dirigentes de la milicia nacional. La oposición burguesa considera todo este asunto como un asunto judicial, una cuestión de moral política, de restablecimiento de la calma y de la paz social en el país. Considera que es necesario acabar con el terror y la violencia.

Para nosotros, comunistas, se trata por el contrario de una cuestión política e histórica, de una cuestión de lucha de clase, de una consecuencia extrema, pero necesaria, de la ofensiva capitalista para la defensa de la burguesía italiana. Las responsabilidades de tales horrores caen de lleno sobre el partido fascista, sobre todo el gobierno y sobre toda la clase burguesa de Italia y su régimen. Es necesario declarar abiertamente que sólo la acción revolucionaria del proletariado puede liquidar una situación semejante. Una situación que presenta tales síntomas no puede ser saneada mediante simples medidas judiciales, por el restablecimiento de la ley y el orden deseado por los filisteos. Para llevar a cabo un saneamiento así, es preciso destruir urgentemente el orden establecido, es preciso proceder urgentemente a una transformación completa que sólo el proletariado puede llevar a cabo. Al principio, los comunistas se han sumado a las protestas de la oposición parlamentaria de la Cámara. Pero rápidamente ha sido necesario trazar una línea divisoria entre esta oposición y nosotros, y los comunistas no han participado más en las declaraciones posteriores de los demás partidos.

Incluso los maximalistas están representados en el comité de oposición parlamentaria. A este particular debemos señalar un hecho muy significativo. Para protestar contra el asesinato de Matteotti el Partido Comunista había propuesto inmediatamente una huelga general en toda Italia. En numerosas ciudades estallaron huelgas espontáneas, por lo que esta propuesta comunista era de lo más serio y concreto. Con la

aprobación de los maximalistas, los demás partidos han propuesto al contrario como única acción de protesta en honor a Matteotti una huelga de diez minutos. Desgraciadamente para los reformistas, los maximalistas, la CGL y los demás grupos de oposición, la Confederación de Industriales y los sindicatos fascistas han aceptado inmediatamente esta proposición y han participado oficialmente en la protesta, la cual por este hecho, ha perdido naturalmente todo el sentido como acción de clase.

Está hoy muy claro que sólo los comunistas han hecho una proposición que hubiese permitido al proletariado intervenir de forma decisiva en los acontecimientos.

¿Qué perspectiva le ofrece la actual situación al gobierno Mussolini? Antes de los últimos sucesos estábamos obligados a confesar que, a pesar de todos los signos que testificaban el descontento creciente suscitado por el fascismo, la organización militar y estatal de este último era lo suficientemente potente como para que ninguna fuerza pudiese trabajar prácticamente para abatirlo en un futuro próximo. El descontento ha ido creciendo, pero sí está todavía lejos de la crisis. Los hechos recientes muestran claramente cómo pequeñas causas pueden tener grandes efectos. El asesinato de Matteotti ha acelerado de manera extraordinaria el desarrollo de la situación, aunque de forma evidente, las premisas de este desarrollo existían ya en potencia en las condiciones sociales. El ritmo de la crisis fascista se ha acelerado de manera muy fuerte, el gobierno fascista ha sufrido, desde el punto de vista moral, psicológico y, en cierta forma, también político, una derrota dañina. Esta derrota no ha repercutido todavía en el campo de la organización política, militar y administrativa, pero está claro que constituye el primer paso hacia el desenlace ulterior de la crisis y hacia la lucha por el poder. El gobierno ha debido hacer concesiones notables, tales como el abandono de la cartera de Interior por parte del viejo jefe nacionalista, convertido en fascista, Federzoni. Ha tenido que hacer también otras concesiones, pero no por esto deja de detentar el poder. En sus discursos en el Senado, Mussolini ha dicho abiertamente que se mantendrá en su puesto y se servirá de todos los medios gubernamentales de que disponga contra todos aquellos que lo ataquen.

Según las últimas noticias, la ola de indignación en la opinión pública no ha remitido todavía. Pero la situación objetiva se ha vuelto más estable. La milicia nacional, que había sido movilizada dos días después del asesinato de Matteotti, acaba de ser desmovilizada y sus miembros han vuelto a sus ocupaciones habituales. Esto significa que el gobierno considera que todo peligro inmediato ha pasado. Pero está claro que los acontecimientos importantes se producirán mucho más rápido de lo que nosotros preveíamos antes del asunto Matteotti. Y está claro que la posición del fascismo será mucho más difícil en el futuro y que la posibilidad práctica de acciones contra el fascismo es hoy diferente de lo que era antes de los hechos ocurridos.

¿Cómo debemos comportarnos ante esta nueva situación que se ha abierto inesperadamente? Expondré esquemáticamente mi posición.

El PC debe remarcar el papel *independiente* que la situación en Italia le asigna y lanzar la consigna siguiente: liquidación de los grupos de oposición antifascista existentes y sustituirlos por la acción directa y abierta del movimiento comunista. Vivimos hoy hechos que colocan al PC en la primera fila del interés público. Después de la toma del poder por los fascistas, nuestros camaradas han sido arrestados en masa durante cierto tiempo. El fascismo se jacta de haber aniquilado las fuerzas comunistas y bolcheviques, de haber liquidado por completo el movimiento revolucionario, pero después de algún tiempo, y sobre todo después de las elecciones, el partido da señales de vida tan evidentes que no se puede creer semejantes afirmaciones. En todos sus discursos Mussolini se ve obligado a citar a los comunistas. En su polémica acerca del caso Matteotti, la prensa fascista debe defenderse diariamente y tomar posiciones contra los comunistas.

Esto atrae todas las miradas sobre nuestro partido y sobre la función particular e independiente que le incumbe de cara a todos los demás grupos de oposición a los que une un estrecho parentesco. La posición particular que nuestro partido ha tomado, traza una línea divisoria clara entre él y los demás grupos. Por otra parte, gracias a las experiencias de la lucha de clases en Italia durante y después de la guerra y a las crueles decepciones que ha producido, la necesidad de una liquidación completa de todas las corrientes socialdemócratas, desde la izquierda burguesa hasta la derecha proletaria, está sólidamente arraigada en la conciencia del proletariado italiano. Todas esas corrientes han tenido la posibilidad práctica de actuar y de afirmarse. La experiencia ha demostrado que todas son insuficientes e incapaces. La vanguardia del proletariado revolucionario, el Partido Comunista, es la única que no ha cedido nunca.

Pero para poder hacer una política independiente en Italia, es absolutamente necesario que no exista ningún derrotismo en el seno del mismo partido. No es necesario volver a contar a los proletarios italianos que tienen confianza en el partido y en sus esfuerzos que las tentativas de acción hechas hasta ahora por los comunistas no han sido nada más que fracasos que han terminado ruinosamente. Si mostramos en los hechos que el Partido Comunista sabe organizar la lucha y aplicar una táctica autónoma; si mostramos en los hechos que el partido es el único partido de oposición aún vivo; si sabemos dar la consigna apta para indicar una vía practicable de cara al ataque, lograremos exitosamente nuestro objetivo, que es liquidar los grupos de oposición, y en primer lugar a los socialistas y a los maximalistas. A mi modo de ver, es en este sentido en el que debemos aprovechar la situación.

Nuestro trabajo en este sentido no debe limitarse a la polémica. Debemos hacer un trabajo práctico para conquistar a las masas. El fin de este trabajo es reagrupar unitariamente a las masas para la acción revolucionaria, realizar el frente único del proletariado de las ciudades y de los campos bajo la dirección del Partido Comunista. Es solamente realizando este reagrupamiento unitario como habremos realizado la condición que nos permitirá afrontar la lucha directa contra el fascismo. Es un gran trabajo que puede y debe ser realizado manteniendo la independencia del partido.

Es posible que después del caso Matteotti el fascismo desencadene una segunda ola de terror contra la oposición. Pero esto no será nada más que un episodio dentro del desarrollo de la situación. Es posible que asistamos a una retirada de la oposición, a una disminución de la expresión pública del descontento, a causa de esta nueva ola de terror. Pero a la larga la oposición y el descontento volverán a crecer. El fascismo no puede mantener el poder ejerciendo durante mucho tiempo una presión continua. Existe también otra posibilidad: el reagrupamiento de todas las masas obreras bajo iniciativa del Partido Comunista que daría la consigna de reconstruir los sindicatos rojos. En un mañana podrá ser posible comenzar ese

trabajo.

Los oportunistas no osan llevar a cabo tal acción. Hay en Italia ciudades donde se podrá invitar con éxito seguro a los obreros a entrar en los sindicatos rojos. Pero esto sería la señal de comenzar la lucha, porque sería preciso al mismo tiempo estar listos para combatir contra los fascistas, he aquí por qué los partidos oportunistas no se ven instados a reconstruir las organizaciones de masa del proletariado. Si el Partido Comunista es el primero en aprovechar el momento favorable para lanzar esta consigna, es posible que la reorganización del movimiento obrero italiano se haga alrededor del Partido Comunista.

Antes de la situación creada por el asunto Matteotti, una actitud independiente por nuestra parte ha sido la mejor maniobra que hemos podido hacer. En las elecciones, por ejemplo, inclusive los que no eran comunistas nos han votado porque veían, según ellos, en el comunismo el antifascismo más claro y radical, el rechazo más tajante de lo que ellos odiaban. La independencia de nuestra posición es pues un medio de ejercer una influencia política incluso sobre las capas que no están ligadas directamente a nosotros. Es precisamente debido al hecho de que hemos presentado un programa sin equívocos a lo que debemos el gran éxito de nuestro partido en las elecciones, a pesar de la ofensiva gubernamental lanzada sobre todo contra nuestras listas y nuestra campaña. Nos hemos presentado oficialmente bajo el siguiente lema: «**unidad del proletariado**», pero las masas han votado por nosotros porque éramos comunistas, porque declarábamos abiertamente la guerra al fascismo, porque nuestros mismos adversarios decían que éramos irreconciliables. Esta actitud nos ha traído éxitos notables.

Esto vale igual con respecto al asunto Matteotti. Todos los ojos se han vuelto hacia el Partido Comunista, el cual emplea un lenguaje realmente diferente del de todos los otros partidos de la oposición. Resultado de ello es que sólo una actitud absolutamente independiente y radical, tanto frente al fascismo como frente a la oposición, nos permitirá aprovechar los hechos en curso para abatir el inmenso poder del fascismo.

No se trata de ninguna forma de presentar un programa terrorista. Se han forjado leyendas acerca de nosotros. Se ha dicho que nosotros queríamos ser un partido minoritario, una pequeña élite y otras cosas por el estilo. Pero nosotros no hemos defendido nunca una tesis semejante. Si existe un movimiento que, por su crítica y su táctica, se ha esforzado incansablemente en destruir las ilusiones sobre las minorías terroristas, otras veces proclamadas por los ultra–anarquistas y los sindicalistas, ese movimiento es el nuestro. Estamos siempre en contra de esta tendencia y es preferible proferir inexactitudes que presentarnos como a terroristas o partidarios de la acción de las heroicas minorías armadas.

No obstante estamos de acuerdo en que es necesario tomar una posición de principio clara acerca de la cuestión del desarme de las bandas fascistas y del armamento del proletariado, sobre lo cual se ocupa hoy nuestro partido.

Porque está claro que la lucha no es posible sin la participación de las masas. Con su inmensa masa el proletariado sabe muy bien que la cuestión no puede resolverse por la ofensiva de una vanguardia heroica. Esta es una concepción ingenua que un partido marxista no puede más que rechazar. Pero si lanzamos entre las masas la consigna del desarme de las bandas fascistas y el armamento del proletariado, debemos presentar a las masas como los protagonistas de la acción. Debemos rechazar la ilusión según la cual un «**gobierno de transición**» podría mediante medios legales, maniobras parlamentarias, expedientes más o menos hábiles, desplazar a la burguesía, es decir, apoderarse legalmente de todo el aparato técnico y militar para distribuir con toda tranquilidad las armas a los proletarios. ¡Esta es una concepción verdaderamente infantil! No es tan fácil hacer la revolución.

Estamos completamente convencidos de la imposibilidad de llevar a cabo la lucha con solamente algunos centenares o algunos millares de comunistas armados. El PC de Italia es el último en abrigar tales ilusiones. Estamos firmemente convencidos de que no se puede ocultar la necesidad de atraer a las grandes masas a la lucha. Pero el armamento es un problema que no puede ser resuelto más que por medios revolucionarios. Podemos aprovechar un estacionamiento en el desarrollo del fascismo para crear las formaciones proletarias revolucionarias; pero debemos desechar la ilusión según la cual un día sería posible apoderarse del aparato militar y de las armas de la burguesía mediante cualquier maniobra, es decir, unirnos a nuestros adversarios en vez de pasar al ataque contra ellos.

Combatir tal ilusión que, desde el punto de vista revolucionario, invita al proletariado a la inactividad, no es caer en el terrorismo. Es al contrario una actitud verdaderamente marxista y revolucionaria. No decimos de ninguna forma que nosotros seamos comunistas «**de élite**» y que queremos destruir el equilibrio social por la acción de una pequeña minoría. Al contrario, queremos conquistar la dirección de las masas proletarias, queremos unidad de acción del proletariado; pero queremos, por otra parte, utilizar las experiencias hechas por el proletariado italiano, las cuales enseñan que bajo la dirección de un partido sin solidez (incluso si se trata de un partido de masas) o de una coalición de partidos improvisada, las luchas no pueden tener otra salida que la derrota. Queremos la lucha común de las masas trabajadoras de las ciudades y del campo, pero queremos que estas luchas estén dirigidas por su estado mayor –el partido comunista– teniendo una línea política clara.

Tal es el problema que se nos plantea.

La situación puede evolucionar de una forma más o menos complicada, pero desde ahora existen las condiciones de las consignas y de una agitación por las cuales tomaremos la iniciativa de la revolución, declarando abiertamente que nos será preciso pasar primero sobre los restos de los grupos de oposición antifascistas que existen. El proletariado debe estar advertido de que cuando la toma del poder por parte de la clase obrera se presente de nuevo ante la burguesía de Italia como un peligro inminente, todas las fuerzas burguesas y socialdemócratas se unirán con el fascismo. Estas son las perspectivas de lucha para las cuales debemos prepararnos.

Para terminar, queremos añadir algunas palabras acerca del fascismo en tanto que fenómeno internacional, basándonos en las experiencias hechas por nosotros en Italia.

Somos de la opinión de que el fascismo tiende de cierta forma a extenderse igualmente fuera de Italia. En países como Bulgaria, Hungría y digamos también Alemania, movimientos parecidos han sido probablemente apoyados por el fascismo italiano. Es cierto que el proletariado del mundo entero debe comprender y utilizar las lecciones que el fascismo nos ha dado en Italia, para cuando llegue el caso de que movimientos análogos se formen en otros países como forma de luchar contra los trabajadores; pero no se debe olvidar que el fascismo ha ofrecido en Italia condiciones particulares que han permitido al movimiento fascista adquirir la enorme fuerza de la

que goza. Entre estas condiciones, es necesario señalar en primer lugar la unidad nacional y religiosa. Creo que estas son indispensables para la movilización de las capas medias por el fascismo. La unidad nacional y religiosa es una base indispensable para llevar a cabo una movilización sentimental. En Alemania, la existencia de dos confesiones y de diversas nacionalidades con tendencias en parte separatistas, es un obstáculo para la formación de un gran partido fascista. En Italia, el fascismo ha encontrado condiciones excepcionalmente favorables: Italia se cuenta entre los Estados vencedores, y el chovinismo y el patriotismo habían alcanzado un grado de sobreexcitación mayor que las ventajas materiales de la victoria, las cuales se habían manifestado más débilmente. La derrota del proletariado está estrechamente ligada a este hecho. Las capas medias esperaron un poco a fin de saber si el proletariado tenía o no fuerza para vencer. Cuando la impotencia de los partidos revolucionarios del proletariado se hizo patente, creyeron poder obrar de manera independiente y apoderarse del gobierno. Entre tanto, la gran burguesía se las arreglaba para atraerse estas fuerzas hacia sus propios intereses.

A tenor de estos hechos, creo que no debemos esperar un fascismo tan manifiesto como el fascismo italiano en otros países, es decir, un movimiento unitario de las capas superiores de la clase explotadora y una movilización de las grandes masas de la clase media y de la pequeña burguesía en interés de estos últimos. En los demás países, el fascismo se distingue del italiano. Se limita a un movimiento pequeño–burgués que posee una ideología reaccionaria propiamente pequeño–burguesa y algunas formaciones armadas, pero este movimiento no basta para identificarse completamente con la gran industria y sobre todo con el aparato del Estado. Este aparato puede coaligarse muy bien con los partidos de la gran industria, de los grandes bancos, y de la gran propiedad agraria, pero queda más o menos independiente de la clase media y de la pequeña burguesía. Está claro que el fascismo de estos países representa un enemigo para el proletariado, pero es un enemigo mucho menos peligroso que el fascismo italiano.

A mi entender, la cuestión de las relaciones con tal movimiento está perfectamente resuelta: es una locura pensar en cualquier lazo con él, pues ofrece precisamente las bases de una movilización política contrarrevolucionaria de la masa semiproletaria, y amenaza peligrosamente con arrastrar al proletariado sobre estas bases.

En general, podemos esperar que aparezca fuera de Italia una copia de fascismo que se cruzará con las manifestaciones de la «**ola democrática y pacifista**». Pero el fascismo tomará otras formas distintas a las de Italia. La reacción y la ofensiva capitalista de las diversas capas en lucha contra el proletariado no se someterán a una dirección tan unitaria.

Se ha hablado mucho de las organizaciones antifascistas italianas en el extranjero. Estas organizaciones han sido creadas por burgueses italianos emigrados. A la orden del día, está también la cuestión del juicio que lleva a cabo la opinión pública internacional acerca del fascismo italiano de la campaña dirigida contra él en los países civilizados. Hay quien en la indignación moral de la burguesía de los demás países ve un medio de liquidar el movimiento fascista. Los comunistas y los revolucionarios pueden abandonarse a tales ilusiones acerca de la sensibilidad democrática y moral de la burguesía de los demás países. Incluso allí donde existen todavía hoy tendencias pacifistas y de izquierda se servirán mañana sin escrúpulos del fascismo como un método de la lucha de clases. Sabemos que el capital internacional no puede más que alegrarse de las empresas del fascismo en Italia, y del terror que ejerce sobre los obreros y los campesinos. Para la lucha contra el fascismo, no podemos contar más que con la Internacional Proletaria Revolucionaria. Se trata de una cuestión de lucha de clase. Nosotros no vamos a dirigirnos hacia los partidos democráticos de los demás países, o hacia las asociaciones de imbéciles e hipócritas como la Liga de los Derechos del Hombre, pues no queremos hacer nacer la ilusión de que estos partidos y corrientes representan algo substancialmente diferente del fascismo, o de que la burguesía de los demás países no está en disposición de infligir a su clase obrera las mismas persecuciones, las mismas atrocidades que el fascismo en Italia.

Para un levantamiento contra el fascismo italiano y para una campaña internacional contra el terror que reina en nuestro país, contamos únicamente con las fuerzas revolucionarias de Italia y del extranjero. Son los trabajadores de todos los países los que deben boicotear a los fascistas italianos. Los camaradas nuestros a los que su lucha les ha acarreado persecuciones y que han huido al extranjero, participarán útilmente en esta lucha y en la creación de un estado de ánimo antifascista del proletariado internacional. La reacción y el terror que reinan en Italia deben suscitar un odio de clase, una contraofensiva del proletariado que conducirá al reagrupamiento internacional de las fuerzas revolucionarias, a la lucha mundial contra el fascismo y contra todas las demás formas de la opresión burguesa.

ANEXO

LAS TAREAS DEL PARTIDO COMUNISTA DE CARA A LA CRISIS DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA ITALIANA

(Informe de A. Gramsci al Comité Central de PCI. «L'Unità», 26–8–1924)

(Publicamos este texto para ilustrar la posición centrista adoptada por la dirección de la Internacional Comunista y combatida por la Izquierda y que, defendida en Italia por Gramsci, se convirtió en la posición oficial del Partido Comunista de Italia una vez que la Izquierda fuese despojada de su dirección por Moscú. El lector comparará este informe de Gramsci con el informe de Bordiga sobre el fascismo al V Congreso de la Internacional Comunista un mes y medio más tarde.)

LA CRISIS DE LAS CLASES MEDIAS

La crisis del régimen capitalista abierta tanto en Italia como en el mundo entero por la guerra no se ha visto mejorada por el fascismo. Con su método de represión gubernamental, el fascismo había vuelto muy difíciles e incluso había impedido casi totalmente las manifestaciones políticas de la crisis general del capitalismo, pero no ha puesto fin a ésta, y menos aún ha provocado una regeneración y un desarrollo de la economía nacional.

La situación actual en Italia se caracteriza generalmente por la ruina de las clases medias, por lo que nosotros, comunistas, tenemos la costumbre de afirmar: esto es verdad, pero debe ser comprendido en todo su alcance. La ruina de las clases medias es perjudicial porque, en lugar de desarrollarse, el régimen capitalista sufre un retroceso: no constituye un fenómeno gracias al cual se podrían prever las consecuencias independientemente de las condiciones generales de la economía capitalista; constituye la crisis misma del régimen capitalista, que no logra ni logrará satisfacer las exigencias vitales del pueblo italiano, y que no logra asegurar el pan y el cobijo a la inmensa masa de los italianos. El hecho de que la crisis de las clases medias esté hoy a la orden del día es únicamente un hecho político contingente, la forma del período que precisamente por eso llamamos «**fascista**» ¿Por qué? Porque el fascismo ha nacido y se ha desarrollado desde el principio sobre el terreno de esta crisis, porque el fascismo ha luchado contra el proletariado y se ha hecho con el poder explotando y organizando la inconsciencia y la cobardía de la pequeña burguesía llena de cólera contra la clase obrera que, gracias a la fuerza de su organización, atenúa sobre sí misma los efectos de la crisis capitalista.

El fascismo se consume y se muere precisamente porque no ha realizado ninguna de sus promesas, porque ha sofocado todo el ímpetu revolucionario del proletariado, destruido los sindicatos de clase, disminuido los salarios y aumentado la duración del trabajo. Pero esto no basta para asegurarle una vitalidad aunque sea restringida al sistema capitalista. Para esto, es necesario todavía rebajar el nivel de vida de las clases medias, expoliar y triturar la economía pequeño–burguesa y, por lo tanto, ahogar todo tipo de libertad, y no solamente las libertades proletarias, combatir no solamente a los partidos obreros, sino también y especialmente, en una fase determinada, todos los partidos políticos no fascistas, todas las asociaciones no controladas directamente por el fascismo oficial.

POR QUÉ MUERE EL RÉGIMEN FASCISTA

¿Por qué la crisis de las clases medias ha tenido en Italia consecuencias más radicales que en los demás países y por qué ha conducido al fascismo al poder? Porque en nuestro país, conociendo el débil desarrollo de la industria y su carácter regional, no solamente la pequeña burguesía es muy numerosa, sino que es la única clase «**territorialmente**» nacional: en los años que han seguido a la guerra la crisis capitalista ha tomado igualmente la forma aguda de una descomposición del Estado unitario y ha favorecido el renacer de una ideología confusamente patriótica: no había otra solución después de 1920 que el fascismo, o que la clase obrera llevase a cabo su función, que era la de crear por sus propios medios un Estado capaz de satisfacer las exigencias nacionales unitarias de la sociedad italiana.

El régimen fascista muere no solamente porque no ha conseguido parar, sino porque ha acelerado la crisis de las clases medias. El aspecto económico de esta crisis consiste en la ruina de la pequeña y la mediana empresa: las quiebras se han multiplicado rápidamente en el transcurso de los dos últimos años. El monopolio del crédito, el régimen fiscal, la legislación sobre la fijación de cárteles han pisoteado a la pequeña empresa comercial e industrial: se ha producido un verdadero traspaso de riqueza de la pequeña y mediana burguesía a la grande sin desarrollo del aparato de producción: el pequeño empresario no se ha convertido en proletario, pero está permanentemente necesitado, desesperado, sin perspectivas de futuro. La aplicación de la violencia fascista para constreñir a los ahorradores a invertir sus capitales en un sector dado no ha dado buen resultado para los pequeños industriales: cuando esto ha tenido éxito no ha hecho más que desplazar los efectos de la crisis de una capa social a otra, extendiendo el descontento y la desconfianza, ya grandes, de los ahorradores hacia el monopolio existente en el terreno bancario y hacia la táctica de los golpes de mano, a la cual, en medio de la pobreza general, los grandes empresarios deben recurrir para asegurarse los créditos.

CONSECUENCIAS DE LA POLÍTICA FISCAL EN LOS CAMPOS

En los campos el desarrollo de la crisis está ligado más estrechamente a la política fiscal del Estado fascista. De 1920 hasta hoy, el presupuesto medio de una familia de arrendatarios o de pequeños propietarios ha disminuido alrededor de 7.000 liras debido al aumento de impuestos, la agravación de los contratos...

La crisis se manifiesta típicamente entre la pequeña empresa de la Italia Septentrional y Central. En el sur intervienen nuevos factores, entre los cuales el principal es la ausencia de emigración y el aumento de la presión demográfica que resulta de ello, y que viene acompañada de una disminución de la superficie cultivada, y por tanto de la cosecha.

El último año, la cosecha de trigo fue de 78 millones de quintales en toda Italia, cantidad superior a la media a escala nacional, pero inferior a la media en el sur. Este año la cosecha ha sido inferior a la media en toda Italia y ha faltado por completo en el sur. Las consecuencias de esta situación no se han manifestado todavía de forma violenta, porque la economía del sur está atrasada, lo cual impide que la crisis se manifieste inmediatamente de forma aguda como se ha producido en los países con un capitalismo avanzado; no obstante, en Cerdeña se han producido graves incidentes determinados por el malestar económico y que han expresado el descontento popular.

EL EMPOBRECIMIENTO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS HUMANAS

La crisis del sistema capitalista no ha sido frenada por el régimen fascista. Con el régimen fascista los medios de existencia del pueblo italiano se han reducido. Se ha producido un encogimiento del aparato productivo justo en el momento en que la presión demográfica aumentaba colocando obstáculos y oponiéndose a la emigración al otro lado del Atlántico. EL REDUCIDO APARATO INDUSTRIAL NO HA PODIDO ESCAPAR A UNA CAÍDA COMPLETA SINO REDUCIENDO EL NIVEL DE VIDA DE LA CLASE OBRERA YA TOCADA POR El PARO Y LA CARESTÍA DE LA VIDA. ESTO HA PROVOCADO LA EMIGRACIÓN DE LOS OBREROS CUALIFICADOS, ES DECIR, UN EMPOBRECIMIENTO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS HUMANAS, ES DECIR, LA DISMINUCIÓN DE UNA DE LAS MAYORES RIQUEZAS NACIONALES. Las clases medias, que habían puesto todas sus esperanzas en el régimen fascista, se han visto arrastradas por la crisis general, y se han convertido en la expresión de la crisis capitalista en este período.

Si hemos señalado rápidamente todos estos elementos ha sido para recordar todo el alcance de la actual situación, la cual no comporta en sí misma ninguna virtud de mejora económica. LA CRISIS ECONÓMICA ITALIANA NO PUEDE SER RESUELTA NADA MÁS QUE POR EL PROLETARIADO. ES SOLAMENTE ENSARTÁNDOSE EN UNA REVOLUCIÓN EUROPEA Y MUNDIAL QUE EL PUEBLO ITALIANO PUEDE REENCONTRAR LA CAPACIDAD DE HACER VALER SUS FUERZAS PRODUCTIVAS HUMANAS Y DAR AL APARATO NACIONAL DE PRODUCCIÓN UN NUEVO DESARROLLO. El fascismo solamente ha retardado la revolución proletaria: no la ha convertido en algo imposible; él mismo ha contribuido a extender y a preparar el terreno de la revolución proletaria que, después de la experiencia fascista, será verdaderamente popular.

LAS OPOSICIONES Y EL FASCISMO

La primera manifestación masiva de la disgregación social y política del fascismo se ha producido después de las elecciones del 6 de abril. El fascismo ha sido minoritario en la zona industrial de Italia, es decir, allí donde reside la fuerza económica y política que domina la nación y el Estado. HABIENDO DEMOSTRADO QUE LA ESTABILIDAD DEL RÉGIMEN ERA PURAMENTE APARENTE, LAS ELECCIONES DEL 6 DE ABRIL HAN DEVUELTO El CORAJE A LAS MASAS Y HAN DETERMINADO CIERTO MOVIMIENTO EN SU SENO QUE MARCA EL PRINCIPIO DE LA OLEADA DEMOCRÁTICA QUE HA CULMINADO DURANTE LOS DÍAS QUE HAN SEGUIDO AL ASESINATO DEL DIPUTADO MATTEOTTI, Y QUE AÚN HOY CARACTERIZA LA SITUACIÓN. Después de las elecciones, las Oposiciones habían adquirido una importancia política enorme; la agitación que desarrollaban en la prensa y en el Parlamento, discutiendo y negando la legitimidad del gobierno fascista, contribuía grandemente a la disolución de todos los órganos del Estado controlados y dominados por el fascismo, y que repercutían en el mismo seno del Partido Nacional Fascista, debilitando a la mayoría parlamentaria. De ahí, la campaña insólita de amenazas contra las Oposiciones y el asesinato del diputado del Partido Socialista Unitario. La oleada de indignación suscitada por el crimen sorprendió al Partido Fascista, el cual se vio presa del pánico y perdido: los tres documentos redactados en este momento por el diputado Finzi, por Filipelli y por Cesarino Rossi y puestos en conocimiento de las Oposiciones, demostraron que la cúspide del Partido Fascista había perdido toda confianza en sí misma y acumulado error tras error; a partir de este momento, el régimen fascista ha entrado en estado de agonía; se ve aún sostenido por fuerzas llamadas de apoyo, pero de la misma forma que el péndulo está sostenido por la cuerda.

MUSSOLINI: UN FENÓMENO DE FOLKLORE CAMPESINO

El asesinato de Matteotti ha probado que el Partido Fascista no conseguía nunca convertirse en un partido gubernamental normal, que Mussolini sólo tiene de hombre de Estado y de dictador nada más que las actitudes externas. No constituye un elemento de la vida nacional, sino un fenómeno de folklore campesino destinado a pasar a la historia a continuación de los personajes de la comedia provincial italiana, mejor que en la serie de los Cromwell, Bolívar y Garibaldi.

La oleada popular antifascista provocada por el asesinato de Matteotti ha encontrado una forma política en el abandono de la sala del Parlamento por los partidos de la oposición. La asamblea de las Oposiciones se ha convertido en un centro nacional italiano alrededor del cual se organiza la mayoría del país; un Estado ha sido creado dentro del Estado, un gobierno anti–fascista se constituyó contra el gobierno fascista. El Partido Fascista fue impotente para frenar la situación: la crisis le había alcanzado plenamente, devastando su organización; la primera tentativa de movilizar a su milicia nacional fue un rotundo fracaso, sólo respondió a su llamada el 20% de los efectivos; en Roma sólo se presentaron 800 milicianos en los cuarteles. La movilización no tuvo éxito nada más que en algunas provincias agrícolas como Grossetto y Perugia, lo que permitió al gobierno formar en Roma una legión dispuesta a afrontar una sangrienta lucha.

EL SEMI–FASCISMO DE LAS «OPOSICIONES»

Las Oposiciones son el hogar del movimiento popular antifascista. Representan políticamente la oleada democrática que es característica de la fase actual de la crisis social italiana. Al principio, incluso la inmensa mayoría del proletariado se hallaba orientada hacia las Oposiciones. Era nuestro deber, como comunistas, tratar de impedir el que tal estado de cosas tomase un carácter permanente. Es por esto que nuestro grupo parlamentario entró en el Comité de las Oposiciones aceptando y poniendo de relieve el principal carácter de la crisis política, es decir, la existencia de dos poderes, de dos parlamentos. SI HUBIESEN QUERIDO CUMPLIR CON SU DEBER, TAL COMO SE LO INDICABAN LAS MASAS EN MOVIMIENTO, LAS OPOSICIONES HABRÍAN DEBIDO OFRECER

UNA FORMA POLÍTICA DEFINIDA RESPECTO AL ESTADO DE COSAS QUE EXISTÍA OBJETIVAMENTE, PERO SE NEGARON A ELLO. HUBIESE SIDO PRECISO LANZAR UNA LLAMADA AL PROLETARIADO, YA QUE SÓLO ÉL ERA CAPAZ DE DAR SUSTANCIA A UN RÉGIMEN DEMOCRÁTICO; HUBIESE SIDO NECESARIO AHONDAR EN EL MOVIMIENTO DE HUELGA QUE SE ESTABA DELINEANDO. PERO LAS OPOSICIONES TENÍAN MIEDO DE SER SUMERGIDAS POR UNA EVENTUAL INSURRECCIÓN OBRERA; QUERÍAN SALIR DEL TERRENO PURAMENTE PARLAMENTARIO EN LAS CUESTIONES POLÍTICAS NI DEL TERRENO JURÍDICO EN LA CAMPAÑA LANZADA CON OCASIÓN DEL ASESINATO DE MATTEOTTI PARA MANTENER LA AGITACIÓN EN EL PAÍS. LOS COMUNISTAS, QUE NO PODÍAN ACEPTAR UNA DESCONFIANZA DE PRINCIPIO RESPECTO A LA ACCIÓN PROLETARIA, QUE NO PODÍAN ACEPTAR QUE EL COMITÉ DE LAS OPOSICIONES TOMASE LA FORMA DE UN BLOQUE DE PARTIDOS, FUERON PUESTOS AL MARGEN.

Nuestra participación en el Comité en una primera fase y nuestra salida en una segunda fase han tenido las siguientes consecuencias:

1) Nos han permitido remontar la fase más aguda de la crisis sin perder el contacto con las grandes masas trabajadoras; quedándose aislado, nuestro partido habría sido sepultado por la oleada democrática.

2) Hemos quebrado el monopolio de la opinión pública que las Oposiciones amenazaban con instaurar; una fracción siempre creciente de la clase obrera está convenciéndose de que el bloque de las Oposiciones representa un semi–fascismo, que quiere solamente reforzar suavizando la dictadura fascista, sin hacer perder al sistema capitalista ni uno sólo de los logros que el terror y la ilegalidad le han asegurado durante los últimos años rebajando el nivel de vida del pueblo italiano.

LA SITUACIÓN OBJETIVA NO HA CAMBIADO EN DOS MESES. TODAVÍA EXISTEN EN EL PAÍS DOS GOBIERNOS QUE LUCHAN EL UNO CONTRA EL OTRO Y SE DISPUTAN LAS FUERZAS REALES DEL APARATO DEL ESTADO BURGUÉS. EL RESULTADO DE LA LUCHA DEPENDERÁ DE LOS EFECTOS DE LA CRISIS GENERAL EN EL SENO DEL PARTIDO NACIONAL FASCISTA, DE LA ACTITUD DEFINITIVA DE LOS PARTIDOS QUE FORMAN EL BLOQUE DE LAS OPOSICIONES Y DE LA ACCIÓN DEL PROLETARIADO REVOLUCIONARIO GUIADO POR NUESTRO PARTIDO.

¿CÓMO SE DEFINE LA ESENCIA DEL FASCISMO?

¿En qué consiste la crisis del fascismo? Para comprenderla es preciso ante todo definir la esencia del fascismo [Es el dirigente de la Izquierda, Amadeo Bordiga, quien ha insistido sobre esta necesidad, en particular en el artículo «**La Relación de las Fuerzas Sociales y Políticas en Italia**», incluido en esta publicación.], pero la verdad es que la esencia del fascismo no reside en el fascismo en sí. La esencia del fascismo viene dada en los años 1922–23 por una cierta relación de fuerzas en el seno de la sociedad italiana. Hoy, esta relación se ha transformado profundamente, y «**la esencia**» se ha esfumado. La característica del fascismo consiste en haber conseguido constituir una organización de masas de la pequeña burguesía. Es la primera vez en la historia que esto se produce. La originalidad del fascismo consiste en haber encontrado la forma adecuada para organizar una clase social que siempre ha sido incapaz de tener una organización y una ideología unitaria: esta forma de organización es el ejército en campaña. LA MILICIA ES POR LO TANTO EL EJE DEL PARTIDO NACIONAL FASCISTA. NO SE PUEDE DISOLVER LA MILICIA SIN DISOLVER TAMBIÉN TODO El PARTIDO. NI EXISTE NINGÚN PARTIDO FASCISTA QUE SEA CAPAZ DE TRANSFORMAR LA CANTIDAD EN CALIDAD, QUE SEA UN APARATO DE SELECCIÓN POLÍTICA PARA UNA CLASE, PARA UNA CAPA SOCIAL; EXISTE SÓLAMENTE UN AGREGADO MECÁNICO INDIFERENCIADO E INDIFERENCIABLE DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LAS CAPACIDADES INTELECTUALES Y POLÍTICAS, QUE VIVE ÚNICAMENTE PORQUE SE HA FORJADO EN LA GUERRA CIVIL UN POTENTE ESPÍRITU DE CUERPO QUE SE IDENTIFICA GROSERAMENTE CON LA IDEOLOGÍA NACIONAL. Fuera de la organización militar el fascismo no ha dado nada ni puede dar nada, e incluso en este terreno es muy poco lo que puede dar.

VALOR DE LA FÓRMULA: «CONQUISTA DEL ESTADO»

Así modelado por las circunstancias, el fascismo no está en condiciones de cumplir sus promesas ideológicas. El fascismo dice hoy que quiere conquistar el Estado; al mismo tiempo, dice que quiere convertirse en un fenómeno esencialmente rural. Es difícil comprender como pueden conciliarse estas dos afirmaciones. Para conquistar el Estado es preciso ser capaz de suplir a la clase dominante en las funciones que tienen una importancia vital para el gobierno de la sociedad. EN ITALIA, C0M0 EN TODOS LOS PAÍSES CAPITALISTAS, CONQUISTAR EL ESTADO SIGNIFICA TENER LA CAPACIDAD DE SUPLIR A LOS CAPITALISTAS EN EL GOBIERNO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS DEL PAÍS.

Esto puede ser realizado por la clase obrera, pero no por la pequeña burguesía, la cual no ejerce ninguna función esencial en el terreno de la producción y que, en la fábrica, cumple una función esencialmente policial y nulamente productiva. *La pequeña burguesía no puede conquistar el Estado nada más que aliándose con la clase obrera y aceptando su programa, sistema soviético en lugar del Parlamento en la organización estatal, comunismo y no capitalismo en la organización de la economía nacional e internacional*.

La expresión «**conquista del Estado**» carece de sentido en boca de los fascistas, ya que no puede significar nada más que una cosa: invención de un mecanismo electoral capaz de dar la mayoría parlamentaria a los fascistas en cualquier ocasión y a cualquier precio. La verdad es que toda la ideología fascista es un juego para los Balilla (organización de las juventudes fascistas, que agrupaba a niños de 8–14 años; ndr.). Es una improvisación de diletantes que, en el pasado, en una situación favorable, podía hacer ilusión a los que la adoptaban, pero que hoy está destinada a caer en el ridículo incluso ante los ojos de los mismos fascistas. El único residuo activo del fascismo es el espíritu militar que ha forjado de cara al peligro de una venganza popular: la crisis política de la pequeña burguesía, el paso de la inmensa mayoría de esta clase a las banderas de las Oposiciones, la ineficacia de las medidas generales anunciadas por los jefes fascistas, pueden reducir considerablemente la eficacia militar del fascismo, pero no anularla.

MAXIMALISTAS Y «POPULARES» EN EL SISTEMA DE LAS FUERZAS DEMOCRÁTICAS ANTI–FASCISTAS

El sistema de las fuerzas democráticas antifascistas

saca la fuerza principal de la existencia del Comité parlamentario de las Oposiciones, que ha logrado imponer cierta disciplina a toda una gama de partidos que va desde los maximalistas al Partido Popular. El rasgo más característico de la situación es que tanto los maximalistas como los «**populares**» obedecen a una misma disciplina y trabajan sobre un mismo plan programático. Este hecho hace más lenta y vuelve más laboriosa la evolución de los hechos y determina la táctica de conjunto de las Oposiciones, que está compuesta de expectativa, de lentas maniobras de envoltura y de paciente trabajo de zapa de todas las posiciones del gobierno fascista.

POR SU ADHESIÓN AL COMITÉ Y POR SU ACEPTACIÓN DE LA DISCIPLINA COMÚN, LOS MAXIMALISTAS GARANTIZAN LA PASIVIDAD DEL PROLETARIADO; ASEGURAN A LA BURGUESÍA, LA CUAL TITUBEA TODAVÍA ENTRE LA DEMOCRACIA Y EL FASCISMO, QUE UNA ACCIÓN AUTÓNOMA DE LA CLASE OBRERA NO SERÁ POSIBLE 0 NO LO SERÁ HASTA MUCHO MÁS TARDE, CUANDO UN NUEVO GOBIERN0 SE HAYA CONSTITUIDO Y REFORZADO, CUANDO UN NUEVO GOBIERNO SE HALLE EN DISPOSICIÓN DE APLASTAR UNA INSURRECCIÓN DE LAS MASAS ENGAÑADAS TANTO POR EL FASCISMO, COMO POR EL ANTIFASCISMO DEMOCRÁTICO.

La presencia de los populares es una garantía contra una solución intermedia, es decir, contra una coalición fascisto–popular como la de octubre de 1922, que podría ser muy probable, impuesta por el Vaticano para el caso en que los maximalistas saliesen del bloque para aliarse con nosotros, comunistas. El principal esfuerzo de los partidos intermedios (reformistas y constitucionalistas) ayudados por los «**populares**» de izquierda tiende ahora a este fin: mantener a los dos extremos dentro de la misma alianza. El espíritu servil de los maximalistas cumple la función del bufón en la comedia: los maximalistas han aceptado no tener más peso en las Oposiciones que el Partido campesino o los grupos de «**Revolución Liberal**».

CONSTITUCIONALES Y REFORMISTAS

Las fuerzas mayores siguen a la oposición de los populares y de los reformistas, los cuales tienen una vasta influencia en las ciudades y en los campos. La influencia de estos dos partidos está integrada por los constitucionalistas de Amendola, que aportan a la coalición la adhesión de vastas capas del ejército, de antiguos combatientes y de la corte. La división del trabajo de agitación se efectúa entre los partidos en función de sus tradiciones y de su papel social. Los constitucionalistas tienen la dirección del movimiento, de manera que la táctica del bloque tiende a anular al fascismo.

Los «**populares**» llevan a cabo la campaña moral sobre la base del proceso y de sus lazos con el régimen fascista, con la corrupción y la criminalidad que han florecido alrededor del régimen. Los reformistas resumen estas dos aptitudes y se empequeñecen para hacer olvidar su pasado demagógico, para hacer creer en su redención y en su completa identificación con el diputado Amendola y el senador Albertini.

La actitud unitaria de las Oposiciones les ha asegurado notables éxitos, pues es indudablemente un éxito el haber provocado la crisis en el seno de las fuerzas que apoyan al fascismo, es decir, haber obligado a los liberales a diferenciarse activamente del fascismo y a plantearle condiciones. Esto ha tenido ya, y tendrá aún, repercusiones en el seno del fascismo, ha creado una dualidad entre el partido fascista y la organización central de los milicianos. Pero ha desplazado todavía más a la derecha el centro de gravedad del bloque de las Oposiciones, es decir, que ha acentuado todavía el carácter conservador del antifascismo: los maximalistas se han apercibido de esto y están dispuestos a jugar el papel de tropas coloniales no solamente detrás de Amendola y Albertini, sino detrás de Salandra y Cadorna.

COMPROMISOS Y LUCHA ARMADA

¿Cómo se resolverá esta dualidad de poder? ¿Habrá un compromiso entre el fascismo y las Oposiciones? ¿Y si el compromiso es imposible, habrá lucha armada?

El compromiso no está excluido absolutamente, pero es muy improbable. La crisis por la que atraviesa el país no es un fenómeno superficial, capaz de curarse mediante pequeñas medidas y pequeños expedientes: es la crisis histórica de la sociedad capitalista italiana, en la cual el sistema económico se muestra insuficiente para cubrir las necesidades de la población. Todas las relaciones están exasperadas y las grandes masas de la población esperan otra cosa muy distinta que un pequeño compromiso. En caso de darse, es, sería un suicidio de los principales partidos democráticos; pondría al orden del día de la vida nacional la insurrección armada para los fines más radicales. Debido a la naturaleza de su organización, el fascismo soporta a colaboradores que estén en igualdad de derechos con él, necesita esclavos encadenados, y en un régimen fascista no puede existir una asamblea representativa: toda asamblea se convierte necesariamente en una masa de maniobra o en la simple antecámara del puesto de guardia de oficiales subalternos borrachos. Es por esto que la crónica registra cotidianamente una sucesión de acontecimientos políticos que denotan la disgregación del sistema fascista, y la ruptura lenta, pero inexorable, de todas las fuerzas periféricas del sistema fascista.

¿UNA CONTRAMARCHA SOBRE ROMA EN EL MOMENTO DE APERTURA DE LA CÁMARA?

¿Habrá por lo tanto un conflicto armado? Tanto las Oposiciones como el fascismo evitarán una lucha a gran escala. Se producirá un fenómeno inverso al que se produjo en octubre de 1922. En aquel entonces la marcha sobre Roma fue la expresión coreográfica del proceso molecular que hizo pasar a las fuerzas reales del Estado (ejército, magistratura, policía, prensa, Vaticano, masonería, corte, etc...) al campo del fascismo.

Hoy, estas fuerzas pasan al campo de las Oposiciones. Si el fascismo quisiera resistir, sería destruido en el transcurso de una larga guerra civil en la cual el proletariado y los campesinos no podrían dejar de tomar parte. Las Oposiciones y el fascismo no desean llevar a cabo una lucha a fondo y la evitarán sistemáticamente. El fascismo tenderá, por el contrario, a conservar la base de una organización armada que entre en liza en cuanto se perfile una nueva oleada revolucionaria, y esto está lejos de molestar a los Amendola, Albertini y a los Turati y a los Treves.

El drama tendrá lugar en una fecha fija, según todas las probabilidades; ha sido preparado para el día de reapertura de la Cámara de los Diputados. La coreografía democrática reemplazará a la coreografía miliciana de octubre de 1922 y será más brillante. Si las Oposiciones no vuelven al Parlamento como han anunciado y los fascistas convocan la mayoría como

Constituyente fascista, tendremos una reunión de las Oposiciones y una apariencia de lucha entre las dos asambleas.

Pero es posible que la situación tenga su desenlace en la sala del Parlamento, donde las Oposiciones volverán a entrar en el caso muy probable de una escisión de la mayoría que pondría en minoría al gobierno Mussolini. En este caso, asistiremos a la formación de un gobierno provisional de generales, de senadores y de ex–presidentes del Consejo, a la disolución de la Cámara y a la proclamación del estado de sitio.

El campo sobre el cual la crisis se desarrollará continuará siendo el proceso por el asesinato de Matteotti. A este respecto, viviremos todavía fases muy dramáticas, ya que los tres documentos de Finzi, Filipelli y Rosse serán publicados y las más altas personalidades del régimen serán sumergidas por la pasión popular. Todas las fuerzas reales del Estado, en particular las fuerzas armadas, alrededor de las cuales se empiezan ya a discutir, deberán colocarse definitivamente en un campo u otro e imponer la solución precisa acordada de antemano.

LA TÁCTICA DE NUESTRO PARTIDO

¿Cuál debe ser la actitud política y táctica de nuestro partido en la actual situación? La situación es «**democrática**» porque las grandes masas trabajadoras están desorganizadas, dispersas, pulverizadas en la masa inorgánica del pueblo. Sea cual sea la forma en la cual se manifieste la crisis de inmediato, nosotros no podemos prever más que una simple mejoría de la posición política de la clase obrera, y no una lucha victoriosa de su parte hacia el poder. LA TAREA ESENCIAL DE NUESTRO PARTIDO CONSISTE EN CONQUISTAR A LA MAYORÍA DE LA CLASE OBRERA; LA FASE QUE ATRAVESAMOS NO ES UNA FASE DE LUCHA DIRECTA POR EL PODER, SINO UNA FASE DE PREPARACIÓN, DE TRANSICIÓN EN LA LUCHA HACIA EL PODER, UNA FASE DE AGITACIÓN, DE PROPAGANDA, DE ORGANIZACIÓN EN SUMA. ES NECESARIO NATURALMENTE NO EXCLUIR LAS LUCHAS QUE ESTALLEN Y NUESTRO PARTIDO DEBE PREPARARSE DESDE AHORA PARA AFRONTARLAS, PERO ESTAS LUCHAS DEBEN CONSIDERARSE EN EL CUADRO DE LA FASE DE TRANSICIÓN, COMO ELEMENTOS DE PROPAGANDA Y DE AGITACIÓN PARA LA CONQUISTA DE LA MAYORÍA. Si hay en nuestro partido grupos y tendencias que quisieran por fanatismo forzar la situación (Insinuaciones dirigidas contra la Izquierda y su dirigente, Amadeo Bordiga, que ya había respondido sobre el fascismo en su informe del 2 de Julio de 1924 ante el V Congreso de la IC, sin que, como se ve aquí, Gramsci le preste ninguna atención, ndr.), es necesario luchar contra ellos en nombre de todo el partido y de los intereses vitales y permanentes de la Revolución proletaria italiana. La crisis Matteotti nos ha dado numerosas lecciones a este respecto. Nos ha enseñado que después de tres años de terror y de opresión, las masas se han vuelto más prudentes y no quieren dar pasos más largos que sus piernas. Esta prudencia se llama reformismo, se llama maximalismo, se llama «**bloque de oposiciones**». Ciertamente, esta prudencia está destinada a desaparecer y esto no tardará mucho; pero mientras llega, existe, y no puede ser superada nada más que si nosotros no perdemos el contacto con el conjunto de la clase trabajadora y progresamos a la vez un poco, en cada ocasión y en cada momento. Por esto, debemos luchar contra toda tendencia de derecha que quisiese un compromiso con las Oposiciones y que trataría de obstaculizar el desarrollo revolucionario de nuestra táctica y de nuestro trabajo de preparación de la fase sucesiva.

EL TRABAJO DE LAS CÉLULAS COMUNISTAS

La primera tarea de nuestro partido consiste en prepararse de manera que se encuentre apto ante su misión histórica. En cada fábrica, en cada pueblo, debe existir una célula comunista que represente al Partido y a la Internacional, y sepa trabajar políticamente, teniendo iniciativa. Es necesario luchar contra cierta pasividad que subsiste aún en nuestras filas y contra una tendencia que quiere mantener poco numerosos los efectivos del Partido.

Por el contrario, debemos convertirnos en un gran Partido, debemos atraer al mayor número posible de obreros y de campesinos revolucionarios para educarlos para la lucha, para hacer de ellos organizadores y dirigentes de masas, para elevarlos políticamente. El Estado obrero y campesino no puede edificarse nada más que disponiendo la Revolución de elementos políticamente cualificados; la lucha por la Revolución no puede ser conducida victoriosamente nada más que si las grandes masas están, en todas sus formaciones locales, encuadradas por camaradas honestos y capaces. De otra forma volveríamos, sin lugar a dudas, a los años 1919–20, como dicen los reaccionarios, es decir, a los años de impotencia obrera, de demagogia maximalista, de derrota de las clases trabajadoras. Nosotros, comunistas, no queremos volver más a los años 1919–20.

LA ACCIÓN SINDICAL PARA SALIR DE LA DEMOCRACIA PARLAMENTARIA

El Partido tiene una gran tarea que cumplir en el terrero sindical. Sin las grandes organizaciones sindicales, no puede salir de la democracia parlamentaria. Los reformistas pueden querer pequeños sindicatos, y pueden intentar formar exclusivamente corporaciones de obreros cualificados. NOSOTROS, COMUNISTAS, QUEREMOS LO CONTRARIO QUE LOS REFORMISTAS Y DEBEMOS LUCHAR PARA REORGANIZAR A LAS GRANDES MASAS. DEBEMOS PLANTEARNOS EL PROBLEMA CONCRETAMENTE Y NO SOLAMENTE EN LA FORMA. LAS MASAS HAN ABANDONADO EL SINDICATO PORQUE LA CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO (CGL), QUE TIENE POR OTRA PARTE UNA GRAN EFICACIA POLÍTICA (NO ES OTRA QUE EL PARTIDO UNITARIO) NO SE INTERESA POR LOS INTERESES VITALES DE LAS MASAS. NOSOTROS NO PODEMOS ASIGNARNOS COMO FIN CREAR UN NUEVO ORGANISMO QUE SE PROPONGA ENMENDAR LOS ERRORES DE LA CONFEDERACIÓN. PODEMOS Y DEBEMOS PROPONERNOS DESARROLLAR, ENTRE LAS CÉLULAS DE LAS FÁBRICAS Y DE LOS PUEBLOS, UNA ACTIVIDAD REAL. EL PARTIDO COMUNISTA REPRESENTA LA TOTALIDAD DE LOS INTERESES Y DE LAS ASPIRACIONES DE LA CLASE TRABAJADORA. NO SOMOS UN PARTIDO PURAMENTE PARLAMENTARIO. Debemos, por lo tanto, llevar a cabo una verdadera acción sindical, colocarnos a la cabeza de las masas inclusive en las pequeñas luchas cotidianas por el salario, por la disminución de la jornada de trabajo, por la disciplina industrial, por la vivienda y por el pan. Nuestras células deben potenciar las Comisiones internas y englobar en su funcionamiento todas las actividades proletarias. Es necesario, por lo tanto, suscitar un amplio movimiento en las fábricas, susceptible de desarrollarse hasta el punto de constituir una organización de los Comités proletarios de las ciudades, elegidos

directamente por las masas que, en la crisis social que se perfila, presidirán los intereses generales de todo el pueblo trabajador. Esta acción real en las fábricas y en los pueblos revalorizará al sindicato, le devolverá un contenido y una eficacia si, paralelamente, todos los elementos de vanguardia entran en la organización para luchar contra los actuales dirigentes reformistas y maximalistas.

QUIEN SE ALEJE DE LOS SINDICATOS ES ACTUALMENTE UN ALIADO DE LOS REFORMISTAS, NO UN ALIADO REVOLUCIONARIO: PODRÁ HACER MUY BIEN FRASES A LA MANERA DE LOS ANARQUISTAS, PERO NO MOVERÁ UN ÁPICE LAS TERRIBLES CONDICIONES EN LAS QUE SE DESARROLLA LA LUCHA REAL.

La medida en la cual el conjunto del Partido, es decir, la masa de sus miembros, conseguirá realizar su tarea esencial, que es la conquista de la mayoría de los trabajadores y la transformación molecular de las bases del Estado democrático, será también la medida de nuestros progresos sobre el camino de la Revolución, de la proximidad del paso a una nueva fase del desarrollo. Todo el Partido, en todos sus órganos, pero especialmente en su prensa, debe trabajar de manera unitaria para sacar el máximo rendimiento a los esfuerzos de cada uno.

HOY, ESTAMOS ALINEADOS PARA LA LUCHA GENERAL CONTRA EL RÉGIMEN FASCISTA A LAS TONTAS CAMPAÑAS DE LOS PERIÓDICOS DE LA OPOSICIÓN, NOSOTROS RESPONDEMOS DEMOSTRANDO NUESTRA VOLUNTAD REAL DE ABATIR NO SOLAMENTE EL FASCISMO DE MUSSOLINI Y DE FARINACCI, SINO TAMBIÉN EL SEMI–FASCISMO DE AMENDOLA, STURZO, TURATI. PARA ESTO, ES NECESARIO REORGANIZAR A LAS GRANDES MASAS Y CONVERTIRSE EN UN GRAN PARTIDO, EL ÚNICO PARTIDO EN EL CUAL LA POBLACIÓN TRABAJADORA PUEDA VER LA EXPRESIÓN DE SU VOLUNTAD POLÍTICA, EL REPRESENTANTE DE SUS INTERESES INMEDIATOS Y PERMANENTES EN LA HISTORIA.